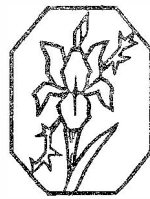


VICENTE GARRIDO PASTOR
Catedrático de Principios de Teología Moral

FORMACIÓN MORAL Y ACCIÓN DE APOSTOLADO

*Discurso leído en la solemne apertura
del curso académico 1955-1956
en el Seminario Metropolitano de Valencia*

Reimpresión



VALENCIA
1994

Primera edición: Valencia, 1955
Segunda edición: Valencia, 1994

Puede imprimirse.

+ Jordán, arz. de Valencia

28 de octubre de 1992.

© Instituto Secular Obreras de la Cruz

I.S.B.N. 84-604-7291-4

Depósito legal: V. 181 - 1994

Artes Gráficas Soler, S. A.

La Olivereta, 28 - 46018 Valencia

JUSTIFICACIÓN

LA presente obra fue pensada y escrita para exponer una síntesis de su contenido en la solemnidad académica anual del Seminario Metropolitano de Valencia –cual es la apertura oficial de curso–, presidida por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo, Dr. D. Marcelino Olaechea y Loizaga, y ante el claustro en pleno, seminaristas e invitados distinguidos. Su autor desarrolló en esta lección magistral su ideario, como formador y director de conciencias, y lo que fue el alma y método de su apostolado sacerdotal, que se perpetúa en los sacerdotes y personas por él formadas y, sobre todo, en su fundación: “Obreras de la Cruz”, hoy Instituto Secular.

La importancia capital de esta obra ha requerido en su reimpresión el máximo respeto al texto original, incluso en algunas locuciones y giros, cuyo sentido fácilmente se entiende.

Mas, tratándose de un discurso circunstancial, que ahora se reimprime con la finalidad propia de la colección en que se integra y de su proyección doctrinal, se ha sistematizado la numeración de los capítulos, la ortografía y la puntuación. Por lo mismo, se han verificado, en lo posible, las citas a pie de página.

PRÓLOGO

HE leído con verdadero interés y con entusiasmo creciente el libro *Formación Moral y Acción de Apostolado* (Valencia 1955) del Dr. D. Vicente Garrido Pastor (1896-1975), fundador del Instituto Secular “Obreras de la Cruz” e insigne Canónigo Penitenciario de la S. I. Catedral de Valencia.

La oportunidad del tema y el desarrollo magistral que se hace del mismo justifican la reimpresión de este trabajo, que el autor preparó como discurso inaugural del curso escolar 1955-1956 del Seminario Metropolitano de Valencia.

Cuando todavía resuenan como un clamor las voces del Santo Padre, *Christifideles laici* (1988), y de la Conferencia Episcopal Española, *Testigos del Dios vivo* (1985), *Católicos en la vida pública* (1986) y *La verdad os hará libres* (1990), que convocan a los fieles laicos a ser conscientes de su identidad cristiana y de su misión en la Iglesia y en la sociedad, las palabras del querido Don Vicente son como un anticipo lúcido de las verdaderas necesidades que presenta el momen-

to actual y de la respuesta adecuada para llevar adelante una verdadera evangelización.

La reflexión propuesta en este libro gira en torno a tres núcleos intrínsecamente relacionados entre sí: la formación de la conciencia moral cristiana y el crecimiento en la vida espiritual, como bases de auténtico apostolado.

En la primera parte, la que hace referencia al proceso formativo de la conciencia moral, se pone de manifiesto el vigor del autor, verdadero maestro, formador de tantos sacerdotes y laicos. A través de unas densas páginas, se sale al paso de uno de los errores más comunes del momento presente: constituir a la conciencia subjetiva en el único criterio de moralidad. Ésta, en efecto, siendo la norma próxima del obrar humano, depende de otra norma remota: la ley general objetiva, que regula a la misma conciencia. Conviene en este sentido observar, como se hace en esta obra, que la conciencia moral no es maestra de doctrina, ni criterio absoluto del bien o del mal, ni es tampoco fundadora de las normas morales. Su función, como último juicio práctico, es examinar la bondad o malicia de una acción en razón de la relación de ésta con la norma moral y los principios morales. De ahí, la necesidad de formar rectamente la conciencia, para que, conociendo la verdad, se deje guiar por su fuerza obligatoria. La fuente de la obligación moral no viene, en efecto, de la conciencia indeterminada, sino de la verdad a la que se subordina. Es la verdad la que obliga, por la exigencia que tiene de ser respetada como voz de Dios, como expresión de su sabiduría.

Si es necesario conocer la verdad, ésta necesita, sin embargo, de la fuerza de la gracia para ser puesta en práctica e inspirar el comportamiento humano. Por eso, el proceso formativo de la conciencia cristiana no

concluye en la recta formación moral, sino que es necesario abrir la vida interior a la vida de la gracia, para que sea el Espíritu Santo quien modele la vida personal del creyente. Éste es el segundo núcleo que desarrolla el que fue gran maestro en la dirección espiritual, pastor de almas experimentado y con un gran sentido de Dios.

La obra concluye con un apropiado análisis de todo lo que concierne al apostolado laical: finalidad, modos, campos de apostolado, etc. Estos contenidos concretos, si bien son deudores del momento en que fueron escritos, son fiel reflejo de un verdadero hombre de Iglesia, consciente de las necesidades de su época y urgido por llevar íntegro el Evangelio de Cristo a todos los ambientes.

Felicitó al Instituto Secular "Obreras de la Cruz" por su iniciativa de reimprimir este libro del que fue, "a mucha distancia", mi predecesor en la S. I. Catedral. No dudo que los lectores de esta obra sabrán apreciar su actualidad y su gran valor para discernir, en estos momentos de descristianización, cuál debe ser el camino de la Iglesia.

JUAN ANTONIO REIG PLA

*Canónigo Penitenciario
de la S. I.
Catedral de Valencia*

SIGLAS Y ABREVIATURAS

SIGLAS

AAS	<i>Acta Apostolicae Sedis</i>
OR	<i>L'Osservatore Romano</i>
ECC	<i>Ecclesia</i>

ABREVIATURAS

Biblia

Col	<i>Colosenses</i>	Hch	<i>Hechos</i>
1 Cor	<i>1.ª Corintios</i>	Jn	<i>S. Juan</i>
2 Cor	<i>2.ª Corintios</i>	1 Jn	<i>1.ª Juan</i>
Dt	<i>Deuteronomio</i>	Lc	<i>S. Lucas</i>
Ef	<i>Efesios</i>	Mt	<i>S. Mateo</i>
Flp	<i>Filipenses</i>	2 Pe	<i>2.ª Pedro</i>
Gal	<i>Gálatas</i>	Rom	<i>Romanos</i>
Heb	<i>Hebreos</i>	1 Tes	<i>1.ª Tesalonicenses</i>

INTRODUCCIÓN

EXCMO. Y RVDMO. SEÑOR:

Es mi propósito que el contenido de la exposición de este tema pueda servir de alguna luz de orientación acertada en materia de tanta trascendencia y que, a la vez, estimule la voluntad a una actuación eficaz.

El hombre, como ser moral, ocupa la cima en la escala de los seres terrenos. Les sobrepuja en dignidad, nobleza, perfección y destino. Pero no es la perfección total, de suerte que nada exista más inteligente y perfecto que él. Frágil por naturaleza, abatido por amarguras y desencantos, puesto entre luchas, codicias y pasiones humillantes, cual barquilla que resquebraja la mano del tiempo, levanta forzosamente su mirada en busca de un Ser que tenga la plenitud de la perfección y sea el punto de partida, desenvolvimiento y remate de toda existencia y vitalidad: Dios. La vida increada de Dios es activísima y fecundísima. La vida y la actividad se corresponden, a la vez, y se complementan. En donde hay vida, precisa que haya activi-

dad, ya interna, ya externa. Responde, pues, a la vida espiritual y cristiana una actividad interna o *vida interior*, y su consiguiente y completa expansión externa: *el apostolado*.

¿Cuál es el fruto de la actividad secretísima de Dios en su manifestación exterior? Su resultante es la inmensa obra de la creación, la cual abarca dos órdenes distintos, dos mundos: el natural y el sobrenatural; y a cada uno de ellos corresponde un fin adecuado, pues no hay orden ni mundo sin una concreta finalidad; y a cada uno de estos dos fines responde una actividad proporcionada para poderlos conseguir. Hay, por consiguiente, en el orden sobrenatural, un fin y una actividad sobrenatural.

Muy admirable es la grandeza del mundo natural; por doquiera destila belleza; miles de encantos nos ofrece y, en medio del dolor, nos regala con horas de felicidad. Admirada tanta hermosura, parécenos que nada mejor pueda existir, y, no obstante, hay otro mundo: el sobrenatural, sin comparación más grande y bello que aquél. ¿Qué vale toda la nobleza de la criatura considerada en sí sola, cuando se la compara con su nobleza sin par una vez puesta en el mundo de la gracia? Hermosas son la brillantez dorada del sol y la blancura del lirio; puros encantos muestran la dulzura de unos ojos castos y el limpio azul del cielo; maravillas nos ofrecen los matices variados que esmaltan el campo vastísimo de la tierra; pero es más hermosa la brillantez sin sombra del sol de la fe y la blancura de la castidad de un alma; tiene mayores encantos la apacible dulzura de un carácter y el azul de la inocencia de un corazón sencillo y abnegado; encierra mayores maravillas el valle fecundo de las virtudes cristianas en el mundo inconmensurable de la vida de la gracia en las almas. La naturaleza vístese bellamente, pero lo

hace con vestido todavía más bello ypreciado, si se mira elevada al orden y fin sobrenatural. Y en este orden ha puesto Dios este sello de unidad: igual naturaleza, destino, medios, ley.

¡Cuántas veces he pensado, a la vista de injustas desigualdades, ante la masa necesitada de pan y cariño, no sin rencor en el alma en muchos casos, fruto de una ignorancia funesta; ante el hombre privilegiado, con su carga de riquezas y honores, por qué los hombres, doblemente hermanos por naturaleza y redención, no vivimos como hermanos en una misma fe, un amor, un *ideal*! ¿Será, por ventura, una utopía el pensar en una sociedad cuyos miembros, vinculados y conectados entre sí, vivan armónicamente dispuestos al sacrificio para obtener el mutuo bien, forjando un mundo mejor? Pues, ¿no es el pensamiento de Jesucristo trocar el mundo en una gran familia, “con un corazón y un alma”,¹ por la caridad y el amor a Dios que se derramen entre los hombres, uniéndolos entre sí con el vínculo de la paz? Tan sólo un ideal imperecedero: Jesucristo; unas leyes permanentes y sin cambio en su esencia, fijas en nuestra naturaleza; unas leyes morales universales que tienen su base en las verdades de la fe; y una acción con desinterés y sacrificio, constante y amplia, pueden lograr que vivan hermanados los hombres, ajustando sus actos conscientes a estas leyes, en dirección a un mismo destino sobrenatural, con la abnegación que impone esta ley moral cuyo fruto son la buena conciencia, la paz y el amor fraterno. Ideal que parece no es pleno ideal; ley que en su esencia se muda, no puede unificar universalmente, como norma suprema, los actos humanos, porque de-

¹ Cf Hch 4, 32.

pende de la voluntad del hombre, y el hombre por sí no puede ser regla para el hombre, porque no existe la superioridad que supone y necesita la ley; acción sin eficacia sobrenatural, sin ardores de fe, vacía de Dios, muere en su propia impotencia y queda estéril para producir efectos sobrenaturales. El efecto no puede superar la condición de la causa.

Esta ley universal de moralidad es incompatible con el mal moral, porque éste importa la violación de la misma ley; sólo se compone con la virtud, de la cual es fuente perenne. Con su fuerza combate el vicio; donde ella impera no hay fluctuaciones en la ejecutoria del deber; hay, sí, claridad en la palabra y en la obra, afirmaciones rotundas, firmeza inquebrantable, noble intransigencia frente a todo cuanto la pueda empañar. ¿Quién, sino ella, puede engendrar conciencias rectas, firmes y consecuentes, de las que tanta necesidad sentimos? ¿Quién, sino ella, puede enderezar los ardores de tantos corazones que perecen en la corrupción de costumbres, y templar caracteres recios, apacibles, constantes, heroicos? Su mero cumplimiento opera nuestra salvación; su realización en grado ascendente de perfección lleva a la santidad. Lo “preceptuado” y lo “aconsejado” son dos alas de vuelo en la vida cristiana, son dos brazos para una misma acción: la “superación del mundo”, del “desorden” introducido por la transgresión de la voluntad divina.

El mandato de esta voluntad se nos hace patente por medio de las leyes morales, principios de universalidad, los cuales, cual pilares indestructibles, tienen su cimiento en la misma naturaleza humana y en la revelación divina. La finalidad de estas leyes es práctica: regular los actos humanos en orden a la consecución del fin supremo. Su esencia es inmutable, como manifestación de la voluntad de Dios, supremo *dueño* y *le-*

gislador. Tan sólo al magisterio viviente e infatigable de la Iglesia incumbe el señalar el alcance de estas leyes y adaptarlas, intacta siempre su esencia inmutable, a los actos humanos del hombre, según las necesidades que suscitan la evolución de situaciones y nuevas circunstancias de los tiempos.

Función principalísima desempeñan aquí la conciencia objetiva y subjetiva. Ambas, a una, son necesarias para el ajuste de nuestros actos al fin supremo por medio de la ley. La subjetiva, norma próxima, porque es nuestro modo de conocimiento e interpretación de la ley; la objetiva, regla remota, porque es la misma ley como norma. Ésta, sin la primera, pierde su razón práctica; aquélla, sin ésta, no puede existir. Inseparables entre sí, nos dan el dictamen práctico del bien y del mal moral, por encima del querer del hombre, ya que es propio de esta ley cuidar de que la naturaleza humana no defraude su fin prefijado por Dios. El "individualismo" moral, con su nueva conciencia subjetiva que prescinde del Dios legislador y, por tanto, de toda ley moral; el existencialismo ético, con todas sus ramificaciones, han olvidado que está en pie el "niégate, toma tu cruz, y sígueme".² Ni la evolución de ideas, ni los nuevos modos, circunstancias y situaciones que la vida crea cada día, pueden alterar la voluntad inmutable de Dios manifestada por su santa ley, con la cual deben ellos conformarse. Y hay siempre un punto de contacto y conformidad, y es éste: "niégate... y sígueme".

De estos principios morales se han desviado en gran manera el individuo, la familia y la sociedad. Hasta se pretende "renovar", "transformar", "rejuvene-

² Cf. Mt, 16, 24.

cer” a la Iglesia en sus doctrinas, como si fuese algo envejecido e inadaptado a nuestros días. Es la “nueva” moral que tiene por fondo y norma el egoísmo, la cobardía frente a la cruz, y el placer sensual. En medio de un ambiente de vida “afectada de anemia religiosa”;³ en el estado actual de “una universalidad de decadencia moral que ha contaminado zonas tradicionalmente inmunes hasta ahora”...; de “la exaltación de la inmoralidad que ha llegado hasta el grado de exhibirse en público e infiltrarse en el ritmo de la vida económica y social del pueblo, ‘amparándose’ en un falso humanismo... y una indulgencia anticristiana... que acaban por derribar la jerarquía de los valores morales y relajar el sentido del pecado...”, presentándolo como el desarrollo normal de las facultades del hombre y como la madurez de su personalidad”,⁴ la formación moral católica es empresa principalísima “en la que está en juego el presente y el porvenir del mundo y el destino eterno de las almas”.⁵

Por eso, es idea predominante en la mente de nuestro glorioso pontífice Pío XII “la necesidad de un esfuerzo urgente de reeducación moral y espiritual”;⁶ “de una educación cristiana de las conciencias”;⁷ de un apostolado concreto, eficiente y amplio. Y estas palabras son llamadas apremiantes que imponen a los educadores, padres y, señaladamente, a los sacerdotes, el deber ineludible de procurar una autoformación

³ G. MONTINI, *Carta al Obispo de Nancy*, LXVI Congreso de la Unión de las Obras Católicas. ECC 563 (1952) 457-458.

⁴ Pío XII, *Sermón a los fieles de Roma y del mundo* (26-III-1950). OR (27-28-III-1950).

⁵ Pío XII, *Radiomensaje* (23-III-1953).

⁶ Cf G. MONTINI, *Carta al Obispo de Nancy*, LXVI Congreso de la Unión de las Obras Católicas. ECC 563 (1952) 457-458.

⁷ *Ibidem*.

propia, intensa y extensa, con el fin de más capacitar-nos para el desarrollo de la vida de Dios en nosotros y el trabajo de apostolado en las almas; el deber de pensar seriamente en cómo formamos moral y espiritualmente las conciencias, y de qué modo debemos formarlas para que den un crecido rendimiento de virtud y ejemplaridad; en cómo trabajamos apostólicamente, y cuál conviene que sea nuestra actuación en este campo de lucha, de conquista y de conservación de lo conquistado. Y según el enfoque, desacertado o acertado, de este grave problema para el individuo, la sociedad y la Iglesia, se dificultarán o se allanarán los caminos que conducen al logro de nuestro ideal: un Cristo que triunfe, una sociedad que recobre la paz, una Iglesia que crezca hasta tender su red salvadora a todos los hombres, hasta hacerlos vivir hermanados en su regazo de madre.

No en vano la formación moral, que nos capacita para la verdadera vida cristiana desde su primer grado hasta la floración de la santidad, ha de ir encaminada, señaladamente en nosotros y, en nuestros días, por la exigencia de los tiempos, hacia una renovación y crecimiento de espiritualismo interior y exterior, hacia una fecunda e intensa labor apostólica. Esta formación debe constituir la meta de una de nuestras más necesarias y nobles aspiraciones. Experimentamos necesidad de ello. Es un hueco que nos toca llenar para que pueda operarse en el mundo un cambio radical.

Mucho urge la necesidad del apostolado, pero sin descuido de la formación conveniente del que ha de trabajar en el campo de las almas; pues si los pueblos se iluminan con la luz de la ciencia, su querer sólo se enciende y transforma en su marcha hacia Dios con el fuego de la santidad, que es la ejecutoria más cabal del amor del hombre. Hacen falta a la Iglesia cristianos de

una conciencia fiel a la verdad, sin desdoblamientos egoístas, con el vigor de una convicción que, saltando obstáculos, no retroceda en el cumplimiento del deber, por penoso que sea; necesita sacerdotes que plasmen en sí el auténtico espíritu de Cristo, de ejemplaridad que atraiga y conquiste, de conciencia sacerdotal cuya voz les recuerde el imperativo de su vocación: santidad y apostolado; le es a la Iglesia de capital importancia tener seminarios donde, como en moldes perfectamente ajustados al ideal que es Cristo, los futuros sacerdotes formen recta y cabalmente su inteligencia, su voluntad, su corazón, con el sentido del deber, idea de responsabilidad, temple de su carácter, convicciones personales; y todo ello dentro del área de una santa libertad vallada por el espíritu de austeridad cristiana, de sacrificio que educa, de amor a Dios, que ambienta de sobrenaturalismo todo ese mismo vivir, bajo la dirección de artífices abnegados, prudentes y expertos.

El apostolado, sin la debida preparación del que lo realiza, va al fracaso. El brasero no da calor sino por las brasas de fuego que contiene. La formación, si, alcanzado el grado conveniente de madurez, no pasa a la acción, queda manca en su finalidad y acaba dando vueltas a sí misma.

Formación y acción: he aquí el medio de urgencia para remediar tanto mal.

I. FORMACIÓN MORAL

CAPÍTULO I

Mirada de conjunto sobre el proceso formativo de la conciencia cristiana: moral, espiritual y apostólica

PARA la licitud o ilicitud de sus actos humanos, cuenta el hombre con un guía necesario e inseparable, un testigo, una luz: la conciencia. El hombre, en su vivir consciente, interior y exterior, es, prácticamente, lo que es su conciencia, como conclusión lógicamente deducida de un principio moral y de una acción a la que se aplica la ley, determinando la licitud o ilicitud del acto a realizar.

Interviene en la formación de la conciencia, directamente, la teología moral, que, basada en la ley natural, la divino-positiva y la eclesiástica, tiene su prolongación completiva y perfectiva en la ascética y mística. Cooperan la psicología, la fisiología, la ciencia social, la pastoral y la psiquiatría o psicopatología. Con la ayuda de todas ellas podemos valorar hasta dónde llega en muchos casos la imputabilidad de un acto; podemos disponer al individuo para que, sin menos trabas nacidas de su complejo orgánico deficiente, acierte a efectuar sus actos libres; nos es dado capacitarle mejor para la práctica de las virtudes cristianas y faci-

litarle el camino para que pueda llegar a construir su personalidad; formar su carácter, que es la constante de un temperamento modificado sobre el yunque de la educación, ambiente, doctrina, esfuerzo.

Y a la pregunta ¿qué es formar?, respondemos sencillamente: es crear en una persona una aptitud en lo físico o en lo moral; es dar un “modo”, una “manera de ser” a los que no lo tienen; o es imprimir nueva forma –reformular– quitando la existente, del todo o en parte, al igual que el alfarero, tomando en sus manos el blando barro, le imprime el “modo” de un objeto artístico, o bien, luego, todavía blando el barro, y vistas las deficiencias del objeto artístico que forjó, le cambia la forma, total o parcialmente, hasta hacer surgir de sus manos, plasmada en el barro, su concepción artística.

Constituido el hombre en su ser humano, admite y es objeto de formación en los elementos que necesariamente radican en la doble parte constitutiva del mismo: corpórea y espiritual. Obedece a la ley de la transformación que Dios ha puesto en la parte corpórea como una necesidad inevitable, y en la espiritual, como una exigencia de realización libre por la ley moral. Esta transformación de la criatura, que tiene su punto de partida objetivo en el eterno Ser, podemos llamarla “inquietud de Dios y hacia Dios”.

Para explicarnos el sonido desarmónico de un instrumento musical, de poco nos serviría conocer sólo la habilidad y destreza del que lo toca, si no advirtiésemos que las cuerdas del instrumento están desafinadas. Notable será el músico, pero el sonido de su pieza musical carecerá de armonía. Es deficiente el instrumento. Sublime es el alma, mas deficiente e imperfecto nuestro organismo con el cual opera.

Precisa, pues, una actuación sobre el temperamen-

to que es la constitución particular del individuo, resultante del predominio fisiológico del sistema orgánico, hasta que suenen acordes las notas de actividad, sensibilidad afable, constancia y firmeza. Es necesario formar el carácter. Y éste es, o una suma de aptitudes, herencias, influencias, propensiones, direcciones del pensar, sentir y hacer, con una constante que se manifiesta en los actos; o es un “modo de obrar conforme a principios”, con una firmeza consecuente, una autodeterminación y un sello o rasgo dominante de “unidad” de principios que impulsan a obrar. El carácter, sólidamente fundado en principios y afirmado con una labor consecuente y constante, crea una “personalidad”. Y ésta, templada con la suavidad que acoge y una dureza de permanencia y empuje, hará que el hombre “sujeto a pasiones opuestas, a contradicciones, a la acción activa de apetitos desordenados, de pasiones no domadas o desbridadas, no ceda ni se deforme, sino que, frente a los choques inevitables de la vida moderna, aparezca cada vez más perfecto”.⁸ A ello contribuirá enormemente el dominio de las pasiones, frenando su torcida tendencia y encauzando la trayectoria de su fuerza y vigor, de toda su vitalidad, a veces muy pujante, hacia Dios, de suerte que con ellas y con la gracia, se haga un perfecto cristiano, un apóstol, un santo. Así se prepara el hombre para ser sujeto capaz del ejercicio, aun en el grado más alto, de las virtudes cristianas.

Y si admite reforma el complejo orgánico en estas sus manifestaciones, no lo admite menos la parte espiritual: inteligencia y voluntad. La inteligencia, según la doctrina, las enseñanzas, las ideas que la alimenten,

⁸ Cf Pío XII, *Radiomensaje al IV Congreso Internacional de Educación Católica* (5-VIII-1951). AAS 43 (1951) 594-598.

nos ofrecerá un “modo” de pensar, un criterio, una “manera” de apreciar y enjuiciar las personas y cosas, e influyendo en la voluntad, la moverán, si ésta, como señora, no resiste, a marchar por los derroteros que le trace, resultando el hombre con su propia y peculiar característica. La voluntad se disciplina, se educa, con la suave fuerza de la obediencia y el ejercicio del dominio de sí, ya que puede imperarse a sí misma, ahogando los brotes de orgullo y de rebelión innata. Se vigoriza mediante el ejercicio físico, el trabajo, la oración, la gracia divina, el poder de la persuasión.

Pero toda criatura está sujeta a leyes que la rigen en razón de su finalidad. El hombre, en su ser moral, debe estar sujeto a leyes proporcionadas a la condición espiritual del mismo. De aquí, la necesidad de hacer llegar a la inteligencia humana el conocimiento de estas leyes que son preceptos de Dios y de la Iglesia como mandataria de Jesucristo. Y cuando la razón del hombre haga suyos estos mandatos asimilándolos en su esencia y en su alcance, es decir, en su totalidad, y sea ésta la medida de sus actos, entonces habrá formado el hombre en sí la conciencia íntegramente cristiana y se sentirá vivir de lleno dentro del cristianismo que nos configura con Jesucristo, no sólo por la doctrina, sino por los hechos; que es la Verdad, que se comunica al hombre convertida en “ley”, camino necesario, o hecha “consejo”, camino de elección libre, pero más perfecto; que es imitación del vivir de Cristo en su pensar, querer y obrar; que resume las enseñanzas y acciones del divino Maestro, como un todo global que nos da a conocer o explica lo que llamamos “espíritu de Cristo”, con destellos de las virtudes que lo esmaltan. Es lo sobrenatural penetrando y elevando lo humano, el triunfo del espíritu sobre la materia, de la abnegación sobre la libertad caprichosa, de la pureza

sobre la sensualidad, del hombre celestial sobre el hombre terreno.

¿De qué sirve sembrar la semilla si no arraiga, y si, arraigada, no se vivifica? Poco vale “una miserable provisión de nociones religiosas vagas, incompletas, imprecisas, que se deshacen con la edad”⁹ y con el ambiente. No basta verter en la inteligencia ideas religiosas, verdades divinas, conceptos del deber y la virtud; es menester que echen hondas raíces para que el vendaval del error, del ambiente y de las pasiones ni los arranquen ni los hagan tambalear entre dudas y cavilaciones interrogantes. Le es necesario al hombre vivir estas verdades. Y aquí entra la voluntad para imponerse con su imperio y mantener su fidelidad a la verdad, al ideal, a la ley. Fidelidad a la conciencia, a los principios morales que la rigen, pues sólo así se forman caracteres moralmente firmes que no se mueven al menor soplo del favor, de la amenaza, de los halagos, de la mera simpatía o de la tentación. Como se temple el acero encendido sobre el yunque, la voluntad debe ser fogueada para que adquiera un temple recio. ¿Dónde? En el fuego del amor a Dios. “El amor todo lo vence”. La voluntad, con incendios de amor a Cristo, tocada de este divino querer, hállase pronta y determinada a cumplir la santa voluntad de Dios, a evitar lo que la contraría, a huir de cuanto le desagrada; tiene el secreto misterioso de la victoria. Y es más fuerte la voluntad, cuanto más intenso es su amor, el cual, con su fidelidad y su generosidad, recorre dos caminos hacia Dios: el de lo “mandado” y el de lo “aconsejado”; cumple una “orden” y un “deseo”; no se limita a recorrer el camino de la tierra al cielo con marcha ordina-

⁹ Pto XII, *Discurso a la Federación Romana de la Juventud Católica* (8-XII-1947). AAS 39 (1947) 34-35.

ria, sino que remonta su vuelo para recorrer con altura y rapidez de águila los espacios sublimes de la virtud.

La conciencia espiritual, que estima cual se merece este vivir de Cristo en el hombre, según estas dos fórmulas paulinas: Cristo viviendo en nosotros, nosotros viviendo en Cristo, presupone e incluye la vida interior, sin la cual no podría subsistir en su integridad y ser eficaz en sus obras. Esta vida interior de trato y unión intelectual y amorosa con Dios, se equipara a un baño de luz y de amor en donde el alma se sumerge y, empapada de sobrenaturalismo con ansias de la gloria de Dios y del triunfo de Cristo, se lanza con santa intrepidez y audacia a trabajar en la viña del Señor, a reñir con bravura la batalla por la conquista de las almas; salta con bríos al campo del apostolado. ¡Qué bien se comprenden estas palabras de nuestro pontífice Pío XII: “Un apostolado sin facundia es posible. Un apostolado sin amor es una contradicción en los términos”.¹⁰

Temperamento y carácter; pasiones y hábitos; estados psicopatológicos; inclinaciones de la voluntad; la ley moral; ambiente y exigencias de los tiempos; llamamiento al estado cristiano con su obligación permanente de santificación propia y de cooperación en la santificación de los demás; la obligación de procurar el propio perfeccionamiento espiritual para ser más útiles en el servicio de Dios; la vida interior y el ejemplo; la idea del fin de la vocación cristiana y sacerdotal, con una convicción honda de llevarla a la práctica; el deber en cada momento de nuestra vida; la dirección espiritual; la doctrina de la Iglesia; el deber

¹⁰ Pío XII, *Discurso a los párrocos y predicadores de la Cuaresma, de Roma* (2-III-1950). AAS 42 (1950) 302-306.

de forjarse un espíritu combativo en la palestra del apostolado...; todo ello son materiales para construir el molde de una formación integral, de donde saldrá la conciencia equilibrada, cristiana, piadosa, vocacional, sacerdotal, apostólica, y ésta con arranques de justicia y caridad, desprendimiento y heroísmo. Tendremos la conciencia moral en múltiples modos dentro de estos dos cauces generales: *preceptos y consejos*.

Y cuando vemos que “el individuo va siendo incontinentemente reabsorbido por la masa”;¹¹ que “parece que todo se ha conjurado para dificultar al cristiano la conservación de su dignidad personal”;¹² “que se crea el tipo de hombre que no puede sufrir pasarse al menos una hora a solas consigo y con Dios”...;¹³ ¿no nos brinda esta formación integral el medio “para hacer surgir del individuo y de los individuos la personalidad cristiana”? Y ésta suena a “soldado activo de Cristo en el hogar, trabajo, profesión, fases de la vida social”.

Dada, pues, la estrecha relación entre el alma y el cuerpo y las condiciones e influjos de éste, oscureciendo muchas veces la inteligencia y subyugando la voluntad, el buen formador de conciencias y personalidad cristianas, para realizar en el hombre una formación integral, honda, verdadera, completa, debe conocer todo el complejo de aquél en lo psíquico y en lo fisiológico, en las manifestaciones sensuales y en las espirituales, y así poder medir la parte de preeminencia de unas sobre otras y su condición defectuosa; poder corregir quitando deficiencias, y perfeccionar poniendo las cualidades perfectivas convenientes. Pero no le basta poseer este conocimiento. Quien preten-

^{11, 12, 13} Cf Pío XII, *Carta autógrafa a la Presidenta de la Federación de Mujeres Católicas Alemanas*. AAS 44 (1952) 717.

da moldear caracteres, conciencias, antes, tenga bien moldeados los suyos. Formar sin estar formados es equivalente “al desorden poniendo orden”, al inepto haciendo aptos, al inexperto poniendo sus manos en la masa moldeable, para dejar en ella los destrozos producidos por la huella de sus dedos. Sin arte y sin ojo certero, sin experiencia y sin conocimiento de *todo* el individuo, fácilmente juzgará el formador la reciedumbre de un carácter, como orgullo; la blandura pegajosa, como bondad; la rectitud, como intransigencia; la soplonería, como fidelidad; los ímpetus naturales le sabrán a rebelión consciente; en el callado moverse de unos nervios, oirá la voz de protesta; la tristeza temperamental, la mirará cual disgusto o desagrado ante el mandato; la alegría, como de persona de poco sentido y aplomo. Ni sabrá discernir al hipócrita del sincero; la noble arrogancia, de lo que es altanería. Estimarán como “modos nuevos”, que rompen un troquel anticuado, las indelicadezas, la grosería en el trato y el chiste o la frase que intenta poner a prueba el límite de la resistencia de la castidad. Y tras la careta de una apariencia bien estudiada, no acertará a descubrir una intención torcida, un corazón maleado, una voluntad débil, un vivir rutinario sin convicción ni ideal en el individuo, para el cual, lejos ya del amparo de un colegio, o dejado el camino de una pretendida vocación, ya no habrá ni sagrario, ni Iglesia, ni moralidad. ¿En verdad se habrá efectuado en el interior de tal individuo un cambio radical? Opino que, en la generalidad de los casos, no. La raíz brotada de esta nueva vida de tan fuerte contraste, permanecía oculta a los ojos del educador, de aquél que debió moldear no sólo lo externo, sino lo interno. No supo hendir la corteza y penetrar en el fondo del individuo y moldearlo aprovechando la parte de fondo bueno que todos tenemos.

Y si el formador, montado sobre el corcel de “un modernismo”, rompe lanzas contra todo lo tradicional en lo tocante a la virtud cristiana y a la necesidad y obligación de practicarla, tildando de envejecidos y caducos la abnegación cristiana, el amor sobrenatural, la virginidad por Cristo, el sacrificio por Dios, nos dará el fruto de su obra: el superhombre que supervalora sus actos, egocentrando cuanto le rodea, y para quien un Cristo obediente, humilde y casto, es sólo un Cristo histórico, no un Cristo *modelo*. Serán el hombre, el individuo, el escolar de tipo ideal, la joven, avanzados de la época, ultramodernos, pero... con bajo nivel moral.

Y el tal formador, con sus tantos desaciertos, habrá cometido destrozos, muchas veces irreparables, en las almas, conciencias, caracteres, personalidad, vocaciones, apostolado..., vidas.

CAPÍTULO II

La conciencia y la inflexibilidad de las leyes morales. Impugnadores teóricos y prácticos. Determinación de la voluntad

LA conciencia denota un conocimiento del *yo*; importa el conocimiento de los fenómenos de la experiencia interna, particularmente en el aspecto moral. La conciencia moral, como *potencial*, tiene facultad de juzgar; como *actual*, es el juicio práctico que emite sobre la bondad o malicia moral de los actos realizados por la propia voluntad.

No se puede negar que la conciencia, considerada en el primer modo, es natural al hombre. Lo declara así el apóstol san Pablo con estas palabras: “Cuando los gentiles, que no tienen ley escrita, hacen por razón natural lo que manda la ley, estos tales, no teniendo ley, son para sí mismos ley y ellos hacen ver que lo que la ley ordena está escrito en sus corazones, como se lo atestigua su propia conciencia y las diferentes reflexiones que allá en su interior ya los acusan, ya los defienden”.¹⁴ No son menos expresivos los siguientes versículos del Deuteronomio: “Este mandamiento que yo te

¹⁴ Rom 2, 14-15.

intimo hoy no está sobre ti, ni puesto lejos de ti..., sino que está muy cerca de ti: en tu boca está y en tu corazón y en tu mano, para que lo cumplas”.¹⁵

Esta conciencia *facultad* se hace actual cuando, despertando del sueño de los primeros años, alcanza ya el “uso de la razón” y juzga entonces sus actos, advirtiéndolos con claro conocimiento un orden racional, dos mundos esencialmente diferentes: el físico y el moral. Esta conciencia nos da su dictamen sobre la condición buena o mala del acto, su permisión o prohibición, el cual dictamen se va traduciendo en movimiento de la voluntad, del sentimiento, de la fantasía, en fenómenos sucesivos. Ciertos movimientos o actos de la voluntad se producen porque la conciencia se impone *imperando* o *prohibiendo*, resultando así una norma obligatoria y originando el conocimiento del deber. Por este motivo se llama a la conciencia “la ciencia de los deberes”.

Su fuerza obligatoria no puede explicarse ni por la educación social (evolucionismo), ni por la fuerza del juicio que se dirige a sí mismo –autonomía de Kant, imperativo categórico–, sino tan sólo por la intervención de un legislador supremo, creador de la naturaleza humana. Si la conciencia, como facultad, está sujeta a cierta evolución, no lo puede estar como expresión de la ley, a la cual, como verdad objetiva, conoce, comprende y debe aplicar a los actos, dirigiéndolos en el sentido de la voluntad del legislador. Esta ley o verdad está fuera de la conciencia subjetiva, y no se cambia a capricho y placer del hombre; se halla por encima de la voluntad de éste. No hay moralidad subjetiva sin objetiva, como no hay conocimiento sin ob-

¹⁵ Cf Dt 30, 11-14.

jeto cognoscible, ni facultad sin su objeto propio específico; sería una potencia inútil. La objetividad será siempre la base para la subjetividad, bien el objeto se reciba en su verdad, bien erróneamente, bien falte la rectitud lógica deductiva al formar el juicio comparativo.

La conciencia, pues –cual conclusión deducida de dos proposiciones que, según santo Tomás, son las verdades universalísimas –sindéresis– y las verdades universales de la ciencia moral, y, según muchos moralistas de nuestros días, son las verdades universales y el acto al cual se aplican éstas para concluir la licitud o ilicitud del acto–, designa la aplicación interna de la ley a los actos conscientes del hombre, y que éste debe obedecer siempre y en todas partes, cuando se halla con certeza, aun siendo errónea, sin que le sea dado desoír la voz incorruptible, muchas veces desagradable, de su conciencia, a cuya fidelidad está obligada, y de cuya obligación no le excusa cualquier privación de sufrimiento humano. “Quien quisiere salvar su alma obrando contra mí, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará”.¹⁶ Y contra Cristo obra quien obra contra su conciencia, que es la voz de Dios, de su voluntad, de su ley. Por eso, uno de los fines principalísimos de la formación de la conciencia es fundamentar y perfeccionar esa fidelidad.

Tras la careta de un osado racionalismo se pretende hoy hacer una revisión casi radical de las normas morales “para deducir de ellas una nueva determinación de valores”,¹⁷ separando estas normas, que son la voluntad y los mandamientos de Cristo, de la estrecha

¹⁶ Cf Mt 16, 25.

¹⁷ Cf Pío XII, *Radiomensaje sobre la conciencia cristiana* (23-III-1952). AAS 44 (1952) 270-278.

vigilancia de la Iglesia, y remitirlas a la inteligencia y determinación de la conciencia individual, quedando ésta convertida en árbitro absoluto de sus determinaciones, prescindiendo del magisterio de la Iglesia, a quien toca aclarar, profundizar y aplicar estas verdades morales, manteniendo intacta su substancia, a las condiciones variables de los lugares y los tiempos. “El objeto del magisterio de la Iglesia es custodiar y enseñar la verdad revelada; su extensión abarca todo el depósito de la fe y cuanto sea preciso para cumplir la obligación de custodiarlo”.¹⁸ Pugnan entre sí la tutela del patrimonio moral cristiano y esta autonomía individualista de la conciencia. No es el hombre, ni las circunstancias que le rodean, ni los actos en sí, lo que constituye la moralidad, sino que su fuente hay que buscarla en la voluntad del Ser supremo, en su ley divina, a la que todo hombre está supeditado, no obstante la ley de la libertad humana, ya que “el ejercicio de la libertad es limitado en su origen por los deberes inmutables inherentes a nuestra condición de criaturas”.¹⁹ Primero se concibe en el hombre la razón del deber que la del derecho. Y el deber no se lo impone el hombre a sí mismo sino por la fuerza de una ley que le obliga. La libertad, sin otra valla que la conveniencia, no se compagina con la ley que limita la expansión de los caprichos de aquélla. La libertad humana tiene un tope; llega hasta donde permite el derecho de Dios, del prójimo, de la sociedad y de ese pequeño mundo que es el mismo hombre. Y a estos derechos con sus correlativos deberes les impone la ley una obligación cuya voz clama en el íntimo de la conciencia.

¹⁸ Cf METROPOLITANOS ESPAÑOLES, *Carta colectiva* (26-III-1955). ECC 715 (1955) 351.

¹⁹ Cf Pío XII, *Carta al IV Congreso Interamericano de Educación Católica* (5-VIII-1951). AAS 43 (1951) 594-598.

Celosamente encerrados en su yo, juzgándose dueños absolutos de sí mismos; ciegos para no ver la “puerta estrecha” y el “camino angosto” que conduce a la vida;²⁰ sordos para no escuchar el “esforzaos en entrar por la puerta estrecha”;²¹ cobardes ante la renuncia de sí y la aceptación de la cruz de cada día,²² para superar lo terreno con lo sobrenatural; como impotentes en presencia del mandato divino de la pureza del alma y del cuerpo, considerando inevitables las caídas, especialmente en la juventud; rebeldes al yugo matrimonial al que se ataron entre aromas de flores y sonrisas de gozo, rehusando las espinas de los deberes, no pocas veces heroicos, de este estado; incomprensivos de la finalidad verdadera de las relaciones prematrimoniales; insensible, acaso con desdén, un feminismo, que se confiesa cristiano, a tanta doctrina episcopal y apostólica pidiendo la más elemental modestia cristiana de los vestidos en esta época de frivolidad, feminismo de competencias sin sentido, de marea creciente, de eliminación sistemática de sanas costumbres, la cual señala una apostasía general penetrante por los cinco sentidos en el campo de la mujer; faltos del conocimiento de la necesidad de una conciencia individual y social; olvidadizos de las exigencias del fin de una vocación; tocados de un naturalismo grosero que no reconoce otra ley que el placer y la satisfacción sensual; amos de llaves de las cajas de los fondos, ya públicos, ya privados, cuya recta administración no trasciende al plano de “*primi capientis*”; disconformes con el magisterio de la Iglesia, que consideran caduco, impropio del progreso y avances de nuestros tiempos y

²⁰ Cf Mt 7, 13-14.

²¹ Lc 13, 24.

²² Cf Lc 9, 23.

carente de influencia en la voluntad de las masas; desestimadores de la autoridad, pareciéndoles la obediencia simulación o dejación de la propia personalidad, o incensarios vivientes, que entre oleadas de apariencias hipócritas, encubren intenciones no rectas y limpias, cualesquiera que sean, laicos o clérigos, que con espíritu cristiano paganizado, viven, cruzados sus brazos y con sus manos casi vacías de obras santas, viendo cómo el tiempo les empuja hacia la eternidad; todos ellos son los que teórica o prácticamente pretenden suavizar la “excesiva rigidez”, la “firmeza e intransigencia” de las leyes morales cristianas con su “no es lícito” que para muchos de estos tales suena a “envilecedora pedantería”.

¿Cómo pretenden conseguir esta suavización? Con un sentido de “adaptación”, de conveniencia, de egoísmo, de aportación, de circunstancia, de comodidad, de apreciación, de fines a conseguir, de progreso, de novedad, de moderno. Pero ¿quién se ha de adaptar? ¿Las leyes morales, en su esencia inmutables, o la vida del hombre en sus distintos modos o facetas? Lo mutable se adapta a lo inmutable, como el barro blando al molde, la tabla de madera al metro que la mide. Y mutable es la vida del hombre, la cual se dobla ante la columna firme e inflexible de la ley moral. Ni nos podrán dar la razón de medida moral la pura conveniencia, cuando sobrepasa los límites de los derechos de los demás o deja incumplido el deber; ni el desordenado egoísmo que encuentra en su yo todo el vivir, con detrimento de la caridad y de la justicia; ni la fuerza de la aportación cuando en recompensa pide lo inmerecido y desea o exige la violación de la ley; ni tampoco las circunstancias diversas que afectan al hombre y que no cambian la condición específica, teológica o moral de los actos. Y si la pretendida adaptación de

las leyes morales llegase a tal grado de flexibilidad que se hermanase con lo “más cómodo”, en ciertas manifestaciones de nuestra vida, ¿qué quedaría de la virtud de la castidad, del trabajo, de la fidelidad conyugal, de la prole, de la virtud, de los deberes del estado respectivo, del apostolado, de la santidad? Ni pueden estas leyes doblarse a la condición de los fines, cuya bondad nunca puede justificar el empleo de medios malos. El fin es la intención, y ésta, en sí, no puede ser ley, porque es algo meramente interno, dependiendo del hombre, y entonces, éste mismo sería la ley. Y si la intención fuese buena, ya por ello la ley sería buena. Laudable es la intención de practicar obras de caridad, pero no es lícito robar para llevarlas a cabo. Ni pueden estar sujetas a la influencia de la llamada “apreciación”, porque ésta pertenece al juicio particular, personal, individual, del hombre, el cual puede dejarse influenciar por el interés, capricho, simpatía, benevolencia, personalismo, que fácilmente inducen a exenciones injustas, y la ley venga a quedar prácticamente como sólo un tapujo o disfraz farisaico. Al amparo de la ley, ¡cuántos insultos a la misma ley! ¿Deberán evolucionar las leyes morales al ritmo del actual progreso, de novedades que nos sorprenden cada día, de una vida modernizada que en su desenvolvimiento deja atrás, como un recuerdo, todo un pasado? El verdadero progreso tiende a perfeccionar al hombre. No será verdadero progreso aquel que nos desvía de Dios, suma perfección. Existen progresos que acusan perfección material, de “modos”, pero no de moral, que corresponde al hombre, ser espiritual, acomodada a su destino sobrenatural. Hoy se han perfeccionado hasta las maneras de pecar, en índole y en refinamiento.

Los propugnadores de la evolución de las leyes morales rehúsan comprender, pues no conviene a su sen-

sualidad, el porqué Dios que ha puesto instintos en la humana naturaleza, cohíba la expansión de éstos. ¿Por qué, dicen, para la perfección cristiana se requiere la re-torsión de estos instintos? ¿No sería más perfecto que el hombre cumpliera el fin fijado a éstos, llenando su capacidad? ¿No es esto mancar la potencialidad, la vida de los instintos, frenando su expansión? ¿Por qué no darles el hombre rienda suelta y seguirlos o satisfacerlos como quiera, cuando y según le plazca? El instinto, como tal, buscará su satisfacción hasta saciarla. Este saciarse producirá un excesivo desgaste orgánico, cuyo fruto será la destrucción del organismo, pero, a la vez, andará el mismo instinto en busca de la conservación del individuo. Mas, al desorden de los instintos, pondrá un dique la voluntad guiada por la razón, la cual comprende hasta donde puede llegar el instinto en su actividad expansiva, sin daño de la naturaleza y sin violación de la ley moral que fija límites a los actos de los instintos.

Por eso, la conservación de éstos, su acción, su finalidad, requieren un cauce por donde discurran, una valla que les contenga e impida su salida del cauce, para que esa corriente de vitalidad impulsiva no corra a perderse en el fondo de una sensualidad absorbente. Tal cauce es la ley moral, los mandatos de Dios, necesarios al hombre para su conservación y sociabilidad, para su bien y el de los otros, para su virtud y santificación y la guarda del equilibrio entre el alma y el cuerpo. Los mismos instintos, la razón de la existencia del hombre y su convivencia social, reclaman las leyes morales ordenadoras de los actos humanos en esta triple proyección: hacia Dios, creador y fin supremo, hacia los hombres sus hermanos y hacia sí mismo, buscando su conservación, desenvolvimiento y perfección. Estas leyes llegan al hombre en forma de verdades, de mandatos, y su firme y segura base es la fe.

La corriente actual que puja por desentenderse de Dios, nos apremia a la formación de conciencias íntegramente cristianas. Para ello precisa *fijar*, meter hondo en la inteligencia, los mandatos de Dios, de un modo claro, preciso, no vago y con mixtificación de un paganismo disolvente; es menester enseñarlo sin reticencias y nebulosas que perturban y entorpecen la formación del ideal católico que es el espíritu de Cristo pensado, comprendido, asimilado y vivido, abriendo en la mentalidad surcos profundos en los que, arraigada la doctrina de la Iglesia, crezca con firmeza y se manifieste pujante en todas las esferas y situaciones de la vida social y privada. No basta roturar, dejando caer la siembra sobre la primera capa de captación, para que, muy pronto, el ambiente malsano la seque. Se ha de llegar al engendramiento de una profunda convicción, de una persuasión íntima de que hay que obedecer a Dios, a su Iglesia y a sus legítimos representantes en la tierra, aunque ello importe inmolación de nuestro ser y valer, de intereses y de gustos contrarios a la divina voluntad.

Nuestro conato se encamine a hacer comprender lo que es el ideal cristiano en toda su hermosura y grandeza, interesando la voluntad para que lo forje en su interior el hombre, no de un modo solamente abstracto y admirativo, sino viviente, encarnado en obras. Esto exige la fidelidad absoluta a los principios morales, con la cual fidelidad surge la conciencia moral, *una* contra la *múltiple*, en el desdoblamiento de la personalidad moral, nacido de las conveniencias y egoísmos. A estos mandatos divinos, unidos siempre a una fe viva en el hombre, hay que adjuntar la doctrina católica, tan rica y copiosa en la sagrada teología, en los escritos y alocuciones de los Pontífices, especialmente de nuestro pontífice Pío XII, que la providencia ha

suscitado para regir e iluminar a la Iglesia en estos tiempos de tan duras pruebas; en las Sagradas Escrituras, cuyo conocimiento, estudio y exégesis se hacen más necesarios cada día, para ambientar nuestra mente y corazón de lo sobrenatural, penetrar el espíritu de Dios, el pensamiento y voluntad de Jesucristo, único camino, verdad y vida; nos precisa buscarla y aprenderla en la ascética y mística, un tanto relegada al olvido en la teoría y más en la práctica, como si los nuevos modos quisieran dar un mentís rotundo a la práctica austera de la virtud y a las sublimidades y deliquios del amor a Dios; es necesario buscarla en el ejemplo de treinta años de apostolado de Jesucristo, en la voz acuciante de la Iglesia que reclama acción, y en nuestra misma condición de soldados de Cristo.

Y entonces caeremos en la cuenta de que una conciencia formada con estos elementos, esta doctrina, que, partiendo del mandato, recorre toda la gama de la vida espiritual hasta rematar en la más grande generosidad: inmolación total por amor a Dios, nos presenta las facetas de “cristiana, piadosa, fervorosa, apostólica, sacerdotal, santa”. Es el hombre que ha comprendido cuál es su camino sobrenatural hacia Dios, y se ha convencido de que debe recorrerlo. Y este camino lo trazan la abnegación, vencimiento, cruz, en esta vida terrena, lugar de prueba y de combate para ganar la eterna corona. Verdad esta fundamentalísima en el cristianismo. El hombre en el mundo, sin ser del mundo.

De la carencia de una formación recia de la conciencia, juntamente con el incentivo de la soberbia y la sensualidad, parte la trayectoria de un naturalismo en la razón y en las costumbres, contra el destino divino del hombre y la necesidad de cumplir lo preceptuado por Dios. A fin de cuentas, ¿qué vale la ciencia sin la

virtud? ¿Qué es el progreso sin Dios? ¿Qué es el hombre sin santidad? Lo que el ojo sin luz, la mano sin movimiento, el corazón sin vida..., esto es la ciencia: un paso de gigante, si se quiere, en el llamado progreso humano, pero un paso fuera del camino, en dirección al precipicio. No podemos negar que reina un ambiente de exterioridad; se advierte por doquiera una apetencia de superación en todo..., menos en la caridad, la justicia, el sacrificio, la humildad, la castidad, la obediencia, el desprendimiento, de suerte que sea un hecho esto de san Pablo: "Nuestros intereses son los de Cristo", sonándonos a reproche estas sus palabras: "Todos buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo".²³ Tendemos a supervalorar lo humano e infravalorar lo sobrenatural; una muestra de ello es la poca estima que se tiene de la vida interior, de la oración, de la abnegación callada y oculta.

¿En torno, pues, de qué eje gira la mayor parte del actual vivir? ¿Es el yo? ¿Es el complacer al mundo? ¿Es un Cristo? Este último debe ser para todo cristiano, y más para nosotros los sacerdotes.

Las almas hambread pan, y no hay manos que lo den. ¡Cuántas veces estaremos trazando planes que pronto envejecerán, porque, o fracasan apenas nacidos, o el mal los supera, ya que, a técnica, o nos superan los malos, o nos van a la zaga, mientras la presa se nos escapa de la red del confesionario, donde, a veces, inútilmente espera, o del recinto de una iglesia, desde cuyo púlpito no se vierte siempre la doctrina de Jesucristo! La conciencia cristiana, y singularmente la sacerdotal, tendrá su manifestación adecuada en vivir a Cristo y en hacerlo vivir a los demás.

²³ Cf Flp 2, 21.

Así pues, bien asimilada la doctrina de la Iglesia, y recibida con humildad y docilidad leal, presentemos combate al “espíritu altivo de los tiempos modernos”.²⁴ Urge hacer frente a este ambiente enrarecido de altivez, que no se remedia con inyecciones de ciencia, sino con comprimidos de auténtica virtud, de abnegación, de oración y de trabajo. Menos discusiones y más labor por Cristo; menos placeres y más generosidad para Dios; mucha ciencia..., mucha, revestida con el ropaje de una vasta cultura para prestigiar nuestra dignidad cristiana y sacerdotal, para no perecer en una mediocridad; pero santidad... ¡más! Es necesario dar ejemplo bueno que confirme nuestras ideas y enseñanzas. Éste tiene más poder que las ideas. Frente a frente, ideas y obras, vencerán éstas; frente a frente, la ciencia y santidad, triunfará ésta.

¿Qué son todas nuestras doctrinas si no se traducen en obras e informan el vivir moral del hombre? ¿Adónde van a parar los nuevos “teólogos laicos que ante sí y por sí juzgan y dictaminan de las verdades de la fe y costumbres, fijando límites a la actividad de la Iglesia, para recluirla dentro de los muros del templo y separarla de cuanto tenga contacto con la “realidad de la vida”.²⁵ Éstos quieren conseguir una “categoría especial” en el campo de la ciencia católica; pretenden romper la cortina de acero de un “magisterio autoritario”, de concepciones mentales inflexibles; se empeñan en penetrar a fondo en la reforma de las normas de la disciplina eclesiástica. Pero, pregunto: ¿esta inflexibilidad conduce a Dios, o aparta de él?, ¿lleva a la virtud, o es su enemigo?, ¿mata la libertad o rompe o impide

²⁴ Cf METROPOLITANOS ESPAÑOLES, *Carta colectiva* 26-III-1955. ECC 715 (1955) 353.

²⁵ *Ibidem*.

las ataduras de pasiones carnales desordenadas que traban la libertad? Pues..., si nos lleva a Dios, si siembra la virtud, si nos valla contra el mal, si nos conduce a la santificación, ¿qué más podemos desear?, ¿por qué temerla ni combatirla? El enfermo que está escayolado no puede protestar contra la rigidez e inflexibilidad de ese modo necesario de curación, antes debe aceptarlo con agrado racional, porque, precisamente, le cura. En el fondo de ese “obrar”, de esa “nueva doctrina”, se oculta la cobardía ante el sacrificio y la superación del hombre sobre sus pasiones y apetitos sensuales. Es el hombre terreno presentando batalla al hombre celestial. Con una buena dosis de fe y de *menos yo*, estos enfermos de espíritu quedarían sanados.

Instrucción religiosa y ejemplo; luz de fe y persistente acción; conciencia con transparencias de Cristo y determinación de la voluntad; éstos son los amigos inseparables del hombre en el recorrido de su camino hacia Dios.

CAPÍTULO III

Encauce de las pasiones bajo el imperio de la voluntad. El “subconsciente” y “la vocación profesional”

a) Encauce de las pasiones bajo el imperio de la voluntad

TRATAMOS aquí de la formación educativa de las pasiones, para convertirlas en instrumento al servicio de Dios. A quien esto pretenda le es indispensable conocer la psicología general y aplicada; estudiar las pasiones de cada individuo en sus diferencias y en sus tendencias particulares hacia su objeto; no ignorar los métodos y normas adecuados a este fin educativo.

El pensamiento moral sobre el cuerpo humano, atendido su primer origen, le reconoce un carácter sagrado, por ser habitación del alma, quedando así elevada la materia al noble servicio inmediato del espíritu y uniendo el mundo material y espiritual en una unidad de naturaleza humana. No obstante ser corruptible como los demás seres vivientes que llevan en sí el germen de su descomposición, está adornado de la prerrogativa de ser miembro de Cristo. “¿No sabéis que vuestro cuerpo es miembro de Cristo?”.²⁶ “¿No sa-

²⁶ 1 Cor 6, 15.

béis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?”.²⁷ Pero no por eso tiene la supremacía en el compuesto humano; ésta corresponde al alma. Maravillosa es la obra del cuerpo humano, mas siente en sí, a causa del pecado, la ley de la rebelión, un empuje de insubordinación al espíritu. De esta suerte lo expresa san Pablo, cuando escribe: “Siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros”.²⁸ Este es el drama que a diario se desarrolla en nuestra vida humana. Drama de lucha, de pugilato interno, en que los instintos, las fuerzas de las pasiones, pujan por prevalecer sobre las energías y esfuerzos de la voluntad, nublando muchas veces la visión clara de la razón.

¿Supone, acaso, esta lucha un doble principio de acción en el hombre? ¿Es que existen en éste dos leyes o dos impulsos morales opuestos, que le empujan en dos direcciones contrarias, la de la virtud o del vicio, la de la santidad o del pecado? Está fuera de duda que la voluntad goza de un poder, de un control sobre todas las potencias; las puede sujetar a su yugo y dirigir las por los cauces de la virtud o del vicio. Existen en la vida moral dos círculos concéntricos cuyo eje es la voluntad. ¿Puede ésta disponer de las pasiones a su albedrío, como señora del pequeño mundo que es el hombre, y convertirlas en instrumentos aptos para la consecución de su fin, aprovechándolas como valiosos elementos para la santificación y servicio de Dios? ¿Se pueden canalizar las energías de las pasiones en la empresa de la salvación, perfeccionamiento espiritual y apostolado? ¿En qué sentido entendemos la pasión?

²⁷ 1 Cor 6, 19.

²⁸ Rom 7, 23.

Haciendo caso omiso de conceptos imprecisos de muchos psicólogos modernos, bástanos decir que las pasiones son “movimientos del apetito sensitivo, acompañados de una conmoción refleja más o menos fuerte en el organismo”;²⁹ o movimientos de las potencias sensitivas ante el bien o el mal representados por la imaginación. La pasión, por tanto, importa un movimiento, una tendencia, la cual supone el conocimiento de un bien que, por razón de bien, tiene fuerza de atracción, o de un mal, cuya condición repele; nacen de una reacción fisiológica proporcional a aquel conocimiento y su consiguiente excitación producida en las potencias que apetecen el bien o huyen del mal. Las potencias apetitivas tienden por su naturaleza a poseer su bien propio, cifrándose la finalidad de las pasiones en la adhesión a este bien sensible. ¿Potencia y objeto son, por ventura, suficientes para que surjan las pasiones? No hay acto del conocimiento si no se da el contacto de entendimiento y de cosa. No nacerán las pasiones si no media un algo que sirva de lazo de unión entre lo apetecible y el apetito. Ese algo es el conocimiento del objeto, al cual conocimiento pueden suplir la memoria con sus recuerdos de las impresiones recibidas, la imaginación, estimulante de las mismas, operando nuevas combinaciones, y las reacciones fisiológicas. “La imaginación humana no se contenta con reproducir los contenidos de las percepciones, sino que llega a producir nuevas formas”.³⁰

Entre la emoción y los movimientos fisiológicos existe una necesaria trabazón; entre el estado psíquico

²⁹ Cf A. TANQUEREY, *Compendio de Teología Ascética y Mística* (1930). III, n. 785, pág. 514.

³⁰ Cf F. M.^a PALMÉS, S. J., *Psicología Experimental y Filosofía*, XXII.

y el organismo hay una recíproca influencia. Si, pues, lo que es recibido, se recibe según el modo del recipiente, todo objeto que supere la capacidad de la potencia no puede ser poseído por ella. La tendencia de las pasiones no alcanza el bien moral; no puede proyectarse en dirección de su conquista. El bien moral está en un plano al que no alcanza la potencia apetitivo-sensitiva. Las potencias de índole sensitiva no pueden escapar del ámbito de lo sensible. Están, por tanto, fuera del campo moral; son, de sí, indiferentes. “Las pasiones –afirma santo Tomás– pueden tomarse en sentido natural o en un sentido moral. En el primero, no les pertenece el bien o el mal moral; en el segundo, sí, por lo que tienen de voluntad y de razón”.³¹ ¿Cómo sacarlas de esa indiferencia e introducirlas en la esfera de lo moral? La clave la posee la voluntad para que una acción, como un movimiento, una tendencia, pueda penetrar en el ámbito de lo moral. Una acción tanto más de moral tiene cuanto más de voluntariedad. ¡Cuántos movimientos pasionales están excluidos del terreno de lo moral porque no han pasado por el control de la voluntad! En el vasto campo de lo moral, la señora es la voluntad, a la que deberán acercarse las pasiones para recibir su condición de bondad o de malicia moral. Y en el grado que impidan, aumenten o disminuyan el voluntario, impedirán, aumentarán o disminuirán lo moral.

Pero, ¿de qué modo pueden influir las pasiones sobre la voluntad? La frecuente repetición de las pasiones, excitadas ya por objetos que las atraen, ya también por la misma voluntad, crea los hábitos. Son éstos como una segunda naturaleza, difícil de ser desa-

³¹ Cf S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*. XXIV, 55, 4. BAC IV, Madrid (1954).

rraigados porque sus actos producen secuelas y vestigios que inducen a la reincidencia en la memoria, en la imaginación, en el espíritu y en la parte fisiológica. Debido a estos vestigios se recuerdan con más facilidad los objetos de tentación, bajo la envoltura de atractivos más influyentes, y cómo fijan en el organismo determinadas exigencias funcionales. Las pasiones, hechas hábitos, tienden a adueñarse de todo el hombre. Ejercen su influjo en la atención, que se concentra en el objeto que ellas nos presentan con una carga afectiva, la cual, si es intensa, elimina en la conciencia el interés y la atención para las demás cosas.³² Influyen en la razón llegando a ella por medio de rodeos y valiéndose de la voluntad para ejercer su presión, a la cual puede la razón resistir y sobreponerse.

¿Puede penetrar la energía pasional en el reino de la voluntad? Fuera de los casos patológicos, en los que la voluntad puede quedar anulada bajo la presión de la fuerza de las pasiones, la voluntad, dueña siempre de sus actos, tiene las llaves del querer, y aunque los objetos que le presenten las pasiones estén llenos de seducción y pugnen por adentrarse en el libre señorío y convertirla en sierva, nunca lo podrán conseguir, si la voluntad no abdica. De la determinación de la voluntad depende la fijación del sentido del acontecimiento psíquico: una decisión, un propósito, un mandato; de esta determinación depende el orden sensato y final en el pensamiento, y en la acción, el tránsito de lo teórico-moral, que es la norma, la ley, a lo práctico-moral, que es la misma ley aceptada o no por la voluntad. Y con este su señorío y responsabilidad, ¿puede refrenar las pasiones, cuando la tendencia de éstas es

³² Cf J. A. DE LABURU, S. J., *Psicología Médica*. XV.

contraria a la ley moral, y gobernarlas y dirigir las hacia el cumplimiento del deber? La respuesta, como principio general, es afirmativa. Las pasiones en estado normal, cualquiera que sea su fuerza y aun ayudadas por el temperamento y los hábitos, pueden ser domadas por la voluntad. Y si es verdad que en la práctica halla sus grandes dificultades a causa de las vigorosas inclinaciones y hábitos hondamente arraigados, la gracia de Dios suple lo que a la deficiencia humana falta.

La formación cristiana que perseguimos reclama la recta educación de las pasiones, a cuyo fin precisa estudiar su psicología y saberlas encauzar hacia el bien. Precisamente, "las grandes exigencias morales obligan a la marea impetuosa... de las pasiones humanas, a deslizarse, como el agua de las montañas, por un lecho determinado; las contienen para acrecentar su eficacia y utilidad; le sirven de dique para que no se desborden y no causen estragos, que no podrían jamás ser recompensados por el bien aparente que persiguen".³³

La pasión, pues, ni es vicio ni es virtud. Es tendencia, ímpetu, energía de una vitalidad apetito-sensitiva. ¿Por qué cauces discurrirá esta vitalidad? ¿Qué mano dirigirá esta tendencia? ¿Adónde se encaminará este ímpetu? Toca a la voluntad señalar los cauces, forzar a las pasiones a entrar y discurrir por ellos, fijarles el camino, encaminar su trayectoria. Y entonces, la pasión, como una saeta disparada por la voluntad, se remontará hacia el cielo en busca de lo eterno, de la virtud, ayudando al hombre a escalar las cimas del heroísmo cristiano y de la santidad, o, en línea descendente, bajará a clavarse en el cieno del vicio. La pasión será ele-

³³ Pío XII, *Discurso al Congreso Internacional de Histopatología del sistema nervioso* (13-IX-1952). AAS 44 (1952) 779-789.

mento de virtud o de pecado, según la dirección que la voluntad le imprima. No importa el desorden natural de esa tendencia, debido al desequilibrio entre el cuerpo y el alma a raíz del pecado; la voluntad tiene en su mano el bridarla, retorcerla, desviar, aun violentamente, su dirección cambiando su marcha de tierra a cielo, de vicio a virtud, de lujuria a castidad, de rebeldía a obediencia, de amor bajo y sensual, al amor divino. De este modo se hicieron los grandes santos, valiéndose de sus pasiones, con cuyo ímpetu alcanzaron los mayores heroísmos. Los grandes santos, los grandes pecadores, fueron hombres de fuertes y vigorosas pasiones.

Que tenemos necesidad de ponerles freno, no cabe duda alguna. Y así, sujetas y domadas las pasiones, servirnos de ellas, cual de briosos corceles, para correr hacia Dios en medio de luchas y contratiempos, pisando ofrecimientos que rebajan, atractivos que manchan, amores que hacen trizas la blanca túnica de la pureza. Podemos y debemos dominarlas. Este domar equivale a sujetar, encauzar, doblegar su rebeldía, crucificándolas en el madero de una ascética mortificación. “Los que son de Cristo tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones”.³⁴ Las pasiones no se destruyen ni se matan; vivas, se dirigen, se canalizan las aguas de sus energías por el cauce del querer humano, para que desemboquen en el inmenso mar del amor divino. De esta manera, las pasiones se convertirán en potentes motores que, al sentir el contacto de la corriente del amor sobrenatural, prestarán a la voluntad una poderosa fuerza de determinación y de acción. La vida pasional, cuando traspasa los lindes de

³⁴ Gal 5, 24.

lo moral, cae bajo el imperio de la voluntad; no puede, pues, desatenderse en la formación cristiana el oficio de suma importancia que desempeñan las pasiones. Éstas, mal encauzadas, harán del hombre un pecador, un enemigo de Dios, y, con su coraje, un violento perseguidor de Cristo. Cuando las pasiones desatadas se sustraen al mando de la razón y de la voluntad, se corrompen. Si la incubación del desorden se adapta al medio vicioso, síguese una especie de obsesión del vicio; al cual favorecen el temperamento, con sus determinadas tendencias; el sexo, con sus extravíos frecuentes; las taras hereditarias, la educación, la clase de alimento, el vestido, cuyo fin se cumple cubriendo el cuerpo y custodiando la honestidad, pero sin esas formas, artificios, blanduras, que excitan la baja sensualidad.

La concepción materialista de la vida humana que induce a buscar cuanto sea placer carnal en las capas sociales altas y bajas, ricas y proletarias, rompe la sociabilidad del hombre con su yo impotente, pero iracundo y vengativo; de ese hombre incontrolado e ignorante, que se juzga ser un genio y así pretende manifestarlo en su gesto, en sus palabras sentenciosas, en la ampulosidad de un tono ahuecado, en sus frases que no admiten réplica. Son las pasiones egocentradadas. El exponente de tal desorden es un yo trocado en ídolo en el individuo y en las masas, para las que, privadas de la fe religiosa, sólo hay materia. Ya no miran al cielo; ya no piensan en una vida de ultratumba ni aceptan los mandatos de un Dios justo y providente. Las pasiones desmoralizadas, desbordadas por los campos de la injusticia social, de la ambición de todos, del placer desmedido, de la lujuria, de la procacidad en el desnudo, en el vestido, en la pantalla, en las piscinas, cines, bailes, en las conversaciones, en la nove-

la, en el matrimonio, en las relaciones prematrimoniales, juntamente con un idealismo racionalista traído a nuestros días bajo el fino ropaje de una literatura atrayente que no repara en escribir que: “Lo divino es la idealización de las partes mejores del hombre”, y que “la religión consiste en el culto que la mitad de cada individuo rinde a su otra mitad: sus porciones íntimas e inertes, a las más nerviosas y heroicas”..., ³⁵ han des-cristianizado a las masas. Y la obra de Dios de hermanar y salvar a los hombres queda, prácticamente, destruida. Para restablecer el equilibrio justo y cristiano en la conciencia humana, no cabe más remedio que el retorno de las pasiones al imperio de la razón iluminada por la fe, y de la voluntad rendida al Creador.

En cambio, las pasiones humanas, domadas y bien dirigidas, serán palanca que ayude a levantar la pesada carga de los deberes morales; serán resorte del espíritu, alas resistentes en el vuelo espiritual, acicate de la voluntad, instrumento de acción al servicio de Dios. La languidez o exuberancia de vigor de las pasiones se relacionan íntimamente con la vida temperamental. Si queremos hacer un cristiano vigoroso, un verdadero hombre de Dios, un apóstol, tengamos presente sus condiciones naturales, ya que la gracia no destruye, sino que perfecciona la naturaleza. Entre todas las pasiones, una predomina: la del amor. Con ella, sobrenaturalizada, ¿qué no podremos en el servicio de Dios?, ¿de qué no seremos capaces? Pensemos la cruz más pesada, gravitando su peso sobre las menguadas fuerzas del hombre, con la punta de su palo clavada en su corazón. ¿Caerá vencido? No; el amor de Cristo mantendrá enhiesta esa cruz del dolor y de la purificación,

³⁵ Cf J. ORTEGA Y GASSET, *Escritos Políticos*. Revista de Occidente (1969).

y, aun derramando sangre, su postrer beso será para esa cruz. “¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿o la angustia?, ¿o el hambre?, ¿o la desnudez?, ¿o el riesgo?, ¿o la persecución?, ¿o el cuchillo? ... Ni la muerte, ni la vida..., ni todo lo que hay de más alto ni de más profundo –honores o desprecios–, ni otra ninguna criatura, podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo nuestro Señor”.³⁶

Así se expresa san Pablo, apóstol de pasión encendida. Este es el grito santo de la pasión hecha ascua de amor a Cristo.

b) El subconsciente

La subconsciencia es el estado inferior de la conciencia psicológica, en el cual el sujeto no advierte las percepciones, debido a la poca intensidad y duración de éstas. El hombre es una unidad psicológica, unidad substancial de alma y cuerpo, con una completa correspondencia de ambos. Rompe esta unidad de personalidad espiritual la doctrina unitaria de los estratos, la cual suprime toda distinción real entre alma y cuerpo, y sólo reconoce en el hombre cuatro estratos: la materia inanimada, los procesos vegetativos de crecimiento, las sensaciones psíquicas y las producciones intelectuales. De este modo, cada acción del individuo resulta una acción de la totalidad del hombre como un todo material.

No es del caso tratar aquí de la evidenciada espiritualidad humana, sino del subconsciente como zona

³⁶ Cf Rom 8, 35, 38-39.

relacionada con la conciencia. ¿De qué elementos se nutre el subconsciente? ¿Quién los suministra? ¿Cuál es su influjo en la conciencia?

Es cierto que se producen en nosotros excitaciones, impresiones. Unas proceden de lo íntimo del organismo con tendencias hacia afuera para completarse, como el sexo –tendencia sexual–, o para alcanzar el bien sumo en la unión con el supremo Ser –aspiración religiosa–. Aquí buscan la raíz de la conciencia cristiana. Otras impresiones son producidas por factores externos: ambiente, lecturas, conversaciones, conocimientos, ideas, leyes, preceptos, cosas y hechos de la vida externa. Todos ellos causan sus correspondientes excitaciones. El hombre queda constituido sobre un plano transcendente, total, que es Dios, y sobre una base de infraestructuración, que es el sexo. Estas impresiones pueden ser favorables o desfavorables. Ambas, ya excitadas, pasan al consciente; de éste, a la subconsciencia, donde quedan establemente fijas, con disposición de revivir e influir en bien o en mal, según su calidad, en el momento que sean reclamadas. Con respecto a un mismo objeto o acto pueden darse excitaciones favorables y desfavorables. Si predominan las primeras, las segundas serán “parásitas” de aquéllas, o viceversa. Si las “parásitas” son desfavorables, pasan a la subconsciencia sólo de tránsito, para ir eliminándose definitivamente. Igualmente, las “parásitas” favorables, pasan a la subconsciencia, camino de su eliminación definitiva, sin que lo puedan impedir su condición moral, benéfica, religiosa. Luchan entre sí; las buenas, predominantes, rechazando a las malas, situadas en un plan secundario, presionan para entrar y establecerse en la subconsciencia. Y, asimismo, las malas.

Teniendo en cuenta que la conciencia y subconsciencia atraen a las excitaciones, cuando éstas son

buenas penetran en la conciencia, pasando a la subconsciencia y rechazando a las malas, las cuales presionarán para abrir brecha. Si son malas, producirán excitaciones a objetos perversos. Y cosa semejante acontece en el tránsito de subconsciencia a la conciencia. Su importancia debe tenerse en cuenta en la formación de los hábitos y por su influencia en los mismos. En la oculta relación entre la conciencia y subconsciencia, lo normal es que aquélla siga, de momento, las invitaciones o reminiscencias de ésta. Esto sucede frecuentemente en la juventud descarriada y rendida al pecado. Existe, es verdad, una minoría, un grupo de excepción, el cual, con la ayuda de buenos consejos y el influjo de la moral, resiste a las invitaciones malas del subconsciente.

¿A qué se debe el que en ciertos momentos se reconstruyan hechos con minuciosos detalles, cuando parecían olvidados por completo e imposibles de recordar? ¿Es que *todo* no se olvida por completo? Hay un gran número de elementos subconscientes que ingresan en lo inconsciente. Junto con los elementos buenos o vivencias subconscientes, que marcan una huella positiva, entran elementos o vivencias malas. Por la eficacia de un metabolismo psíquico, los elementos buenos son retenidos y aprovechados, en tanto que los malos se olvidan por completo. Pero no ocurre así, antes al revés, cuando se obstruye la vía vocacional; entonces se retiene y se fija lo malo, y se olvida lo bueno. ¿Qué es, pues, lo que se recuerda? Lo que se aprovechó, bueno o malo, y se guarda reservado en lo subconsciente. Es una especie de selección que ha realizado el alma. Así, nos asomamos a un fondo subconsciente, compañero inseparable e independiente de la voluntad. Se asemeja a un poso insensible; su material retenido es la causa de reacciones buenas o malas

que a veces sentimos y realizamos, y que estaban preparadas ya por los hábitos, educación, ambiente, acción social.

Como consecuencia de esa selección se efectúa una “eliminación”, la cual es equivalente a “realización” –psicocatarsis–.³⁷

Esta “realización” –psicocatarsis– puede ser mental, verbal y de obra. La mental adolece de gran deficiencia, si no se completa el pensamiento por la palabra o los hechos. ¿De qué modo podrá eliminarse un pensamiento enquistado por un falso metabolismo psíquico? Se podrá conseguir por medio de la palabra, la conversación, sin que haya necesidad de traducirla en hechos, partiendo, en este caso, no de la mala raíz que persiste, sino de otra más honda, que es la raíz del bien, la cual arrastrará la raíz mala hasta poderla eliminar radicalmente. En cuanto a lo subconsciente, la eliminación tiene lugar en el inconsciente. Es algo que pasa al no ser. Es la eliminación del mal, lo cual importa una verdadera curación. De esta manera se explica el que aun en los más grandes criminales y pecadores, hay un reducto de esperanza de que se rehabiliten. Por la palabra buena se logra la purificación de la mala. Y en caso de fallar aquélla, bastará el pensamiento bueno, para una total purificación. La catarsis verbal, si no se arranca del corazón la mala raíz, no aprovecha. Menos eficaz todavía, la auditiva. Eficaz y necesaria la mental-oral a la que acompañan las obras. ¡Cuánta ayuda puede prestar el confesor al penitente, para que éste se exteriorice en actos, efectúe su palabra! Un sí en los labios moribundos, eco del que pronuncia en el secreto de su corazón, es igual a

³⁷ Cf H. FLECKENSTEIN, *Personalidad y enfermedad*. VI.

“realización” o eliminación de la maldad cometida. Como si en ese profundo poso insensible del subconsciente, entre vivencias y elementos en la hondura de los mismos hábitos o pasiones, rozara ese *algo* de la gracia actual, que nunca se retira y siempre espera, aunque seamos grandes pecadores. Realización mental-oral exteriorizada en obras... ¡hasta la santidad!

Excitaciones de índole material y espiritual quedan grabadas como huellas estables en la subconsciencia. Lo bueno y lo malo se reservan, en esa profunda zona, en espera de revivir, igual que la semilla enterrada en el surco, llegados su sazón o momento. Es evidente su influjo en nuestras pasiones. Esto nos explica en muchos casos el resurgir, cual la planta de la semilla, de una tendencia vocacional, de un impulso de apostolado, que la conciencia convertirá en deber y la voluntad en acción; de un deseo de Dios, que la conciencia, informada por las leyes y preceptos, traducirá en el deber de amar y servir a Dios para poseerlo, aun con duro y riguroso ascetismo. Pero en lo que no podrá ejercer nunca su influjo es en esas elevaciones, raptos, éxtasis del espíritu, los cuales sobrepasan los dominios de la naturaleza humana. En estos estados místicos hay una elevación del *yo* sobre sí mismo que se va desarrollando ascendentemente bajo la acción mística sobrenatural, mientras que en los estados de subconsciencia existe una indeterminación del *yo*. Aquí se produce un descenso del *yo* –infranivelación–; en los estados de elevación mística se produce un ascenso del *yo* sobre su nivel natural, transparentando visiblemente el modo, aspecto, brillo de vida sobrehumana endiosada. Mas la idea religiosa no es suficiente para que por su fuerza emerja el subconsciente místico. ¡Cuántos abrigan la idea religiosa, la viven, y en qué escaso número se verifican estos fenómenos místicos!

Tal nos enseña la realidad.
¿Y qué diremos de la vocación profesional?

c) La vocación profesional

Se halla ésta íntimamente relacionada con las funciones psíquicas y problemas del subconsciente. No cabe duda de que esta vocación proporciona desde dentro una fuerza, una energía que conforta el carácter, disminuye las tendencias debilitantes, reorganiza las funciones psíquicas, armoniza los elementos dispersos, evitando su choque entre ellos y moldeando toda una vida. La vocación instintiva encierra el secreto que nos facilita el camino para la solución de fenómenos patológicos y para el aprovechamiento de afloraciones del subconsciente, con sus consiguientes repercusiones en la vida moral del individuo. La energía vocacional conjunta fuerzas, une los componentes de la vida psicológica en una fecunda armonía y convivencia; causa la cohesión en la vida espiritual; contribuye a liberar el espíritu de ciertas represiones internas motivadas por enfoques equivocados contrarios, los cuales chocan con la tendencia vocacional; aporta su valioso influjo para que el individuo edifique o reconstruya su vida psicológica y moral, no la destruya; para que siga paso adelante, con ordenado equilibrio, y avance en el desenvolvimiento de su vida, y no retroceda, perdiendo lastimosamente lo que fecundizó con su esfuerzo.

No perdiendo de vista la constitución ontológica del hombre, descubrimos que en él había antes del pecado un perfecto equilibrio entre el elemento intrínseco positivo y el negativo o de no ser, que se refiere al sexo. Este elemento negativo le insta a buscar su com-

plemento en otro ser humano para la reproducción, no de un modo irresistible, sino absolutamente voluntario. Nuestra adecuación a un ser no menoscaba nuestra personalidad real y positiva. Es decir, existen, a la vez, en el ser humano, la capacidad de conservación individual, personal, y la tendencia de expansión reproductora. En un estado perfecto, estaba la tendencia tan normalizada, que su función reproductora quedaba trocada en un amor espiritual humano. El sexo era totalmente superado. Pero el pecado de origen, trastornando el estado de perfección, suscitó en el hombre una desmedida invasión sexual. La causa, empero, no fue sexual, sino personal, de ambición y de gula.

El sexo no es, en el hombre, la razón básica ni el excitante de su vida y actividad. De no ser así, habríamos de tener como inhumano cualquier represión en este sentido. Habríamos de planear la vida únicamente sobre una base sexual que no reconociese impudor ni deshonestidad: desenfrenada, brutal. De tal manera se declara el psicoanálisis freudiano que descende a lo más bajo y grosero del sexo. Pretende presentarnos la panacea de toda solución moral, de ciertos conflictos de conciencia, de luchas interiores, de tendencias irresistibles. El subconsciente con su centro de gravedad: la libido. Es el pan-sexualismo, vicio infrahumano, cieno y fango de un psicoanálisis que, hurgando sólo en los bajos fondos de la sensualidad, apenas si presenta virtud curativa y se hace infecundo, repulsivo y decadente.

A nadie se le oculta que la personalidad positiva-humana debe atender a su propia subsistencia. Por esto es inseparable del trabajo, pero de *su* trabajo sellado por la vocación profesional. La solución, pues, práctica, nos la dará el vocacionalismo profesional, el cual, agrupando los elementos psicológicos del indivi-

duo, ordenará su vida equilibrando sus fuerzas físicas y espirituales hacia la realización de la vocación. La vida de cada individuo debe estar encentrada en su vocación. Quien la sienta de agricultor, aplíquese al trabajo del campo; si de comerciante, al comercio; si de artesanía, a su oficio; si la experimenta de sacerdote, religioso..., empújese para subir un día dignamente al altar. El desorden vocacional precede al desorden sexual y tiene sus repercusiones sobre el sexo, haciendo que este desorden sexual, de suyo transitorio, con destino a ser eliminado en el subconsciente, se haga permanente y fijo en el subconsciente, con todas las consecuencias perniciosas que esta fijación puede acarrear. La vocación profesional, exponente de una especialización, verifica su entrada en el psiquismo desde fuera, pasa por la conciencia y penetra en el subconsciente, el cual asimila los elementos útiles con los que se fortalece y prospera la personalidad. El resto, como desechos, desaparece en el inconsciente.

Supongamos el caso de una ausencia de esta fuerza vocacional. ¿Qué es lo que ocupará este vacío? Necesariamente, otra fuerza o corriente en desavenencia con la capacidad de asimilación. Entonces tendrán reacciones desfavorables. Si consiguen ingresar forzosamente en la conciencia, serán rechazadas por el subconsciente. Y surgirá una serie de luchas e intransigencias que, a la postre, degenerarán en un estado de vicio. En general, el subconsciente se encuentra en el plano de inclinaciones no controladas y torcidas. En pocos se halla bien organizado. Por esta razón, si falta el fundamento vocacional, se inicia la organización del vicio subconsciente, apenas tiene lugar el ingreso de elementos irregulares, antivocacionales.

La importancia de la vía vocacional destaca particularmente en los tiempos de formación interior, en la

edad juvenil, en la cual la educación de la vocación desempeña oficio principalísimo, como medio activante exterior sobre el individuo. Entre la maldad y el subconsciente sin control y afectado por inclinaciones desordenadas, desviadas de la ley moral, existe una trabazón íntima y secreta que sólo conoce Dios. Nosotros sí sabemos que la virtud es equilibrada y sana. Los santos han sido los más equilibrados en su mente y en su corazón. Los hombres de Dios, de vigorosa virtud, reagrupan con el imperio de su voluntad, fortalecida con la gracia divina, todas sus energías vitales, las tendencias de la pasiones, y las enfocan hacia un punto central: la realización de la vocación cristiana, no descuidada la vocación profesional. A este punto central convergen y se aúnan en admirable unión, sirviendo al alma de ascensor que la eleve a Dios, la conduzca al duro cumplimiento de la ley moral, de los mandatos divinos, y que la levante hasta arribar a los altos grados de la virtud.

Aquellos que tienen a su cargo la formación espiritual de las almas, de las conciencias cristianas, de los que se educan en el seno del hogar, de los que se moldean –futuros sacerdotes– en un seminario, no impongan sacrificios que separen en los educandos la vocación fundamental religiosa de su adjunta compañera, la vocación profesional. El sacrificio sirva para purificar, ayudar, encauzar, pero nunca para mutilar espiritualmente. Lo libidinoso freudiano ni es el impulsor de nuestra vida y actividad, ni constituye nuestra personalidad. Ésta recorre tres planos: sexual, vocacional y religioso.

Por encima del sexo está el vocacional; sobre el vocacional, ocupando la cumbre, está el religioso.

CAPÍTULO IV

Obstáculos que originan en la formación moral ciertos estados patológicos. Servicio que puede y debe prestar el confesor o director espiritual en dichos estados

EN el estudio de estos obstáculos se han de tener en cuenta el sujeto que recibe la formación, el sujeto formativo y el grado de libertad con que la voluntad actúa.

El sujeto de formación, en su autoconocimiento, presupone la posibilidad de una duplicidad o desdoblamiento. Cuando el individuo pone frente a sí mismo, de un modo objetivo, parte de su ser, alcanza un nuevo conocimiento de sus deseos y necesidades, de sus impulsos e inclinaciones, de sus cualidades buenas y malas. La condición de buen formador reclama en él una copiosa experiencia educativa. Son factores indispensables el tiempo y el trabajo. Sin éstos no se pueden apreciar justamente las disposiciones formativas y su arte en la actuación. Sólo con ellos se ponen de relieve la capacidad y las fuerzas modeladoras de los que tienen a su cargo la estructuración de una conciencia moral, de una vida espiritual, de una personalidad reciamente cristiana.

Precisa al buen formador un autoconocimiento

por el cual advierta la relación y proporción de sus cualidades con el trabajo a realizar, su pensamiento o idea sobre la índole y el modo de llevar a cabo la labor formativa que le es encomendada, y su voluntad, débil o recia, para o rehuir el peso de tan noble oficio, o enfrentarse valientemente con el arduo trabajo y llevarlo a buen éxito. Así, se pondrá de manifiesto hasta dónde llega su autoexperiencia personal, con su descubrimiento y visión de las facetas moralmente buenas o malas, débiles o fuertes, del individuo que pretende formar.

Los grados de libertad en el ejercicio de ésta por la voluntad, dependen de los grados de conocimiento con que el hombre realiza sus actos. La voluntad, potencia ciega, no podrá seguir otros caminos que aquellos que la razón le trace, ya expeditos por la luz de una plena advertencia, ya obstruidos en todo o en parte por una total o semiplena inadvertencia. Bien es verdad que en otros muchos casos, aun a trueque de la clara visión de la razón, no se moverá la voluntad a la ejecución del acto, o lo hará tardía o difícilmente por defecto de vigor, pues en vez de reaccionar virilmente contra las pasiones coercitivas del ejercicio libre, se rinde a ellas abdicando de su mando y señorío.

Nos hallamos, pues, situados en un campo de difícil siembra moral, de ardua y penosa construcción espiritual, de escollos muy difíciles de superar en la formación y dirección de la conciencia cristiana. Fácilmente se pueden confundir las manifestaciones pura y sencillamente patológicas, con los toques e influencias de la gracia y la intervención del mal espíritu. Esta intervención es un influjo sobre las facultades inferiores y orgánicas –imaginación, apetitos sensibles–, que acrecienta y explota las malas tendencias de nuestra naturaleza; seduce y persuade insensiblemente. Es el

acceso de nuestro peor enemigo, sembrador de la cizaña del pecado. Contra él se entabla nuestra guerra. Tal expresan estas palabras del Apóstol: "No es nuestra pelea solamente contra hombres de carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos esparcidos por los aires".³⁸

Las gracias actuales ilustran el entendimiento, ayudan a la voluntad para que se determine y mueva hacia el bien moral, ejecute los actos mandados o aconsejados por la voluntad divina en orden a la salvación o elevado ascenso de una comunicación con Dios. Y esto siempre dentro de un equilibrio estable o pasajero de nuestras potencias.

Mas no ocurre así en los estados patológicos. La patología mental, materia de suyo compleja y sutil, no de fácil acceso, está todavía inexplorada en gran parte. Nuevas teorías la revuelven con frecuencia, y las opiniones se suceden unas a otras, o, si coexisten, es para enfrentarse y desautorizarse a la vez. El sosiego y paz de las almas, la segura formación de sus conciencias, la sana higiene de la vida espiritual, el prudente y buen sentido cristiano, piden que se aclaren y se sitúen dentro de sus debidos límites los alcances de ciertas manifestaciones encerradas en el marco de lo patológico.

a) La psicastenia

En esta larga y lastimosa procesión de desequilibrios mentales, vemos desfilar a los psicasténicos en sus distintos aspectos.

³⁸ Cf, Ef 6, 12.

Preguntamos a la ciencia qué significa la psicastenia, y nos responde que esta palabra suena a descenso de la tensión psíquica que es necesaria para sostener el contacto suficiente con la realidad objetiva; que significa la carencia del grado de síntesis mental exigido por la acción.

Da lugar a una neurosis emocional. Ésta, ante la amenaza, origina trastornos físicos y morales. Hace que el neurasténico, inquieto y soñador, sea dado a cavilaciones persistentes. Aparece la obsesión. En ella se siente con exasperación y persistencia torturante, lo que todos sentimos de un modo pasajero, ocasionalmente. En el espíritu del psicasténico se introduce una idea, se graba una imagen visual o auditiva, con una buena carga afectiva, y ya se resiste a salir de ese campo donde se introdujo. De poco nos servirá el aconsejarle que distraiga el pensamiento de aquello. Ha surgido un fenómeno independiente de su voluntad. Si el pensamiento versa sobre materia de pecado, se entregará a repetidos exámenes de conciencia. En estos exámenes acaso asalte el recuerdo de algún acto de su pasada vida, el cual produjo huella profunda con el consiguiente remordimiento. Será la idea de no haber asistido convenientemente a su hermano enfermo, habiendo sido por esto causa de su muerte; o el pensamiento de profanación de las sagradas formas, creyéndose partículas consagradas cualquier puntito blanco que descubre en sus vestidos, en el suelo... Esta idea crea un impulso al cual se rinde como si fuese coaccionado conscientemente. De esta forma siente la necesidad irresistible de repetir los exámenes de conciencia, las confesiones que cree están incompletas o mal hechas, sin que por ello experimente el sosiego y la paz de la conciencia. En resumen: importunar a muchos confesores y directores espirituales, repetir lo mismo, para naufragar en una inquietud constante.

Si se trata de actos indiferentes, nos presentará verdaderos absurdos: comprobar repetidas veces si tal puerta está cerrada; ver manchas imaginarias en las manos y lavárselas con frecuencia irrisible; pasar horas y más horas ordenando, cambiando, volviendo a ordenar los libros de su biblioteca, papeles, las ropas, enseres de la habitación, cirios del altar, ramos de flores... Es la obsesión del orden. Surge también la obsesión de blasfemia. Ésta persigue como algo clavado en el pensamiento, empuja y sube a los labios, y es, por fin, pronunciada: ha blasfemado, con gran pena y con no menos sorpresa y admiración de los que le han escuchado, pues no aciertan a explicar este fenómeno en una persona honrada, buena, piadosa y que abomina del pecado. Tampoco podemos omitir la obsesión lúbrica, fijación obsesionante de pensamientos deshonestos. Por efecto de ella, el psicasténico todo lo ve en un plano lúbrico, todo le incita a lo mismo, hasta lo indiferente y lo bueno. Con este motivo se producen movimientos y actitudes de los cuales se cree o, por lo menos, duda de si es responsable.

A estos fenómenos positivos se adjuntan los negativos, como son impotencias, inhibiciones de todas clases. Realizar ciertas acciones, aun ordinarias y fáciles, le será imposible. Quisiera hacerlas, pero se siente determinado a no ejecutarlas por un algo que le detiene: será algún sentimiento, alguna imagen de dificultad física o moral que afecta a aquellas acciones. Quién, con el libro en las manos, no puede seguir su lectura; quién, con el breviario en sus manos, no puede empezar el rezo del mismo y, si empezó, se siente impotente para continuar el rezo por una idea determinante de imposibilidad, que le retiene. Y esto ocurre en actos religiosos como en actos indiferentes: impotencia moral

en el acto de sufrir un examen, de producirse exteriormente hablando en público, de cumplir los deberes conyugales. La perspectiva de un acto al cual se le revista de gran importancia o solemnidad, puede producir estas inhibiciones. El cambio de ambiente habitual nos facilitará un buen remedio para aligerar el peso de estas torturas. Encontramos la cuna de estas perturbaciones en un fondo temperamental inquieto, vacilante, temeroso ante la idea de que puede perder lo que más quiere...; es el vértigo mental. El temor a caer induce a la caída; el temor de realizar algunos actos ofusca el pensamiento y los hace poner; el temor de no poderlos verificar como conviene, impide su realización.

La patología mental nos dará luz para poder comprender el porqué algunos, aborreciendo el pecado, se sienten atraídos con violencia hacia él. El eco de una palabra o escena que oyeron, va resonando insistentemente en el cerebro de estos enfermos, y la repiten en su mente con pena y tristeza. Otras veces son impulsos sexuales contra la virtud de la castidad que tanto aman y por la que tanto pelearon y luchan para no mancharla. Habrá ocasiones en que cedan con impresión de una responsabilidad mitigada. ¿Qué mano puede detenerles cuando precisamente sienten ansias verdaderas de realizar determinados actos? Y, no obstante, les ocurre verse paralizados en el ejercicio de la oración que antes de comenzarla les atraía como una necesidad de reposo y de concentración en Dios. Acercándose a comulgar con ansias íntimas de recibir la sagrada Eucaristía, su garganta queda anudada y no pueden tragar la sagrada forma; piensan entonces estar en pecado mortal. Queriendo hallarse recogidos en sus actos de piedad –rezos, oración, comunión, visi-

tas-, les asalta un ejército de distracciones y de dudas contra la fe, pensamientos deshonestos hasta contra lo más santo: Jesucristo, la Santísima Virgen, las cosas sagradas.

En todos estos casos, el director entendido y experimentado podrá apreciar si hay influencia del mal espíritu aprovechando las inclinaciones desordenadas y la debilidad morbosa de nuestra naturaleza; verá si hay falta de esfuerzo por parte de estos pacientes así atormentados, o conocida su disposición interior y medios prácticos utilizados, si carecen de responsabilidad. En ambos casos, es necesario instruirles, advertirles, y formarles de modo que, en cuanto sea factible, salgan de su inercia o error.

b) Poder sugestivo de la imaginación

Este poder trasciende los límites de lo consciente y entra en el dominio de los subconsciente e inconsciente. Mucho depende de la condición del individuo. Si éste es de cortos alcances, pobre de espíritu, de poco sentido crítico, no distingue bien entre la realidad y las imaginaciones interiores que le dominan y le arrastran guiado por ellas. Las vive como algo real y las reproduce en sus actos instintivamente o con la colaboración de las facultades espirituales. Resulta difícil el distinguirlo del simulador intencionado. Es una simulación semiconsciente o inconsciente, provocada o espontánea, de un hecho que carece de realidad en sí. Un sello de carácter histérico. Aquí lo imaginativo invade a lo real. Existe una simulación de un hecho irreal; hace su aparición el mitómano que nunca reconoce que son un sueño sus propias invenciones. Actúa la superioridad potencial del inconsciente sobre la concien-

cia.³⁹ Una imagen e idea-fuerza nos ofrece la clave de esta mitomanía. Esta idea-fuerza se introduce en el individuo y obra en el semiconsciente o inconsciente, tomando parte alguna vez la conciencia advertida. Encontramos personas que presentan terreno abonado, por su constitución innata o adquirida. Pueden presentarse de repente extraordinarias manifestaciones en personas no tildadas de nerviosas. En tales casos siempre se debe proceder con gran cautela, no tomándolos como algo maravilloso, sin antes averiguar la posible o probable intervención natural.

El histerismo será la clave de explicación de tales manifestaciones llamativas y sorprendentes. Los histéricos viven una vida soñada, imaginaria. Pasan las horas soñando. Lo que pertenece y es fruto de la imaginación lo trasplantan al plano de la realidad. Y creen tener existencia real lo que es simplemente imaginario. Apenas poseen sentido crítico para discernir lo verdadero de lo falso. No controlan sus imaginaciones, las cuales andan revueltas y mezcladas con los objetos reales, y, alucinados, se convencen de que las cosas que piensan e imaginan son una realidad objetiva. ¿Qué es la mitomanía sino la manifestación de este soñar? Cuando esta mitomanía es activa, goza de una exuberante creación imaginativa que inventa situaciones, sucesos, actitudes puramente ficticias. Cuando es pasiva, se caracteriza por una credulidad extraordinaria y una sugestibilidad que le hace capaz, como el blando barro, para tomar todas las formas. Ligados estrechamente a sus sueños, quieren trocarlos en realidades, siendo ellos la primera víctima del engaño. No logran conocerse como son, lo cual les incapacita para poderse gobernar a sí mismos y, desde luego, a los demás.

³⁹ Cf SERGENT, *État mental des Hystériques. Psychiatria*, I.

Las decepciones de tipo sentimental; el querer llamar la atención y atraer hacia sí las miradas y admiración de la gente, señaladamente de los que les rodean; la soberbia, la ambición, y el egoísmo no satisfechos, son la causa en gran manera de estas situaciones tan penosas. A este intento inventan historias de las cuales ellos son los protagonistas, ya produciendo asombro con sus cualidades, disponiendo con habilidad circunstancias y personas, realizando hechos que atribuyen a intervenciones maravillosas, ya presentándose como la víctima del sacrificio, que todos purifican contrariándoles cual destinados por Dios para algo grande. Y mientras..., sigue su mitomanía.

Parapetados algunos con esta simulación, nos exhiben sueños de santidad con fingimiento de actitudes, gestos, palabras..., que este sueño dicta desde un rincón del inconsciente donde está instalado. Ni nos extraña la actitud de algunas personas que, por una parte muestran y poseen buenas cualidades morales y virtudes de más o menos grado, como son la castidad, mortificación, amabilidad, trabajo.... y, por otra parte, engañan con tapujada y pasmosa habilidad.

Comprendiendo el confesor o director la insatisfacción de estos tales, su despecho, celos, envidias, orgullo, ambición, habrá puesto el dedo en la llaga. Para formarles en Cristo, hay que curarles física y moralmente.

c) Alucinaciones

Parémonos ahora en aquellos que, sintiendo la impresión de la presencia de una realidad que sólo existe en su imaginación, creen que su impresión responde a una realidad objetiva que tiene un fundamento real.

Son ilusos. No siempre subsiste este error de la presencia, el cual es eliminado por un acto de la inteligencia, que, formando un juicio recto, reconoce ser aquello mera ilusión. Pero cuando se trata de imágenes, frases mentales que por la fuerza se imponen al individuo, éste se ve invadido por actos mentales a cuya ejecución se siente forzado. Todo esto acontece en el espíritu, en el interior, en el corazón, en el cerebro, y raras veces en otras partes del cuerpo. Adopta actitudes, expresiones en el rostro, que son consecuencia de la imagen o sentimiento obsesionante.

¿Y qué diremos de aquellos que, sin visión o audición sensible o imaginaria, forman en sí un estado de nuda convicción, y juzgan una cosa ser tal o de tal modo, con certidumbre interior? Pues que en ellos habrá un perfecto desorden en el juicio formado, si la convicción es meramente gratuita, falta de base racional. Se parecen a los soñadores que, sintiéndose arrebatados al cielo en elevados éxtasis, topan con sus pies en el suelo, al despertar. No es raro que en los tiempos próximos al sueño, o de un soñar despierto, con su cortejo de imágenes más o menos gratas, se oigan en la mente, bien articuladas, ciertas palabras como notas silenciosas.

Son una repercusión o eco de preocupaciones interiores. Según la índole de estas preocupaciones, serán tales ecos.

¡Con qué cuidado y vigilancia se ha de proceder al examinar ciertos fenómenos de carácter religioso que estas tales personas suelen presentar como un acontecimiento de influencia sobrenatural: Dios me ha hablado; la Virgen me ha dicho; he sentido en mí el eco de su voz!... La alucinación, que es el triunfo de la imagen que gana para su provecho toda la atención del espíritu, si no se la sitúa dentro de su esfera, ¡cuán-

tas equivocaciones y destrozos produce en la vida espiritual!

Hay una alucinación colectiva: corriente de influencia y de contagio en la colectividad. Quiénes, fundamentados en esta alucinación, dan de rechazo en conjunto a todo lo sobrenatural. Pero es cierto que la alucinación, en determinadas personas, contagia de sus convicciones imaginativas a quienes les rodean. Mas, interrogados, uno por uno, por separado, nada han visto ni oído, ni saben del fenómeno en cuestión. Todos han visto y oído, y luego..., nadie vio ni oyó. La alucinación es polimorfa. Afectando a todos los sentidos, puede representarnos escenas de todas clases: de influjo del mal espíritu, como del bueno; fenómenos profanos, como celestiales. Y en este último caso, ¡qué de engaños y encrucijadas para el confesor o director que no posee la ciencia, experiencia y discreción requeridas! Su mano maestra podrá deshacer estos entuertos y poner equilibrio, sosiego y seguridad en las conciencias. Claramente se ve que su papel es de capital importancia. Como se trata de un fenómeno puramente subjetivo, la visión imaginaria puede obedecer no sólo al buen espíritu, sino al mal espíritu. Por esta razón, san Juan de la Cruz se pone en guardia contra esta clase de visiones que, por otra parte, pueden ser producidas por causas naturales. Así lo manifiesta también santa Teresa.⁴⁰

Pero es más grave por su repugnancia y por el lastimoso engaño en cuya trampa han caído a veces algunos confesores, el fenómeno del “cuerpo fluido”, demoníaco, que recorre el cuerpo de la paciente, hasta de personas religiosas, lo viola hasta efectuar el “íncu-

⁴⁰ Cf SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas*. 6.^a, II, IX. 5.^a ed. Apostolado de la Prensa, Madrid (1944).

bo" o comercio carnal. Para el doctor místico, que escribe de esta cuestión como un moderno psiquiatra, estos supuestos hechos son simplemente fenómenos subjetivos, de procedencia morbosa. El demonio, dice, puede evocar estas escenas valiéndose de otros sueños e influyendo sobre la sensibilidad e imaginación, pero no con la violación de los cuerpos. Mejor diremos que se descubre en estos casos la existencia de un delirio originado por sensaciones anormales. Y esta es la receta: tranquilizar, animar y curar.

Con el estado alucinatorio tienen estrecha trabazón los impulsos. Éstos, o bien acusan un desdoblamiento de la persona, cual si otro ser obrase en su interior y, coartando su libertad, le obligara a realizar determinados actos, o subyugasen su actividad desviándola de la dirección propuesta, o bien son simplemente inclinaciones y tendencias a las cuales se siente sujeto el individuo, a pesar de que no las quiere, de que le disgustan y las rechaza. Impulsos a la lujuria. Aquí no hay desdoblamiento de la persona, sino que el individuo, atribuyendo estas tendencias a sí mismo, considerándolas como suyas y no causadas por otro ser distinto, se interroga sobre el grado de su responsabilidad. No pocos ven en las inclinaciones perversas la mano del mal espíritu, y así se afligen porque creen que están en pecado. Tal piensan también en las dificultades que experimentan en su vida espiritual: distracciones, pensamientos adversos a los que desean tener, sensaciones contrarias a la castidad cuando con más fervor y recogimiento suplican al Señor la virtud de la pureza, desalientos y desmayo en el servicio de Dios. Es verdad que el tentador puede hacer una de las suyas: tentar... y nada más. Estos fenómenos los trae consigo el proceso de la misma vida espiritual y la condición de la caída naturaleza humana con sus im-

pulsos desordenados, ciegos a veces; de todo lo cual se servirá Dios para una mayor purificación del alma.

d) La interpretación

El estado de interpretación morbosa acusa un error sobre la significación de los hechos. Es un falso juicio. Deduce o induce equivocadamente. Los que están sujetos a este estado morboso son difíciles de corrección. Sienten en sí una fuerza de convicción contra la cual se estrella toda clase de razones y explicaciones. Si éstas les son favorables, las aceptarán; de lo contrario, las rechazarán. Toda discusión, en lugar de convencerles, les irrita y exalta más. Su desorden se fundamenta en empeñarse en explicarlo todo, buscando causas, motivos, pormenores, intenciones contrarias. Su base son los hechos a los cuales atribuyen significaciones imaginativas y arbitrarias. A estos tales interpretadores se les reconoce un espíritu perspicaz, sutil, astuto. Engañan a los confesores y directores fáciles y bondadosos. Nunca confundamos esta sutileza y astucia con la claridad, delicadeza y firmeza de espíritu. Tengamos presente que las anomalías mentales pueden compaginarse con el desarrollo de la inteligencia y de la voluntad, con los valores morales y religiosos. Destacan grandes hombres en el campo de la ciencia y del arte, a los que se les suele llamar degenerados superiores. Como su punto de partida es un juicio falso, el error, están en equivocación de buena fe. Sus actos no son imputables. Si aspiran a un cierto cargo, es porque se juzgan con derecho a él; si se consideran a manera de un justo calumniado y perseguido, es porque están convencidos de que lo son. Alguna que otra vez puede asistirles *algo* de razón o motivo, al cual dan una extensión y amplitud exageradas.

Entre estos interpretadores nos sorprende la presencia de los llamados “espíritus falsos”, que miran los hechos y las cosas con dañosa intención; que reparan en las minuciosidades y las agrandan con detrimento de lo esencial; vemos desfilar a los *vidriosos*, que quieren adivinar en un gesto, en una palabra o mirada, imaginarias descortesías, desprecios, poca estima, cuando en realidad nada hay de esto; siguen en este desfile las esposas y maridos atormentados por los celos, que levantan montañas donde apenas existe un grano de arena: recelan de sí mismos a la vez y amargan su vida. Y llegan los alborotadores, rompiendo la paz y la armonía: son los pleitistas, que se apoyan en insignificantes indicios, las más de las veces imaginarios, para promover querellas.

Es de notar que estos desequilibrados, antes como justos perseguidos, pasan ahora a ser perseguidores, y sus palabras encuentran eco principalmente entre los que les rodean. La manía de los prejuicios es de la más contagiosa. Llevados de su exasperación, buscan la venganza o la reparación del mal que se imaginan haberseles causado y que se les causa.

Pero no todo es malo en ellos. Busque, pues, el confesor o director, un punto de apoyo en lo bueno que en ellos descubra y, con paciencia, aguante y cautela, vaya aplicándoles el sedante moral y religioso, y reformando lo que a su alcance sea reformable. Por lo menos, acierte a explicarse el porqué en ciertos casos debe desaconsejar el matrimonio entre personas celosas, para que no sean verdugos de sí mismas, en lugar de esposos comprensivos unidos en una fidelidad de amor; acierte a comprender el alcance de las actitudes de esos espíritus falsos y vidriosos, sin fundamento razonable; sepa no dar prestancia a fútiles razones de pleitistas; estudie el modo de frenarles, con sus ins-

trucciones, consejos y autoridad. Y si Dios bendice su esfuerzo, consuélase pensando que habrá menos desequilibrados en el mundo y más aptos para el desarrollo de la vida espiritual.

e) Las manías y tristezas

Corrientemente se entiende por manía todo género de tiques, fobias, meticulosidades apremiantes, retornos a lo mismo, ideas de obsesión, antipatías u ojerizas, dentro de la esfera de lo normal de la vida humana. Técnicamente es una confusión incoercible de movimientos, de ideas, de palabras. Los maniáticos vulgares ofrecen, por su estado, cierta resistencia a la dirección, pero pueden mostrar dócil voluntad para obedecer y, si insisten en lo mismo, esto obedece a la rutina, a la busca de sosiego en sus escrúpulosidades, a que sufren amnesia y necesitan se les repitan las cosas, a que padecen aficiones celosas. Todo esto les guía a repetidos e iguales interrogatorios: consulta de asuntos mil veces expuestos y resueltos, en cuantas ocasiones se les ofrece. Cuando se trata, por ejemplo, de prácticas piadosas, repetirán sus consabidas preguntas: ¿cómo haré la oración?, ¿qué haré para no distraerme? Tengo tentaciones, ¿qué he de hacer para apartarlas? Por mucho que me esfuerzo, no puedo hacer el examen de conciencia, ¿es culpa mía? Creo que soy culpable ... Alambican su vida y se meten en encrucijadas de donde les cuesta salir. La manía anda aquí de la mano de la testarudez.

¡Pobre confesor o director que tope con un maniático! Una formación recia, sin subterfugios, acompañada de un trato inteligente y caritativo, contribuirá a la disminución o desaparición de la manía.

Pero mucho peor es, sin comparación, la tristeza

melancólica. Podemos considerarla como una tristeza vaga, honda, permanente, cuyas causas son físicas o morales. Quita al paciente todo gusto y distracción en las cosas. Supone una perturbación de la sensibilidad. Se desarrolla en torno de un dolor moral con su cortejo de ansiedades, remordimientos, inquietudes, hastío, desesperación. Cuando esta tristeza melancólica es deprimida, nos ofrece un estado de postración y abatimiento. A los individuos afectados, ya nada les preocupa e interesa; viven hundidos en sus tristes pensamientos. Aislados, solitarios, reflejan en su aspecto su estado interior. Les persigue siempre la misma pesadilla. Sus ojos rompen a llorar con frecuencia. Traman, a veces, acabar con su vida, algunos de ellos. Dentro de esa vaga tristeza, ignoran su causa. Ésta se reduce algunas veces a una impresión de culpabilidad y de maldad. "Soy malo, he pecado". Pero, ¿en qué? No aciertan ni saben decirlo. Acaso piensan también en pecados pretéritos cometidos, suponiéndoles de una gravedad y castigos imaginarios. En cambio, en la tristeza melancólica ansiosa, predomina la locuacidad. Su campo es el yo con su infortunio. Sólo en éste piensan y de él hablan. La melancolía suele instalarse en los temperamentos psicasténicos. Un escrupuloso que se sumerge en el mar de la convicción de sus pecados irremisibles y de su eterna perdición.

Sabemos que Dios prueba a sus almas con dolorosas purificaciones interiores: sequedad, aridez. Tenga el confesor o director gran cautela para no confundirlas con las manifestaciones del estado melancólico. Son completamente distintos, si bien puede Dios valerse de este estado morboso y cambiarlo en un medio de purificación del alma.⁴¹

⁴¹ Cf S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*. II, XII, 15. Apostolado de la Prensa, Madrid (1943).

Conocida esta diferenciación, proceda el confesor o director a levantar los ánimos, reanimar la voluntad, abrir horizontes de alegría y de esperanza, descentrar en lo posible el pensamiento del yo.

f) Espíritu de contradicción

Una idea, una tendencia, cuando nace en el espíritu, produce al instante su contraria. Es la conocida obsesión por contraste. Aquí tiene sus raíces el espíritu de contradicción. En nuestra vida social nos encontramos con personas en quienes nuestra afirmación o negación suscita en ellas la correspondiente negación o afirmación. En todo hallan ocasión de llevar la contraria, ya por puro instinto, ya por un tic mental que nos indica la existencia de algún desequilibrio interior. Pero otras hay que no se limitan a contradecir a los demás, sino que pasan a contradecirse a sí mismas. Emiten juicios antitéticos consigo mismas. Navegan siempre en su barquilla de "duda". Hambrean tener fe y ellas mismas se cierran el camino, con dificultades buscadas para resolverlas. Con sus dudas obstaculizan su marcha espiritual. ¿Me he confesado bien? ¿He dicho todos los pecados? ¿Los quise declarar como son? Buscan la tranquilidad y no dan con ella. Y la duda sigue interrogando: pero ¿lo manifesté con sinceridad?, ¿me habrá entendido el confesor? Ponen sobre el tapete graves problemas de conciencia.

Mas de esta zona del interior salta la duda a la acción externa. Si queremos de muchas de estas personas conseguir algo, pidámosles lo contrario. A la idea de lo mandado se une la idea opuesta, la cual produce el acto de contradicción. Se asocia a esta idea contraria la aversión, el miedo, el desasosiego...; sienten

miedo, por ejemplo, a que de sus manos se desprenda el rico objeto de cristal y se rompa, y un temblor les invade, sus manos tiemblan y el objeto se les cae. Temen a las tentaciones y el mismo temor, como un vértigo, les acerca a ellas. Piensan: sería cosa terrible perder la fe, y porque están muy agarrados a ella, el mismo temor les lleva a una imaginaria pérdida. Fascinación del polo opuesto: la herejía.

En toda esta índole de actos, no hay responsabilidad moral. ¿Cómo se les podrá acusar de culpabilidad, cuando, incapaces de reflexión, no hay decisión voluntaria, sino más bien alocada? En verdad que espantan ciertos casos que tienen lugar en personas dadas a las prácticas religiosas. ¿Se puede explicar la blasfemia, la injuria a Dios, en labios de quienes le veneran y adoran, pronunciadas por el impulso de algo irresistible, de una fuerza secreta? Y ¿qué diremos del impulso de profanar, escupir, pisotear la sagrada forma que con vivas ansias desean recibir, y el que este impulso llegue a traducirse en estos horrendos actos? Sólo nos podrá explicar este terrible fenómeno una idea-fuerza obsesionante por contraste.

Vemos aquí al espíritu de contradicción operando efectos en el campo de la piedad cristiana, los cuales, a primera vista, parecen ser hijos de una rabiosa maldad. Pero bajo todas estas manifestaciones tan llamativas, late la fe arraigada y el amor sincero a Dios.

¿Son, por tanto, capaces del desarrollo de la formación cristiana? Unos no, por la grave morbosidad de su estado. Otros, en cambio, son materia apta para este desarrollo. He aquí la difícil intervención del confesor o director. En vano querrán éstos inculcar a los obsesionados, a las primeras de cambio, el rendimiento de juicio; sería perder el tiempo. Mucho más prudente, el procurar abrir brecha por otro lado: el del

vencimiento por Dios, por un ideal que es Cristo, con un amor que les haga capaces de la victoria total sobre sí mismos. El clavo más se clava cuanto más al recto se le golpea. Hermoso es el papel de reanimar, sosegar, poner seguridad, prestar apoyo moral, arrancar el secreto doloroso. Esto incumbe a los confesores o directores sagaces y de sentido común, que con sus palabras autorizadas, su trato humano, su paciencia, su espíritu sobrenatural, derramen luz y consolación; infundan ánimo y esperanza en todas estas almas agobiadas por pesadillas y torturas interiores; cultiven sus buenas cualidades y formenlas espiritualmente y encáucenlas hacia el apostolado, con la garantía de que muchas de ellas darán no poco rendimiento.

Serán almas de abnegación, de generosidades, de oración a su modo, de ofrecimientos a Dios, de ejemplaridad en muchas cosas. Acaso lleguen en el amor a Dios adonde no alcancen otros con todas sus cualidades integrales. No se consideren como desperdicios sino, con cariño humano sobrenaturalizado, se las trate hasta llegar a su corazón y comprenderlas. Acomódense a su condición el modo y el tiempo de la oración. Que ésta sea un volcar su confianza y su corazón a los pies de Cristo. Nada de meditación cerrada, ni de exámenes de conciencia. De éstos, lo indispensable y, a veces, prohibición total. Aún insistirán demasiado en pensar y escudriñar su yo. Pocos y cortos ratos de estancia en la capilla o iglesia, donde apenas entran se distraen en lugar de recogerse. Aire libre, campo abierto, para que desaparezca esa presión de ahogo que experimentan al verse encerradas para *tanto* tiempo. Necesitan una vida espiritual fácil, sin menudencias, con pocos rasgos, y éstos claros y firmes. Y con la impresión de que viven bajo la protección y solicitud de la bondad y providencia de Dios, resurgirá de nuevo la

esperanza cual centellita de luz que alumbre sus pasos
en la oscuridad de las dudas y en el nuevo pisar fuerte
y seguro de su voluntad.

CAPÍTULO V

La confesión y la dirección espiritual como factores formativos

EL Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, su principio vivificante. La Iglesia somos nosotros. El Pentecostés que comienza visiblemente con la venida del Espíritu Santo, sigue perpetuándose de un modo invisible en la Iglesia y en las almas. Jesucristo nos envía al Espíritu Santo y nos comunica la vida de la gracia, al mismo autor de la gracia. Esta vida la difunde el Espíritu Santo, juntamente con el Padre y el Verbo, en las almas, dirigiendo su desarrollo hasta hacernos imágenes vivientes de Cristo. La operación de la gracia en nosotros puede ser obstaculizada y detenida por nuestra libre voluntad, cuando rehúsa la entrega total a la acción santificante del Espíritu Santo. A él toca el ser verdadero santificador de las almas, formarlas a imagen de Jesucristo, guiarlas y conducir las a su perfección y santidad personal y a su expansión apostólica. Pero Jesucristo no se desentiende personalmente del gobierno de la Iglesia, la cual es su cuerpo, porque precisamente él es la cabeza, cuya función propia es gobernar. Este gobierno lo ejerce Cristo, invisiblemente.

te, con su intervención inmediata, iluminando y confortando a la Jerarquía; visiblemente, con su intervención mediata, valiéndose de la autoridad constituida en su Iglesia.

Asimismo, el gobierno y dirección de las almas se verifica de dos modos: interior y exterior. Intervienen el Espíritu Santo y Jesucristo mediante su Iglesia. Ambas direcciones han de estar en armonía. ¿Puede, acaso, faltar esta armonía? Evidentemente, cuando falla el instrumento humano, ya que en él reside la dirección visible de las almas. Trata el pontífice León XIII, en su carta "*Testem benevolentiae*", de la cooperación del Espíritu Santo y la Iglesia visible en la obra santificadora de las almas. Vemos aquí la dirección espiritual. Sin la acción del Espíritu Santo, "toda ayuda y magisterio sería inútil". Mas, generalmente, "los avisos e impulsos del Espíritu Santo no son percibidos sin la ayuda y sin la preparación del magisterio externo". La ley común de la providencia y la ley de la economía de la gracia postulan la cooperación humana para realizar la obra de la salvación de los hombres. Tal dirección ha sido una práctica constante en la Iglesia, y así lo han enseñado sus doctores y santos. La cual doctrina, afirma el pontífice León XIII, nadie puede rechazar sin temeridad y sin caer en peligro de error. El director es llamado guía de las almas y tiene a su cargo preparar los caminos a la acción del Espíritu Santo y colaborar con él sin pretensión de absorber la dirección espiritual.

Conviene, pues, fijar al director su campo de acción, señalar sus límites. Rebasarlos sería nefasto para las almas. Distingamos la acción del director y la acción del confesor. Ambas pueden ejercerse simultánea o separadamente por el mismo confesor o director, o por otros ministros de Dios. Su distinto concepto y

ejercicio llevan consigo una duplicidad de acción, o en la confesión misma o fuera de ella. No es igual el simplemente oír confesiones que el dirigir la marcha del alma en el proceso de su formación interior, que tiende a establecer un contacto de comunicación con Dios. La confesión, habitualmente repetida con el mismo confesor, nos puede y suele presentar indicios de dirección. Las funciones de confesor y de director son distintas, aunque se den en el confesionario y por el mismo confesor.

¿Concepto de la dirección espiritual? “El principal agente, guía y movedor de las almas es el Espíritu Santo”. Al director se le atribuye solamente la razón de instrumento para enderezar las almas a la perfección y según el espíritu que Dios va dando a cada una de ellas. “No las acomoden a su modo y condición propia de ellos, sino miren el camino por donde Dios las lleva, y si no lo saben, déjenlas y no las perturben”.⁴² El director que no se ajusta a este su oficio, daña a las almas. Como a representante de la Iglesia, se le confía la misión de instrumento de la santificación. Mal se conducirá si se juzga uno superior para sólo imponerse, antes mírese como maestro que enseña, razona y forma. Y para esto está calificado como sacerdote y representante de la Iglesia.

No es, por consiguiente, la dirección espiritual un mero coloquio habido sobre materias religiosas, por elevado que sea su contenido; ni tampoco un tratamiento psico-terapéutico. Ni menos todavía un pasatiempo. El dicho coloquio puede ser un principio de dirección o un eco de lo que fue una dirección ya extinguida. Busca la psiquiatría la curación de un estado

⁴² Cf S. JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura del sentido*. I, VIII, 2, 3. Apostolado de la Prensa, Madrid (1943).

morboso, la salud, que son bienes de orden natural; la dirección entiende y se ocupa de bienes y valores de orden sobrenatural. Rechazable de todo punto, la dirección cualificada o tenida por parte del director o del dirigido como una especie de artículo de lujo. Es artículo de necesidad en la vida espiritual, y de necesidad imprescindible. Los anémicos de vida interior tienen corta visión de la realidad de la vida espiritual. Les parece la dirección una bagatela, un entretenimiento de beatería, uno de tantos modos de perder el tiempo, una tarea monacal, un campo de peligro moral, nido de anormales, fábrica de ilusionismos engañosos, troquel de locos aventureros “a lo espiritual”, desencajados de la realidad de la vida, incomprendidos e incomprensivos, de seres raros incapacitados para la vida social. Y hablan así porque todavía no entraron en la realidad propia de la vida espiritual, cuyo verdadero sentido lo habremos de buscar en el lenguaje original del Nuevo Testamento: en lo pneumático. Esto es lo que nos da a conocer el sentido verdadero y fundamental de la vida espiritual.

No podemos dejar de reconocer que el concepto de “lo espiritual” ha sufrido una gran desvalorización en la inteligencia y estima de una sociedad anémica de Dios. Vida espiritual, vida pneumática. En ella guía e informa el Espíritu Santo, el Espíritu del Padre y de Jesucristo; se manifiesta el espíritu de adopción de hijos, del Dios creador, cuyo soplo e irrupción transforma y embriaga al hombre con amor divino. Esta vida pneumática hállase sujeta a evolución, que va marcando distintos grados; encierra secretos, enigmas, profundidades, que el hombre no puede penetrar; la acompañan lo mismo el cansancio, la sequedad y la desolación, que el gozo inefable, el fervor, el optimismo, el deseo de “hacer”. La vida pneumática la po-

demos asemejar a un espeso y vastísimo bosque donde el viajero corre gravísimo peligro de perderse sin la precisa información o guía. En verdad que la vida espiritual es una aventura santa, cruzada de peligros y obstáculos. Por eso, la dirección es de evidente necesidad.

Mas no desfiguremos el significado del director, ni extralimitemos su función y ejercicio. Ni restricción que mutile la intervención del director, ni tampoco exceso en el ejercicio de esta función. Tal exceso saca la dirección de su quicio. La región, dentro de cuyas fronteras debe actuar, es la vida espiritual. Ni más ni menos. Una dirección extralimitada conduce a una "tiranía espiritual". Pretende controlar, so pretexto de guía, toda la vida del dirigido. Damos por equivocado el creer que la dirección espiritual se reduce tan sólo a comunicar doctrina religiosa, a tener hablas ascético-místicas, a solucionar o aclarar ciertas situaciones de conciencia. La dirección es algo más que esto; tiene señalada su meta: promoción, cultivo, fomento, crecimiento y desarrollo de la vida interior. El oficio del director es hacer que el alma entre en contacto inmediato con Dios y, una vez conseguido, afianzarlo y robustecerlo. Para esta nobilísima función debe poseer prudencia, ciencia, experiencia, discreción de espíritu y el habla callada de su buen ejemplo.

Pero el director no es el modelo cuyos ejemplos hay que imitar con mente de esclavitud. La libertad de espíritu es algo intangible. A ella se opone el molde único con su producción de monótonas imitaciones. Cada uno goza de sus propios carismas y participa personalmente del gran don del Pentecostés, que es el Espíritu Santo. Los caminos no son idénticos, son nuevos. Por eso, en la vida espiritual hay que aventurarse para llegar a sus altos grados. Y en esta aventura

el director representa un papel decisivo y necesita ser hombre de prudente discreción para conocer y discernir la acción de Dios, de los ángeles, de los elementos sobrenaturales sobre el hombre. Antes, sólo desempeñaba el oficio de director quien poseía el carisma. Hoy, la condición carismática se reemplaza por la jurídica, es decir, basta el carácter sacerdotal y la jurisdicción competente. No se atiende al elemento indispensable: ser hombre de vida espiritual. La Iglesia ha separado las funciones de jurisdicción y de dirección espiritual. Y esto, con sus motivos. Pero no por eso vamos a creer que para desempeñar con fruto y eficacia la dirección, es suficiente el carácter sacerdotal y la jurisdicción. Requiere que el director sea un varón de Dios, hombre de vida práctica espiritual, de sólida virtud, en fin..., de santidad. Los artífices espirituales han de estar movidos en su mente y en su corazón por el Espíritu del Señor, llenos de su amor.

En nuestros días, ¿se siente la necesidad de la dirección espiritual? Acaso, no tanto como en tiempos pretéritos, si consideramos el aumento de frecuencia de sacramentos, la facilidad que se tiene de resolver personalmente algunos problemas y asuntos de conciencia y estados del alma, con el auxilio de abundantes libros que orientan en estas materias, la mayor formación cristiana, señaladamente en muchos grupos de selección que hoy florecen en el seno de la Iglesia. Mas esta necesidad se crece ante la amplia corrupción de costumbres actual y la amalgama de lo pagano con lo cristiano; ante la poca solidez de principios católicos vividos en la conciencia, de una piedad de superficie, de globo hinchado, de a flor de labios, sin fuerte raigambre de completa fidelidad a las leyes divinas; ante la ignorancia de las vías del espíritu y el temor a ser mejores porque Dios nos pueda pedir. Metidos dentro

de una atmósfera de sensualismo que todo lo invade, desde el cerrado hogar de la conciencia hasta las distintas capas sociales, creando un ambiente de insulto a Dios, necesitamos superar la acción devastadora de tanto mal y contraponer a esta corriente de corrupción y bajeza, una conciencia cristiana individual y colectiva, fuertemente enraizada en Cristo, en su pensamiento, en su amor. Corriente de piedad auténtica, de sano ascetismo, que es de hoy como de ayer, de trato con Dios en la oración y de mirar alto, buscando los intereses de Dios. Y todo esto se forja con una acertada dirección espiritual.

Realmente, se nota una crisis de directores y también de dirigidos. A unos y a otros afecta un descenso y desgana de las cosas de Dios, más interna que externamente, producidos por un naturalismo que impregna la vida actual. Pero por dicha nuestra, muchos hay, en medio de esta apostasía piadosa, que desean tener ese secreto y profundo vivir de Dios. Mas, ¿hallan directores capacitados y en el número necesario, para ser atendidos convenientemente? Se zarandean los asuntos del alma, pero no se resuelven eficazmente; se traen de aquí para allá las cosas de Dios, mas no se viven; se habla mucho de oración, y no se ora; de la necesidad de vida de sagrario, y las visitas son escasas y cortas; de una mortificación que frene, y la huyen, refugiándose en vía cómoda y placentera. Se encarece el desprendimiento, y nos agarramos fuertemente a nuestros egoísmos. Preséntase como modelo a Cristo pobre, humillado, sacrificado, apóstol, y se quiere tener una pobreza entre avaricias y abundancias injustas, una humildad recubierta con el ropaje de más honores, un sacrificio, pero sin cruz, una acción apostólica, mas con lamentos y sesteando a la sombra de un buen vivir.

Una palanca poderosa, para levantar la mente y el corazón de tantos... hacia las cosas celestiales, son los confesores y directores espirituales, pero buenos, hombres de Dios y de sentido práctico. De este modo se iría superando la desvalorización de las íntimas y espirituales relaciones del hombre con Dios, desvalorización producida por una técnica de actividad externa que ajetrea el actual vivir, robándole a la conciencia sus horas de reposo e intimidad, que son horas de control necesario. ¿Por qué no reconocer que en la mentalidad de muchos ha perdido valor la vida espiritual en su genuino sentido? Volvamos a darle la preeminencia que de suyo le corresponde en la vida humana. No se estima lo que no se conoce. Divúlguese lo que es esta vida divina en el hombre. Y una vez divulgada y conocida, procuremos hacerla vivir. En el campo de la vida espiritual, a veces, sobran discursos y... siempre sobran esterilidades.

Los locos para el mundo, aventureros de la santidad y de la divina gloria, para navegar en el mar inmenso de la vida espiritual, tomen un guía que les encamine con seguridad. Y el buen director es aquel que, dotado de ciencia y discreción, posee, vive, está lleno de lo que pretende dar: de Dios.

CAPÍTULO VI

Formación de espíritu de fe que impregne la vida humana. Fe vivida y actuante

AL racionalismo, montado en su corcel de orgullo, oponemos nuestra fe sobrenatural. Nos es imposible entrar en la mansión dorada de esta fe y el asociarnos a la obra de Cristo, si antes no media su gratuita invitación. Somos impotentes para poder merecer el tesoro de la fe. Todas nuestras obras buenas, por sí solas, resultan insuficientes para granjearnos tan gran merced. Precisa que intervenga la bondad de Dios, convocándonos a tomar parte en su Reino, e invitándonos a entrar en el seno de su Iglesia, para convertirnos en un miembro vivo de ésta, mediante la gracia. En confirmación de esta verdad, aducimos las siguientes palabras del Apóstol: “Considerad, amados hermanos, que vuestra elección o vocación a la fe es de Dios”,⁴³ el cual “nos escogió habiéndonos predestinado al ser de hijos suyos adoptivos, por un puro efecto de su voluntad, a fin de que se celebre la gloria de su gracia”.⁴⁴ Y,

⁴³ Cf 1 Tes 1, 4.

⁴⁴ Cf Ef 1, 4-6.

escribiendo a los Romanos, les recuerda en su carta esto mismo, diciéndoles “que han sido llamados a la fe por Jesucristo”.⁴⁵

¿Por qué, pues, somos hombres de fe? Sencillamente, porque Jesucristo nos ha llamado y nosotros hemos respondido afirmativamente a su llamamiento, es decir: a nuestro querer, puesto dentro de un margen de absoluta libertad, precede necesariamente el querer de Jesucristo. Desea asociarnos a su obra, nos invita repetidamente por la voz de sus ministros y de nuestra conciencia, a la que seguimos o rechazamos, pero jamás nos quita la libertad para decidir de nuestra suerte; lo quiere, pero con la condición de que nosotros lo queramos, y hasta tal grado lo quiere, que no ahorra medio alguno para estimular nuestra voluntad y ganarla. Promete y da: promete el cielo, la paz, felicidad y contento; da amor, derramado sobre nosotros en gotas de sangre.

¿Cabe, acaso, excusa alguna en la conducta reprochable de muchísimos que en tan poco aprecio tienen su vocación a la fe, o miran carente de responsabilidad su tardanza culpable en cumplir debidamente las leyes de esta misma fe? Sólo les puede excusar un absoluto desconocimiento de lo que significa y exige la gran dignidad y excelsitud de la vida cristiana. La fe es un don que Jesucristo quiere conceder a todos, aunque haya ojos cubiertos por las escamas del error, que no aciertan a ver su luz. “Id e instruid a todos”,⁴⁶ dijo Jesús a sus apóstoles; predicad al mundo entero para que a todos ilumine el sol de la fe. Con lo cual concuerda lo que escribe san Pablo en su carta a los Ro-

⁴⁵ Cf Rom 1, 6.

⁴⁶ Cf Mt 28, 19.

manos: “la fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo”.⁴⁷

Todo aquél, pues, que abra sus oídos a la divina predicación, recibirá la semilla de la fe, necesaria en absoluto para poder recibir la gracia, “porque es necesario creer de corazón para justificarse, y confesar la fe con palabras u obras, para salvarse”.⁴⁸ Y aunque nuestra salvación depende, en primer lugar, de Jesucristo, puesto que “no es obra del que quiere, ni del que corre, sino de Dios, que usa de misericordia”,⁴⁹ no obstante, es cierto que nosotros, siendo, “vasos de ira” por el pecado, nos trocamos en “vasos de misericordia”,⁵⁰ donde se manifiestan las riquezas de la divina gloria, según nos enseña el Espíritu Santo: “uno mismo es el Señor, rico para todos aquellos que le invocan. Todo aquel que invocare de veras el nombre del Señor, será salvo”.⁵¹ “El fin de la ley es Cristo, para justificar a todos los que creen en él”.⁵² “Incluso el pueblo judío, traidor a su vocación, deicida, rama arrancada de su tronco que es Cristo, será unido otra vez a él, si no permaneciere en la incredulidad, puesto que poderoso es Dios para injertarlo de nuevo.”⁵³

De donde resulta que la fe es un elemento indispensable, hasta el punto de que ella constituye la médula de todo sentido cristiano. Por tanto, nuestra vida ha de ser vida de fe. Erguirse, ensoberbecidos, ante la necesidad insustituible de la fe para poder vivir cristianamente, acusa en quienes tal hacen, un alejamiento

⁴⁷ Cf Rom 10, 17.

⁴⁸ Cf Rom 10, 10.

⁴⁹ Cf Rom 9, 16.

⁵⁰ Cf Rom 9, 22.

⁵¹ Rom 10, 12.

⁵² Rom 10, 4.

⁵³ Cf Rom 11, 23.

de la doctrina católica, un desconocimiento de las enseñanzas de Jesucristo, el cual nos quiere llevar a la eterna patria, con nuestra confianza depositada en sus palabras. Él nos habla de una patria futura donde no habrá dolor ni llanto, donde el gozo y la felicidad inundarán para siempre a sus habitantes. Nos habla de la inmortalidad del alma y también de la del cuerpo, que, aunque podrido en las entrañas de la tierra, ha de resucitar en el último día; nos promete una justicia, la cual ha de dar, a su tiempo, a cada uno según haya merecido con sus obras; nos habla, en fin, de cosas futuras, de esperanzas seguras, de premios y de castigos a los que nadie podrá escapar. Y así nos dice san Pablo en su carta a los Hebreos, que “la fe es el fundamento o firme persuasión de las cosas que se esperan, y un convencimiento de las cosas que no se ven”⁵⁴

Con los ojos como vendados, siguiendo el camino trazado por Jesucristo, camina el cristiano, guiado por la fe, hacia la posesión del reino de los cielos. Perderemos el tiempo cuando queremos averiguar lo que supera infinitamente a nuestra razón, lo que no podemos alcanzar sin la declaración de un Dios. Nos quiere probar Jesucristo en nuestra fidelidad y confianza, obligándonos a esperar en él por medio de la fe, “de la cual es autor y consumidor”,⁵⁵ es decir, su principio y fin. Tanto aprecia Dios la fe en nosotros que “por ella merecieron testimonio de alabanza los antiguos justos”,⁵⁶ los cuales, dando a entender que buscaban patria, “murieron constantes siempre en su fe, sin haber recibido los bienes que se les habían prometido, con-

⁵⁴ Cf Heb 11, 1.

⁵⁵ Cf Heb 12, 2.

⁵⁶ Cf Heb 11, 2.

tentándose con mirarlos de lejos, y confesando ser peregrinos y huéspedes sobre la tierra”.⁵⁷ De la fe brota la flor de la virginidad, la amapola del martirio, la fortaleza del apóstol, el poder de la oración, el fruto de la santidad. “Sin ella es imposible agradar a Dios, por cuanto el que se llega a él debe creer que Dios existe, y que es remunerador de los que le buscan”.⁵⁸ El cristiano es esencialmente un hombre de fe, que cree y espera con un convencimiento cerrado y una persuasión firmísima en la palabra divina y promesas de Dios, en su paternal providencia, en su inmutable justicia. Y Jesús nos enseñó a vivir este espíritu de fe en todo momento, haciéndonos sentir la protección de un Padre que está en los cielos, pues vela continuamente por nosotros, sus hijos adoptivos. Quiere que alcemos a él nuestros ojos y le digamos de todo corazón: “Padre nuestro que estás en los cielos”.

Solamente con el vuelo de la fe podemos remontarnos a las alturas celestiales donde habita nuestro Dios que nos creó, omnipotente, bondadosísimo, el mejor de los padres, porque aun cuando nos castiga, muestra su paternal ternura, pues desea nuestra corrección, con el fin de podernos premiar con justicia.

El lenguaje de la fe solamente lo entiende el cristiano que está modelado según el espíritu de Jesucristo. Ríanse, si les place a los que se revuelven inquietos entre las inseguridades de su incredulidad, de la valía y de la necesidad de nuestra fe; repitan, si quieren, el disco de que vivimos ignorantes de tantas cosas que ellos presentan al mundo como dogmas de indiscutibles verdades. Y mientras ellos, infelices, van camino de la tumba, con inquietudes horribles que la ciencia

⁵⁷ Cf Heb 11, 13.

⁵⁸ Cf Heb 11, 6.

humana no puede resolver, y se van acercando a la muerte sin esperanzas en su corazón, pero con temor al más allá, nosotros saludamos a la muerte mirando en ella la mano de Dios que nos arranca de la tierra para trasplantarnos a la región de la luz, de la verdad y de la vida sin fin. Nosotros recibimos a la muerte con la oración en los labios, la esperanza en el alma, el santo amor en el corazón y el crucifijo en nuestras manos.

¡La fe! Su voz debe ser siempre la voz del cristiano que permanece fiel discípulo de Cristo. Por esto, nuestro lenguaje en medio del mundo, de nuestros quehaceres y empleos, así como en nuestra vida pública y privada, no puede ser otro que el de la fe. Ante todo, somos cristianos, y al través de la fe hemos de concebir la vida íntegra del hombre: su vida familiar, social e individual, tanto en el aspecto religioso, como civil y económico y político, porque para el cristiano todas las cosas del mundo son únicamente medios con relación a un fin supremo, que es la glorificación de Jesucristo. Con plena razón decimos, pues, que “el justo vive por la fe”.⁵⁹ Repetidamente la exigió Jesús durante su vida y nos la exige ahora, como requisito indispensable para derramar sobre nosotros sus bondades. En las distintas fases de su vida pública, Jesús alaba siempre la fe de los que le suplican algún favor, y a la eficacia de ella responde Jesús con la donación de sus misericordias.

El poder de la fe es constante. Jamás fue derrotada en sus rectas peticiones a Dios. No se descubre caso alguno en la historia de Jesucristo, en que la fe no haya enternecido su corazón divino y arrancado de sus manos las gracias y mercedes que ella le haya suplica-

⁵⁹ Cf Rom 1, 17.

do. ¡Poder inmenso de la fe! A su súplica desciende sobre nosotros el poder de Jesucristo. Su bondad divina se derrama, su corazón se enternece, sus entrañas se conmueven, sus ojos lloran y sus manos dan vida ante la oración suplicante de nuestra fe. No se concibe el vivir cristiano sino alentado siempre por una mirada sobrenatural, a la manera como el hijo bueno cuando en todo se mueve según la voluntad recta de su padre, a quien, a la vez, le pide en todas sus necesidades.

La fe nos hace desconfiar de nosotros, para confiar enteramente en Dios; nos despega de la tierra, para levantarnos al cielo. Tener fe es tener un convencimiento y persuasión de que Dios cumplirá sus promesas; sentir la fe es fortalecer nuestra confianza; vivir la fe es constituirla eje permanente de todos nuestros actos. Y el cristiano la ha de tener, sentir y vivir. En el grado que la tengamos, sintamos y vivamos, responderá Jesucristo a nuestras peticiones, creciendo el poder de nuestra oración. No olvidemos jamás estas palabras que dijo el Maestro a sus discípulos: "Os aseguro que si tuvierais fe tan grande como un granito de mostaza, podéis decir a ese monte: trasládase de aquí allá y se trasladará, y nada os será imposible".⁶⁰ De este modo nos recuerda Jesús que el cristiano, instrumento cooperador de su obra redentora, es esencialmente... un hombre de fe.

Pero nos precisa vivirla con intensidad, hondamente, en nuestro corazón, de suerte que penetre toda nuestra vida humana, la impregne de Dios, de sobrenaturalismo eficaz. Vivirla con espíritu de ciega confianza y de "un abandono incondicional en Dios".⁶¹ Vi-

⁶⁰ Cf Mt 17, 20.

⁶¹ Pío XII, *Discurso a los párocos y predicadores de la Cuaresma, de Roma* (27-III-1953). AAS 45 (1953) 238-244.

virla sintiendo en nuestros adentros un empuje vigoroso, una seguridad íntima de que Cristo está con nosotros, fuerza invencible, y de que vive en nosotros por la gracia, informando nuestros actos y comunicándonos su misma vida divina. Quien así cree, confía, siente seguridad, ama. No somos consecuentes con los dictados de nuestra fe que nos señala horizontes de vida eterna, la consecución de un destino sobrenatural, única meta de interés definitivo para el hombre; que nos traza la senda de nuestra moral grandeza, y nos recuerda el cumplimiento de la voluntad de Dios, pese a nuestra repugnancia natural. Cuando fuertemente aletea la fe en nosotros, nuestro corazón se remonta rápidamente hacia Dios, amando. La fe rutinaria carece de virilidad, está como dormida, apenas si deja sentir su influencia en nuestros actos.

Fe vivida equivale a decir fe advertida, adentrada en la reflexión, metida muy adentro en el corazón, traducida en obras. Abundan las manifestaciones externas de la fe. Mas podemos interrogar: ¿responden éstas siempre a realidades vividas en el secreto del interior?, ¿son fuegos relumbrantes de carcasa, actos espectaculares, los cuales, pasado su momento, caen en el olvido o sólo dejan huellas de un vago recuerdo que el tiempo se encargará de desvanecer por entero? Muerta es la fe sin las obras. La fe vivida no se aviene a costumbres corrompidas y corruptoras, a transacciones cuya víctima es Jesucristo, a egoísmos que pegan las alas del corazón a la tierra, a injusticias que claman al cielo, a desenvolturas sensuales provocativas, a cobardías que desdoran, a libertades rebosantes de impudor. Ni la vela en las manos, ni la mantilla tocando la cabeza, son pruebas convincentes de una fe vivida; hace falta algo más, lo principal, indispensable: las obras, los hechos en consonancia con lo que dicta y

pide la fe, la cual, si hace latir de esperanza nuestra vida y se remonta con alas de un amor hacia Dios, impone deberes ineludibles cuyo cumplimiento nos brindan las obras conformes con las prescripciones divinas y los deseos de Cristo.

La Iglesia necesita de cristianos, ¡y no digo de sacerdotes!, cuya vida, nutrida de recia fe sobrenatural, se vuelque con claridad y sin reticencias, con vigor y valentía, con un prudente pero reto santo, con fervorosa piedad, lo mismo junto al sagrario con amor y oración perseverante, que en las actuaciones apostólicas para contagiar de Cristo a las almas; se vuelque, callada y, si precisa, ruidosamente, en privado y en público, en el templo y en la calle, en el hogar y en la oficina, en las fábricas y en las distintas actividades profesionales, en los centros culturales como en los recreativos; se vuelque con voluntad decidida a comunicar a los hombres el espíritu cristiano y compenetrarlos con Cristo. “Toda actividad en el dominio religioso, bien se trate de acción individual o de un movimiento o actividad organizada, si se lleva a cabo sin tener en cuenta el único fin decisivo, o separándose de él, es trabajo perdido y está condenado tarde o temprano a la esterilidad. Una vida inspirada en los principios de la fe, exige magnanimidad y un alto grado de firmeza personal”.⁶²

Afean nuestra fe y la rebajan a los ojos de los enemigos de Cristo, aquellos que creen y, a la vez, se desdicen con sus obras; encomian la castidad, y su túnica la hacen trizas con palabras lacerantes, lujuriosas, miradas retadoras, tratos indecorosos. El Evangelio, manantial perenne de nuestra fe, “tiene la misión de fer-

⁶² Pío XII, *Radiomensaje a la I Asamblea de Católicos de Dinamarca* (24-V-1953). AAS 45 (1953) 422-425.

mentar integralmente el pensamiento humano”⁶³ para dar a nuestra actividad pública o privada el sentido cristiano sobrenatural. Sin una fe vivida no hay ejemplaridad de vida. Nuestro buen ejemplo se mide por los grados de nuestra fe práctica, de nuestra fe actuada y actuante. Ella nos transforma en hombres de ideas claras, de voluntad resuelta y tenaz. Sobre los sillares de una vida de fe consecuente se ha de levantar el edificio de la renovación cristiana. Queremos la renovación del mundo. Mas no lo lograremos “adaptándonos sin reserva a lo que se ha dado en llamar el espíritu de la época, es decir, el pensamiento materialista trasladado a la acción y cediendo a él más allá de los límites de lo justo, sino únicamente observando con fidelidad y constancia la línea católica claramente trazada”.⁶⁴

¿Y no es éste el grito de nuestra fe que nos habla por medio de Jesucristo y de sus legítimos representantes? “En esta época de direcciones definitivas para la historia de la Iglesia, se siente la necesidad de grupos de nuevos apóstoles renovados y transformados en constructores capaces y entusiastas de un mundo distinto y mejor.”⁶⁵ La levadura de esta renovación y transformación será la poderosa fuerza secreta de nuestra fe empujando al sacrificio y a la acción, una fe inspirando generosidades y oblaciones sublimes por el triunfo del ideal santo, una fe actuante, movida, inquieta, que entre en batalla, en el nombre de Dios, para vencer a un mundo sin Cristo. “Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe”.⁶⁶

⁶³ Pío XII, *Discurso al Movimiento de Graduados de Acción Católica, de Roma* (24-V-1953). AAS 45 (1953) 411-415.

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ *Ibidem*.

⁶⁶ Cf 1 Jn 5, 4.

Si queremos tener almas de abnegación, hombres de acción eficaz y constante, espíritus de empuje combativo firme, soldados activos de Cristo, vidas de oración y compenetración con Dios, almas de temple apostólico, de caridad efusiva, de rectitud y justicia ejemplar, de amor..., de santidad, forjemos espíritus de una intensa fe vivida en las entrañas del alma y actuante con verdad, tenacidad y constancia. Entonces, habremos dado un gran paso en la formación de los soldados del ejército de Cristo.

CAPÍTULO VII

Nuestra trabazón con Jesucristo

IDEA básica formativa de la conciencia cristiana y piadosa es la de la comprensión de la trabazón íntima existente entre Jesucristo y nosotros, los hombres. San Pablo, en su carta a los Colosenses, nos expone claramente la eternidad de Jesucristo, con estas palabras: “Todas las cosas fueron criadas por él y en atención a él”.⁶⁷ Aquí nos lo presenta como principio y fin de todo: principio según el cual se ha dispuesto y realizado la obra de la creación; fin conforme al cual ha sido trazado todo el plan de la divina providencia.

Evidentemente que Cristo lo abarca todo por razón de su eternidad y de su acción salvífica; nada se escapa a su influencia, todo lo envuelve en su red infinita, tejida con hilos de su sangre redentora.

De aquí resulta una relación estrechísima entre él y nosotros; la misma relación que une a la criatura con el creador, al redimido con el redentor, al hijo con el padre; la misma que hay entre dos hermanos, puesto

⁶⁷ Col 1, 6.

que Jesucristo es para nosotros el creador, el redentor, un padre, un hermano.

Advirtamos que esta relación estrechísima entraña una dependencia absoluta por nuestra parte; dependemos completamente de él, tanto en la vida natural como en la sobrenatural. En la vida natural, porque nos da el ser de criaturas racionales y nos conserva en el mismo; un instante en que cesara su acción creadora y providencial sobre nosotros, seríamos reducidos a la nada; en la vida sobrenatural nuestra dependencia es, asimismo, total, absoluta, porque nos ha engendrado a esta vida, haciéndonos seres sobrenaturalizados, asociándonos a su obra redentora. Un muerto no volverá a la vida si falta la acción mediadora de aquel que es la misma vida, y tampoco podrá permanecer en ella, si no la sostiene quien de nuevo le hizo vivir.

¿Qué somos nosotros sino criaturas muertas por el pecado a la vida de la gracia y que resucitamos de este sepulcro moral gracias a la acción salvífica de Cristo? Pero del mismo modo que no podemos resucitar espiritualmente sin su intervención eficaz, así tampoco podemos permanecer viviendo espiritualmente sin su auxilio.

Verdad inconcusa es que necesitamos a Jesucristo para poder vivir con aliento natural y con aliento divino. Desligados de él no podemos ser ni criaturas ni cristianos. En el amanecer de esta nuestra doble existencia, natural y cristiana, Jesucristo es nuestro principio; mirando al presente, él nos conserva; respecto a nuestro eterno porvenir, él será la corona incorruptible. ¡Cuán preciosamente nos ata con su poder, nos enlaza a su vivir y nos traba con hilachas de su desgarrada Humanidad! Hasta en nuestra vocación, que es un ministerio especial para cooperar en la santificación del hombre, de la familia y de la sociedad, hasta

en ello nos influye Jesucristo, dejando libre nuestra voluntad, pero poniendo a la vez en nuestro corazón ansias que nos señalan indefectiblemente el rumbo a seguir en la elección de estado. Y cualquiera que sea nuestra elección, continuamos siempre ligados a él, pues ya abracemos el estado del sacerdocio, o vistamos el tosco sayal religioso, ya nos determinemos al estado de matrimonio, o resolvamos permanecer libres en el mundo, no podemos desligarnos de él, porque es el centro del sacerdocio, el esposo castísimo de las almas, el sostén del matrimonio, el Señor a quien se atan con especial servicio, libremente, los que están libres de los anteriores lazos.

¡Prescindir de Cristo! ¡Qué imposible! ¿Quién nos da el pan celeste con el cual nuestra alma sacia el hambre? Cristo. Él la sana con su gracia cuando está enferma, y la sella con un beso de amistad cuando entra y sale de esta cárcel del cuerpo. No podemos marcar una huella siquiera de nuestros pasos, sin el influjo del Dios-Hombre. Su virtud omnipotente nos aprisiona sin ahogar y, dejándonos libres, nos encierra en la red de su poder y nos obliga a obedecer sin esclavitud, y, siendo pecadores, nos enlaza a su santísima Humanidad, en la cual estamos todos representados. Pecó Adán y su pecado se nos transmitió, porque somos una prolongación de su naturaleza prevaricadora; vino un nuevo Adán, Jesús redentor, y nos transmite su vida divina, porque somos una prolongación de su sacrosanta Humanidad. ¡Con cuánta razón podemos decir que el cristiano es otro Cristo! Con él estamos trabados, trabazón ésta que se va apretando a medida que se alza la esfera sobrenatural en que vivimos. Mucho nos podrían referir en este aspecto aquellos que, entre las oscuridades de la fe y deliquios de amor santo, crecen en su santificación, impulsados a cada

paso por el influjo de la gracia y, muy en particular aquellas personas que le están vinculadas voluntariamente en todo y para siempre, consagrándose a su servicio y fidelidad. En cualquiera fase de la vida de todas estas almas se advierte el influjo, dominio y actuación de Cristo, como dueño y señor absoluto de ellas, haciéndoles entender que precisamente en esta fiel servidumbre está su mayor gozo.

Tan copiosos son los puntos de contacto entre Jesucristo y nosotros, que es imposible hallar dos criaturas en las cuales destaquen tantos y tan íntimos: con su dolorosa muerte nos engendra a eterna vida; con amor paternal nos adopta por hijos y nos alimenta con su preciosa carne y sangre; con humildad profunda, no se desdeña de hacerse y llamarse hermano nuestro, vistiéndose de nuestra pobre naturaleza humana.

Increíble parece el que haya querido Jesús asociarnos a su magna obra, tomándonos como instrumento imprescindible, en tanto grado que ha querido llegar hasta necesitarnos para poder él existir. ¿Acaso es audacia escribir esto? No; porque él y nosotros somos dos ideas que mutuamente se entrañan, pues sin nosotros, de hecho, no habría Redención; sin Redención no habría Encarnación, y sin ésta no habría un Cristo. Así que le somos indispensables y le estamos unidos de un modo indisoluble en la empresa de la salvación del mundo. ¿Le bastará a su amor el asociarnos a su obra? No, antes bien, determina establecer entre ambos, intereses comunes, lo cual realiza constituyendo en favor nuestro un caudal de méritos de valor infinito. Este es el tesoro espiritual de la Iglesia, cuyos miembros somos.

De esta suerte, ha establecido Jesucristo, entre su caudal de infinitos méritos y nosotros, una necesaria y doble relación, a saber: de participación y de coopera-

ción. Relación de participación, porque sus méritos nos son aplicados a nuestro favor; relación de cooperación, porque con nuestras personales acciones meritorias, ayudamos a completar,⁶⁸ en cierto modo, este divino caudal, no porque no sea completísimo, sino porque, aun siendo sobreabundante, quiso Jesucristo que en lo referente a nuestra cooperación, aparezca cual si fuese incompleto. ¿Por ventura, hay deficiencia alguna en los méritos de Cristo? De ningún modo; sino que rebasan infinitamente, sobreabundan, para saldar la deuda de todos los pecados y merecer por todos los hombres. Por tanto, no precisan nuestros méritos, tanto más, cuanto que ni méritos pueden llegar a ser si no están asociados a los de Jesucristo. Tan pobrísimos son nuestros actos que, sin la eficacia que él les presta, nada valen, nada representan en cuanto a gananciar con ellos la vida divina.

No obstante ser todo esto verdad, ha establecido Jesús entre él y nosotros tal unidad de acción y de intereses, que nuestras obras meritorias van a formar parte del tesoro espiritual de la Iglesia, dando así lugar a un aumento de valores, con el cual se ha de ir llenando o perfeccionando el Cuerpo Místico de la Iglesia, hasta adquirir la plenitud en el fin de los tiempos.⁶⁹ Teniendo presente esta unidad de acción y de intereses, fácilmente podemos entender cómo conjuntamente con los méritos de Cristo constituimos un mismo caudal, y de él todos participamos.

Cristo nos da gratuitamente una cantidad determinada de los valores de sus gracias, y nos los da en la proporción que él quiere y en la medida de que nos hacemos dignos, pues nosotros ajustamos siempre su

⁶⁸ Cf Col 1, 24.

⁶⁹ Cf Ef 4, 12-13.

conducta a la misericordia y a la justicia hermanadas en él. De todos modos, sea cual fuere el reparto que le plazca hacer, nos incumbe siempre el deber de trabajar con desprendimiento en nuestra salvación y de aportar obras meritorias, para que aquel que nos amó y nos ama sin límites, las distribuya entre los hombres, nuestros hermanos, según quiera. Adoptando esta actitud, no perdemos, antes centuplicamos nuestra ganancia, sabiendo que a mayor unión con Cristo responde una mayor participación de sus gracias, y que el crecimiento de esta unión aumenta en proporción al buen empleo de las gracias recibidas, y según el número de las obras meritorias y la calidad de éstas.

¿Cuál es la causa por la cual muchos cristianos aspiran a cumplir su deber de cooperar a los padecimientos de Cristo, con la práctica de las virtudes y de la oración, amando y padeciendo, fortalecidos en un íntimo vivir con Dios? La causa estriba, precisamente, en que estos tales estiman los padecimientos soportados con amor y por amor a Dios, cual mérito de excepcional precio en la divina presencia. Así lo hizo Cristo, nuestro Maestro: sufrió con amor y por amor.

Juzgada la conducta de las personas verdaderamente piadosas al través de esta luz, su proceder ya no aparece raro e ininteligible. Con declarada injusticia las tilda de locas el mundo ignorante. ¡Mil veces envidiable tal locura! Ellas son las más cabales, las únicas cabales y consecuentes.

Y como de este recto y alto vivir a nadie se excluye, de aquí que en todas las clases y condiciones sociales, por distinguidas o humildes que sean, hállanse buenos cristianos que con su conducta ejemplar aportan de continuo crecidos méritos al tesoro espiritual de la Iglesia. ¡Cuántos actos sobrenaturales depositan a diario en la caja segura de la vida divina! Son operarios

eficaces de Cristo, puesto que ayudan con sus méritos a la acción de los que ejercen el apostolado en el mundo, logrando de esta suerte la conversión de muchísimos pecadores.

Afortunadamente, no faltan personas de esta índole, las cuales, siendo desconocidas a los ojos de los hombres y viviendo escondidas en Cristo Jesús, han sido y serán siempre grandes apóstoles. Si no fuese por su influencia en favor de los que trabajan por la divina gloria, ¡qué fracasos más rotundos nos llevaríamos en nuestras predicaciones y empresas! Triunfan esos mensajeros de la palabra de Cristo, las más de las veces, gracias a la ayuda efficacísima de estas almas interiores, apóstoles ocultos de Cristo.

Si somos, pues, consecuentes con lo expuesto, no nos deberán inquietar la ignorancia en que permanecemos muchas veces acerca de la fructificación de nuestros trabajos, ni tampoco la tardanza en cosechar sus frutos deseados. Y al cabo y al fin, ¿qué importa que nosotros no cosechemos lo que hemos sembrado aun con sudores de dolor? ¿No hemos de ser obreros de Cristo y tan solamente por él, por su honor y glorificación? Otros recogerán en el nombre del Señor, para quien trabajamos, el fruto de nuestra siembra, porque uno es el que siembra y otro, a veces, el que recoge. No busquemos cosechar con nuestras propias manos la mies fructificada por nuestra acción apostólica y los méritos sobrenaturales; gocémonos, sí, en saber que no se perderá ni un ápice de estos nuestros valores. ¿En dónde, cuándo y cómo producirán su debido rendimiento? No es cosa nuestra indagarlo; Jesús lo sabe y basta. Nuestro deber está en acumular méritos, trabajar en nuestra propia santificación, y coope-
rar, unidos a Cristo, a la grandiosa empresa de la salvación del mundo.

Y así diremos, midiendo nuestros actos apostólicos por esta pauta, que hay triunfos ante los hombres que son verdaderos fracasos ante Dios, y que hay fracasos, a la vista de las gentes, que se vierten en triunfos a la vista de Dios. De esta suerte, un orador sagrado, pongamos por caso, derramará desde el púlpito, como lluvia de oro, una hermosa pieza literario-científica. Mas si carece de unción y de espíritu de Cristo, si su predicación no es la “predicación de la palabra de Cristo”,⁷⁰ según nos enseña san Pablo, habrá obtenido el tal orador un triunfo coronado con el aplauso de los hombres, pero habrá cosechado, en cambio, un fracaso en cuanto al fruto salvador que debe producir la predicación. Nuestro triunfo lo hemos de medir por el esfuerzo de nuestra recta voluntad, que sólo busca a Dios, y la cantidad de méritos sobrenaturales que adquirimos con nuestros actos. Tales operarios de Cristo debemos procurar ser siempre.

¡A qué conclusiones más consoladoras nos lleva nuestra trabazón con Cristo! Entre él y nosotros hay unificación de intereses, de acción, de sufrimiento, de amor, de vida. Esta unificación nos está recordando la necesidad imperiosa que tenemos de la vida interior y su influencia decisiva en todos nuestros actos, en toda obra apostólica. Tremenda equivocación la de aquellos que la consideran algo inútil en el campo de la Iglesia, o, no estimándola con su debido aprecio, le ceden el último lugar. Tengamos presente que si estimamos en poco este secreto vivir con Cristo, fácilmente nos exponemos a desunirnos de él, árbol vivificador, y que es imposible que puedan fecundar las ramas que no chupan de la savia que sube de la raíz. Recordemos estas palabras del Maestro: “Yo soy la vid, vosotros los sar-

⁷⁰ Rom 10, 17.

mientos. Al modo como el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está unido con la vid, así también vosotros, si no estáis unidos conmigo".⁷¹ Las grandes obras apostólicas, los arranques heroicos de los que evangelizan, solamente pueden surgir de la vida interior y secreta con Cristo. No nos cansemos de encarecer la necesidad que todos tenemos de este divino vivir, su eficacia inmensa, su poder irresistible. La eficacia de nuestras obras crece proporcionalmente al aumento de nuestra unión vital con Cristo. A mayor unión con él, más participación en nosotros de su vida divina, más copioso fruto, mejor apostolado.

Por eso, la Sagrada Humanidad alcanza en sus actos el mérito más alto, el infinito, porque está unida al Verbo de la forma más íntima que cabe y, debido a esta unión, participa de la vida de él en sumo grado. ¿Quieres saber qué fruto ha dado el divino vivir en la Sagrada Humanidad unida al Verbo? El fruto ha sido... ¡la Redención! Y en la Redención ha producido lo mejor, lo más perfecto: el amor triunfante en una Cruz. El fruto ha sido... ¡un apostolado!, y ¡qué apostolado!...: la salvación del mundo.

Este divino vivir, manifestando su fuerza expansiva en mayor escala cada vez, ha ido desenvolviéndose hasta llegar a producir sus dos postreros y más sazonados frutos: la Eucaristía y la Cruz. De esta vida divina surge entre nosotros un Cristo pobre, humilde, perseguido, fracasado, predicador..., ¡el Jesús sagrario, el Jesucristo dolor, el Cristo apóstol!

Hora es de que estimemos y hagamos estimar sobremanera su inmensa bondad sobre nosotros, ya que con tan estrecha trabazón nos ata a él, a fin de comunicarnos su misma vida, la cual engendra dicha y paz,

⁷¹ Jn 15, 4-5.

gozo y amor, y nos prepara un bello amanecer en el día eterno de nuestra celestial patria.

¡Cristo y nosotros, los dos extremos más grandes, trabados por la cadena de su poder, por hilos de su Sangre bendita, por lazos de su finísimo amor! ¡Insensatos quienes intentan prescindir de él en lo más mínimo de sus actuaciones! Estos tales, o son cobardes ante el cumplimiento del deber que impone la fe, o desconocen su condición cristiana y su obligación primordial, que es proceder siempre y en todas partes según Jesucristo, confesar su nombre, practicar sus doctrinas, defender su Iglesia, vivir su vida. Donde está Cristo, allí debemos estar nosotros; donde estemos nosotros, que allí también esté Cristo. Muchos cambiarían seguramente de proceder, si no echasen en olvido este aviso de san Pablo, que escribe en su primera carta a los cristianos de Corinto: "Vosotros sois de Cristo".⁷² ¿Cómo, pues, desentendernos y desunirnos de él? Imposible nos es de todo punto.

Unamos nuestra vida a la vida de Jesucristo, del cual hemos de ser un fiel trasunto en nuestras palabras y en nuestras obras. No temamos correr la misma suerte que el Maestro. Su condición sea la nuestra, y la nuestra nunca desdiga de la suya. Cristo ante todo, sobre todo y... siempre.

Somos dos ideas inseparables..., dos pensamientos que mutuamente se entrañan..., dos amores que en su encuentro se penetran en celestial unión.

Ya que tan hondamente nos ha enlazado Cristo a su mismo vivir, que nunca nuestro querer se desuna del suyo, ni que nuestro amor fenezca apartado de él.

⁷² 1 Cor 3, 23.

CAPÍTULO VIII

Virtualidad del trabajo como elemento formativo en la vida cristiana

ESTAMOS en la “era” del trabajo, como dice el pontífice Pío XII. Trabajo profesional y apostólico. Aspiramos a forjar un mundo mejor. Tras una sociedad que se debate en crisis de desquiciamiento, va surgiendo otra nueva. En el proceso histórico, unos tiempos, ya caducos, dejan paso a otros nuevos, época ésta que parece marcada con su característico sello. Un ritmo acelerado agudiza la vida social. Por todas partes se oye la consabida frase: estamos viviendo en un mundo nuevo. Lo queremos distinto del pasado, pero mejor. Es decir, un mundo en que gobierne la ley de Jesucristo, en que su espíritu de justicia y de amor, de paz y de fraternidad entre todos, penetre e informe la vida humana. Deseamos un mundo renovado en Cristo, con el distintivo de un nuevo matiz de espiritualidad. Este matiz, ya existente en germen, no se le ha reconocido como tal hasta ahora.

¿Es el trabajo un medio de santificación, de perfección cristiana, de acción en la obra redentora? ¿Tiene un valor sobrenatural como actuación del hombre aso-

ciado a la gran obra de la Redención? Al desentrañar el concepto "trabajo", descubrimos en él un rendimiento de *todo* el hombre asumido por Cristo a la elevación sobrenatural. El hombre, con todas sus partes, ha sido elevado a un fin sobrenatural. Puesto el trabajo, rendimiento de *todo* el hombre, en el plano sobrenatural, queda supervalorado, igual que la mortificación, las penitencias, los actos ascéticos. Es el trabajo escuela de ejercicio de las virtudes; tiene una espiritualidad que lo caracteriza; como en tiempos pasados y en los presentes, selló y sella con este matiz los actos de abnegación, prácticas introductoras a la piedad: meditación, examen, mortificación directa de los sentidos. Todos reconocen que el "papel trabajo" sube cada día, va adquiriendo un más alto relieve en la vida cultural, económica, social, apostólica. En él se cifra hoy un título de nobleza. El trabajador, nuevo aristócrata social. Su personalidad crece; su representación en el mundo es cada día mayor. Pasaron los caballeros de tiempos fenecidos, para ser reemplazados por los aristócratas del trabajo.

Pero mientras su personalidad social se agranda, su individualidad se pierde absorbida por la masa; se siente sojuzgada por un ambiente de corrupción y de injusticia, como parte insignificante de un *todo*, sobre el cual asienta sus reales una mano tiránica, para quien el hombre es sólo "una cosa, un pequeño eslabón del inmenso engranaje de la sociedad, debatiéndose bajo la presión de pasiones desorbitadas por la carencia de fe práctica, en las esferas altas y bajas, y al servicio obligado por la necesidad económica, muchas veces, de hombres sin conciencia moral, sin Dios". Paralelamente, al correr del tiempo, el trabajador empuja con su mayor fuerza laboral. Aumenta el volumen de su representación. En este ritmo acelerado en que ex-

perimenta alza la valoración del trabajo en sí, la ascética le abre sus fronteras para que destaque en nuestra espiritualidad. Con el valor humano y espiritual del trabajo, se amplía el campo ascético. Hasta ahora no se consideró así, es decir, no ha tenido el trabajo su debido lugar en el plano de la santificación. Muy difícil nos será encontrar en los libros espirituales, libros de predicación, de exámenes de conciencia, en tratados doctrinales teológicos y ascético-místicos, ideas claras y concretas que nos lleven a la comprensión del valor humano-espiritual del trabajo y de la manera de santificarnos en su ejercicio. Hay un vacío; falta la característica especial que la evolución de la historia humana ha fijado en nuestra época al trabajo; falta lo característico, lo algo nuevo, determinado. Su brote ya asoma en el Génesis y en san Pablo.

¿En qué consiste este “algo nuevo”? Precisamente consiste en descubrir en el trabajo humano un medio santificador, un hecho religioso, instrumento de glorificación divina, un hecho de cooperación a la obra de Dios, un hecho obligado y preciso para el perfeccionamiento personal del hombre. Es evidente que con el trabajo se desenvuelven las potencias naturales y se prepara y facilita el campo para que se desarrollen las potencias sobrenaturales. En él vemos un primer servicio prestado a la gran comunidad humana, un lazo de comunicación y de unión social, un hecho o ejercicio primario que dignifica, ennoblece y santifica al hombre. A medida que se acentúa esta “era” del trabajo, se va descubriendo en su sentido de tal, una situación favorable muy digna de aprecio, santificadora. Ésta es su espiritualidad y éste es su valor, asociado a los valores infinitos de Cristo. Por ventura, ¿no lo fue así en el Maestro Divino, Dios humanado, obrero en Nazaret? Pero no por eso se excluye la necesidad de la

oración, de la mortificación, del propio vencimiento, de las prácticas piadosas, de la vida interior. La necesidad de estos actos lo fue de siempre y lo seguirá siendo hasta el fin. El hombre, aun levantado después de su caída, necesita estos medios de enlace en su trato con Dios.

Reconocida esta espiritualidad cristiana del trabajo, resta enseñar a los hombres el santificarse en este ejercicio laboral, penoso, empapado de sudores, cargado de fatigas, monótono y pesado fardo, sacrificio y oblación, exigencia de la ley natural y la obligación de satisfacción y penitencia del hombre caído,⁷³ astilla santificadora de la cruz de Cristo. Hay que hacerle saber que “el trabajo es para los cristianos un servicio de Dios”,⁷⁴ “uno de los medios más importantes de santificación, uno de los modos más eficaces para identificarnos con la voluntad divina”,⁷⁵ que puede ser “un ejercicio poderoso y continuo de todas las virtudes”,⁷⁶ y que en él se puede dar, y de hecho se da, una “íntima unión de intensa y profunda vida interior y exterior”.⁷⁷

Junto al trabajo pueden, pues, florecer, y por dicha nuestra florecen y crecen, las más hermosas virtudes cristianas, hasta en grado sublime y heroico. Se dan la mano el trabajo y la virtud, se ayudan, favorecen, preparándose mutuamente el campo. En el vetusto y grueso tronco de un árbol, hay brotes que se alimen-

⁷³ Cf Pío XII, *Constitución Apostólica 'Sponsa Christi'* (21-XI-1950). AAS 43 (1951) 5-21.

⁷⁴ Pío XII, *Discurso a los empleados de la Banca Italiana* (25-IV-1950). OR (27-IV-1950).

⁷⁵ *Ibidem*.

⁷⁶ Pío XII, *Constitución Apostólica 'Sponsa Christi'* (21-XI-1950). AAS 43 (1951) 5-21.

⁷⁷ *Ibidem*.

tan de su savia. Emergen de allí, y allí quedan fijos. En el viejo tronco del trabajo, tan antiguo como el hombre, brotan virtudes cristianas, se desarrollan y lo hermosean. Seméjase el trabajo a un campo en el que la mano del hombre puede cultivar el fomento de la fe, de la caridad, de la confianza, de la entereza, de la humildad, de la paciencia y entrega a Dios, pasando por la escala de la espiritualidad, hasta culminar en una perfecta castidad limpiamente conservada que, espiritualizando el cuerpo, espiritualiza también el trabajo, hasta culminar en un encendido amor a Dios. Se hermana con el trabajo la solicitud y práctica de la fe vivida, de la esperanza que abre horizontes y de una caridad eficiente y concreta.

¡En cuántos se abraza el trabajo con la oración y la alegre mortificación! Se ora trabajando y se trabaja orando. Y no por eso decrece el empuje de la vida interior. En Cristo, unidos estuvieron la oración y el trabajo. ¡Hermoso instrumento santificador! Es llegada la hora de reconocerle y darle la preeminencia que merece, destacar su valor humano y santificador, para su estima entre los hombres, y deshacer no pocas equivocaciones entre los mismos cristianos y no cristianos, entre gente espiritual y piadosa que, al margen del ritmo de nuestra era actual, no quieren caer en la cuenta de que la piedad, la vida espiritual, no sufre detrimento por culpa de un ordenado trabajo, de una vida activa, sino por deficiencia de vida interior basada en un estado de intimidad y de amor a Dios.

Y aquí entra nuestra labor formativa y apostólica: introducir a Cristo en la vida laboral, impregnándola de su espíritu, y proponiendo y enseñando a los hombres un camino ordinario y seguro de santificación. Enseñarles a rezar, leer, orar, sufrir con resignación y hasta con gozo; enseñarles a querer a Jesucristo, divi-

no Obrero, a querer al prójimo, de quien son hermanos y con quien están solidarizados; enseñarles a ser buenos, a hacerse santos... ¡trabajando!

Acaso se nos ataque porque, uncidos al yugo del trabajo, humillamos nuestro corazón de cara a Dios, y penitenciamos nuestro cuerpo con las recias disciplinas de fatiga y penalidades. Quizás se nos acuse de que abdicamos de nuestra personalidad al aceptar el respeto a la autoridad, la justa sumisión al superior, el sacrificio de la voluntad, la renuncia de nosotros mismos en aras del cumplimiento del deber. Nada más equivocado. Como no podemos desprendernos de la propia conciencia, tampoco podemos aniquilar nuestra propia personalidad. Aun en medio del trabajo más oscuro y humillante, rendidos nuestro juicio y voluntad a una total obediencia, subsiste toda nuestra personalidad, con ese algo que no podemos perder. Para ello habríamos de perder los talentos recibidos de la mano de Dios: facultades, carácter, temperamento, todo ese conjunto de nuestro yo; se nos habría de despojar de la libre voluntad, y esto es imposible.

No podemos desprendernos de la propia personalidad, de ese libre: poder-hacer. ¿Que la vida espiritual, con sus exigencias de mortificación, negación del amor propio, del rendimiento de juicio, destruye de por sí la personalidad del individuo? ¿Es que juntamente con esta ascesis –vía de cruz– no hay un vuelo de la voluntad libre que, dominando las fuerzas personales, le imprima una dirección hacia afuera del ego-centrismo y nos haga entregar la propia personalidad? ¿No está la energía espiritual del amor? En el amor a Dios, la personalidad no se aniquila, se supera. Por el amor a Dios el hombre se transforma, se deifica, porque si es verdad que el amante entrega su yo al amado, la personalidad del hombre, amando, se une con la de

Dios. Es el gran yo de su unión con Dios. El egoísmo humano es superado por este amor. Y en la vida cristiana, cuyo centro vital es el amor, a pesar de toda su dura y mortificante ascesis, la personalidad humana se agranda, se potencializa precisamente cuando se rinde, se entrega, libre y sin condiciones, sólo por la pura fuerza del amor a Dios.

El trabajo con amor a Cristo nos dignifica, nos eleva, nos une a Dios, engrandeciendo nuestra humana personalidad. Podemos, además, reconocer en el trabajo humano su valor santificador, en cuanto que desarrolla las fuerzas de nuestra naturaleza elevadas al orden sobrenatural por la filiación adoptiva, para prestar su servicio a la gracia, y también en cuanto las penitencia y doma con ascética abnegación. Entre las fuerzas naturales elevadas al fin sobrenatural y la gracia, existe un equilibrio armónico. Lo sobrenatural, de la gracia elevando, y lo natural condicionando, mirada la ley ordinaria de la economía divina, a la acción de la gracia. Ésta, pues, supone la existencia de determinadas condiciones naturales, sin las cuales no es eficaz. Y si la gracia no destruye la naturaleza, antes la perfecciona, es evidente que cuanto más perfectas sean las facultades naturales, mayores horizontes se abren en la realización de la vida espiritual.

La perfección de nuestras facultades naturales se logra en el recto desenvolvimiento y desarrollo de éstas, de su cultivo y adiestramiento, en su crecimiento potencial. Así, más se capacita el hombre para la vida espiritual, para el trabajo apostólico, para el ejercicio del amor a Dios. ¿Y no es el trabajo, en sus distintas maneras, escuela donde se desarrollan nuestras fuerzas, donde se cultivan nuestras facultades, donde *todo* el hombre encuentra un medio de natural perfeccionamiento? El avance en la vida cristiana será más

fácil, los grados de espiritual perfección se conseguirán mejor, salvo intervención extraordinaria de la gracia, don libérrimo de Dios, cuanto más perfectas sean las cualidades naturales de aquel que endereza su vivir hacia Dios. Para algo ha otorgado el Señor a cada hombre sus talentos naturales, a los que la gracia se condiciona y de los que la gracia se vale para ser eficaz.

Por otra parte, hay que admitir que nuestra vida activa de externa laboriosidad, ya profesional, ya de índole apostólica, fatiga el cuerpo, cansa nuestras fuerzas, doma inclinaciones personales, sirve de penitencia para el hombre. La abnegación acompaña al trabajo humano. Roto el equilibrio armónico entre las cualidades naturales, introducido en ellas el desorden –heridas de raíz–, permanece el desequilibrio de las fuerzas naturales, la lucha entre el espíritu y las pasiones con su tendencia desordena, al cual desorden han de hacer frente la abnegación y vencimiento ascético, movidos, auxiliados y confortados por la gracia. “Todo lo puedo con aquel que es mi fortaleza”, con la gracia de Cristo. ¿Es contraria la abnegación al desarrollo y cultivo de las cualidades naturales? No; mejor se dirá que la abnegación ayuda a este cultivo, poniendo armonía entre nuestras facultades y de éstas con relación a Dios, al subordinarlas al fin sobrenatural. La gracia, elevando, y la cruz de la abnegación, mortificando, harán que nuestra vida activa, con el desarrollo y cultivo de nuestras facultades, de nuestras energías, de todo el hombre, ensanche nuestra capacidad para servir a Dios, para ejercitarse en la vida espiritual.

He aquí la condición santificadora de una actividad externa.

¿Y por qué no dar a esta actividad externa que nos pone en contacto con el mundo y nos introduce en él,

una característica apostólica? El cristiano es partícipe de la misión de Cristo que, hecho hombre, tomó todo lo humano. La misión de Cristo es la salvación y santificación del hombre. Existen en todos los hombres una unidad de fin sobrenatural, una unidad en la gracia de Cristo. Y cada miembro participa de esta misión salvífica. Ya no es, pues, sólo al sacerdote a quien incumbe por su especial ministerio el trabajo apostólico, sino también a los laicos, a quienes obliga esta labor. Su actitud cristiana, en medio y en oposición de un mundo desviado de Dios, puede ser la levadura del Evangelio. Su trabajo profesional, su vida con la gran amplitud de la actividad actual, les pondrán en comunicación externa del prójimo y, haciéndose cargo de las necesidades, situación y preocupaciones de éste, podrán auxiliarle con desinterés y caridad, vertiendo en su corazón el pequeño grano de mostaza que pueda convertirle, un día, en un hombre de recia fe y de gran amor a Cristo.

Deslizada la vida de los cristianos por la línea bien trazada por la Iglesia referente al trabajo, y de una actividad laboral y cristiana, podrá ser instrumento de superación de la actual crisis espiritual y medio que contribuya a ganar muchas almas para Jesucristo.

II. ACCIÓN DE APOSTOLADO

CAPÍTULO I

La vida interior, instrumento indispensable para formar sólida piedad y espíritu de apostolado

LA rama viva, en razón de su vitalidad, es inseparable del tronco, cuya savia la vivifica. Entre ambos existe una comunicación vital necesaria. Esta comunicación de vitalidad sobrenatural entre Jesucristo y nosotros, que se inicia por la infusión de la gracia, se conserva, crece y halla su consumación, particularmente, por el amor, máxima fuerza unitiva entre Dios y el hombre, de suerte que la vida divina se comunica proporcionalmente al grado de unión verificada, o la unión se verifica en proporción al grado de la vida divina comunicada. Su manantial perenne brota de la vida increada, secretísima, interior, de Dios, vida de intelección y de amor. El canal por el que esta vida llega al hombre es el Verbo Divino Humanado: Jesucristo. Asumida por el Verbo toda la naturaleza humana, el hombre queda entroncado en Jesucristo. Su savia de vida sobrenatural corre por nosotros como corre o circula por las ramas la savia que sube del tronco. Fácil es comprender lo que es la vida interior sobrenatural en el hombre: vida de unión con Cristo. De esta vida de unión

nos habla san Pablo cuando exhorta a los Romanos con estas palabras: "Revestíos de nuestro Señor Jesucristo";⁷⁸ cuando afirma a los Gálatas: "Cuanto fuisteis bautizados en Cristo, de Cristo os revestisteis".⁷⁹ Se vale aquí el Apóstol de una metáfora. Nos expresa un hábito espiritual, una configuración que penetra y transforma al hombre, transfigurándole moral y espiritualmente en Jesucristo. Con él queda unido, compenetrado, lo cual confirma en su carta a los Colosenses: "Os despojasteis del hombre viejo con sus obras y os revestisteis del nuevo, que se va renovando..., según la imagen del que lo creó..., donde todas las cosas y en todos, Cristo. Es decir, *todo* Cristo, y en todos, Cristo".⁸⁰

Al conocimiento de esta unión tan bellamente así expresada, nos llevan estas palabras escritas a los Gálatas: "Vivo, mas ya no yo, sino que Cristo es quien vive en mí ...".⁸¹ Mi vida ha quedado absorbida por la vida de Cristo, mi personalidad por la persona de Cristo... Ahora, en Pablo, en vez de Pablo, buscad a Jesucristo. Sublime compenetración de dos vidas, como de dos personas en una. Estado éste de unión que declara del siguiente modo: "Todos vosotros sois uno solo en Cristo Jesús",⁸² porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, así es también Cristo.⁸³ Si él es la cabeza de este vivo organismo, Cuerpo Místico, y a la vez, bajo otro aspecto, él es todos los miembros, claramente aparece la íntima comunicación vital entre

⁷⁸ Rom 13, 14.

⁷⁹ Gal 3, 27.

⁸⁰ Col 3, 9-12.

⁸¹ Gal 2, 20.

⁸² Gal 3, 28.

⁸³ 1 Cor 12, 12.

Cristo y nosotros. Llámale el Apóstol, “árbol en el cual estamos injertados”,⁸⁴ “raíz a la que quedamos adheridos, base sobre la que fuimos edificados”.⁸⁵ Un árbol, una raíz, un edificio: es decir, una sola vida, una misma trabazón, una sola construcción. Pero el lazo de esta unión, la raíz y principio de su desarrollo y actividad, es el amor. Así lo afirma a los Efesios, a quienes dice: “Tratando y obrando en virtud del amor, crezcamos en todos sentidos en aquel que es la cabeza, Cristo”.⁸⁶ “Y si uno está en Cristo, es una nueva creación.”⁸⁷ La energía de esta nueva creación, es según testimonio del Apóstol, “la fe que obra por la caridad”,⁸⁸ el amor que posee, la fuerza maravillosa de su actividad total. Y con este mismo lenguaje habla de Dios, en cuanto Dios, a los Corintios, de esta manera: “Para que sea Dios todo en todos”.⁸⁹

Esta vida divina, fundamentalmente consiste en la gracia santificante, “participación real de la naturaleza divina”.⁹⁰ A la par que se desarrolla esta gracia, se activan las virtudes y nos mostramos dóciles a las inspiraciones divinas; hacemos más nuestros los sentimientos de Jesucristo; crece nuestra unión; se acentúa más nuestra semejanza con el divino modelo; obramos como hombres penetrados de Cristo, cual verdaderos cristianos.

La vida interior es un estado básico del alma, fruto de una actividad y de una pasividad. Activamente, vamos en busca de Dios, nos esforzamos por unirnos a

⁸⁴ Rom 6, 5.

⁸⁵ Col 2, 7.

⁸⁶ Cf Ef 4, 15-16.

⁸⁷ 2 Cor 5, 17.

⁸⁸ Gal 5, 6.

⁸⁹ 1 Cor 15, 28.

⁹⁰ 2 Pe 1, 4.

él, poniendo en juego nuestras facultades intelectuales y volitivas. Por esto precisa nuestra cooperación. Su mayor o menor intensidad dependerá de nuestro estado de docilidad a las inspiraciones de Dios y del aprovechamiento de sus gracias. Se desarrolla bajo el dominio divino, bajo el influjo del amor de Dios, que cautiva el alma. Quien posee la vida interior, afirma san Pablo, tiene “el sentido de Cristo”,⁹¹ es decir, lo conoce, lo comprende, lo tiene asimilado, lo ha hecho suyo. La vida interior corre por dos líneas paralelas que rematan en una misma meta: la unión con Dios. Estas son: el amor y el espíritu de mortificación, abnegación y sacrificio. Quien la posee vive su unión con Cristo y busca y anhela la unión de las almas con él. Su amor no se satisface con amar, quiere que los demás también le amen. De aquí surge el espíritu de apostolado, la acción defensora y propagadora de Cristo. Hambre de Dios es hambre de apostolado. Qué claramente lo dijo el pontífice Pío XI de esta forma: “El apostolado..., no proviene de una tendencia puramente natural a la acción, sino que es fruto de una sólida formación interior..., la expansión necesaria de un amor intensivo a Jesucristo y a las almas redimidas con su sangre..., que le lleva a imitar su vida de oración, de sacrificio y de celo inextinguible”.⁹²

Y nadie diga que la vida interior anula al hombre, corta el vuelo de sus facultades, le hace insociable, le quita la fuerza de adaptación para armonizar su vida “al día”, pero sin ser “del día”, esto es, sin participar del espíritu perverso, sin contagiarse de un exagerado

⁹¹ Cf 1 Cor 2, 16.

⁹² Cf Pío XII, *Encíclica 'Firmissimam Constantiam'* (28-III-1937), Colección Encíclicas y Cartas Pontificias, 89.

y desviado naturalismo que presume, sonriente y despectivo, de tener el secreto para poder solucionar los múltiples y agudos problemas que agitan la conciencia y perturban a la sociedad, y no solucionan... ninguno; sin dar el abrazo a una podredumbre moral cuyo reclamo excitante arrastra hasta a los llamados buenos. Quien tal afirmase demostraría no tener idea cabal de lo que es la vida interior. ¿Acaso, nuestra acción comunicativa con Cristo, en cuanto depende de nosotros, no la realizamos mediante el esfuerzo de nuestro pensamiento y de nuestra voluntad? ¿Y cuándo nuestro pensamiento es más sublime sino cuando alcanza su fijeza en Cristo, suprema verdad? ¿Ni cuándo nuestra voluntad es más perfecta en su ejercicio sino cuando, en busca de su objeto propio, se llena de amor a Dios, supremo bien? Si la voluntad, amando, se trueca por este fuego, en ascua encendida de amor a Cristo, ¿puede llegar a más en esta vida terrena?

El mayor alto vuelo del entendimiento y de la voluntad se da en la vida interior sobrenatural, donde el alma salta las fronteras de lo natural y penetra en la región de lo humanamente inexplicable. En la vida interior todo el hombre se ejercita, se vivifica, se perfecciona. Para esto están las virtudes teológicas y morales, cuya práctica cae dentro de la vida interior; para eso interviene la abnegación, mortificación y sacrificio, que frenan, adiestran y purifican nuestro cuerpo y sentidos. Es todo el hombre reformado y conformado con Cristo. Podemos, pues, definirla diciendo que es la reacción activa del hombre, que dirige todo su ser y en todas las cosas, según y por el mismo vivir de Cristo, el cual le alimenta y le transforma, conforme a estas palabras de san Pablo: "Cristo lo es todo".⁹³

⁹³ Cf Col 3, 11.

Tampoco se piense que la vida interior es un menoscabo del deseo y de la adquisición de la ciencia, pues si en la exhortación apostólica "Mens nostra" dice el pontífice Pío XI, al tratar de la formación de los futuros sacerdotes, que "vivan vida interior alimentada de espíritu sobrenatural..., hagan todas sus cosas iluminados por la fe divina y unidos a Cristo..., que no pueden prescindir de este género de vida los que han de ser elevados al sacerdocio", en la misma exhortación afirma que los "futuros sacerdotes sean, por lo menos, no inferiores, en cuanto se refiere a la cultura científica y literaria, a los jóvenes seculares que estudian análogas asignaturas"; que adquieran el conocimiento de los problemas sociales que tan hondamente agitan a la gran masa humana, pero que den gran prestancia al estudio de las ciencias sagradas y de la filosofía. Precisamente, en la obra de estudiar los problemas del hombre y de la naturaleza en las nuevas dimensiones que el futuro exija..., "los cristianos no pueden abandonar la investigación y la reflexión, cuando las desordenadas aplicaciones de la ciencia y el prestigio del relativismo filosófico hacen vacilar, en espíritus frágiles e inquietos, los principios fundamentales y los valores más esenciales".⁹⁴

La Iglesia desea sacerdotes cultos, hombres de ciencia, para llevar a cabo dignamente, dirigiendo con claridad de principios, "una gran parte de su misión que consiste en enseñar y educar".⁹⁵ Y si "la difusión del Evangelio exige sacerdotes cultos y santos",⁹⁶

⁹⁴ Pío XII, *Carta autógrafa al XXXI Congreso Mundial de Pax Romana* (6-VIII-1950). AAS 42 (1950) 635-637.

⁹⁵ Pío XII, *Discurso al II Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media* (4-IX-1949). OR (7-IX-1949).

⁹⁶ Pío XII, *Radiomensaje al IV Congreso Eucarístico, del Perú* (15-V-1949). AAS 41 (1949) 294-296.

“nunca será bastante recomendado... que los sacerdotes ... quieran hacerse aptos de verdad ... mediante el estudio”.⁹⁷ Y refiriéndose a seglares, así se expresa nuestro Pontífice: “¿Qué ideal de hombres habréis de preparar para el porvenir? Hombres cristianos del ‘día’, de su tiempo, conocedores y cultivadores de los progresos alcanzados por la ciencia y la técnica, ciudadanos no extraños a la vida que se desenvuelve hoy en la tierra..., que intervengan en todos los órdenes de la vida pública y privada”.⁹⁸ El mismo ejercicio del apostolado actual, ¿no clama por una más cumplida formación científica y cultural-religiosa para hacerlo más eficiente y fructuoso en clérigos y laicos? Pero si exige sacerdotes, cristianos cultos, reclama más, sacerdotes, cristianos, santos.

La vida interior torna a adquirir gran relieve en nuestros días, y se rige por las leyes fundamentales de toda actividad espiritual: crecer, orar, perseverar, obrar. Por muchos es ignorada, mientras que para otros resulta un enigma difícil de descifrar. No comprenden o no quieren comprender su significado y gran alcance. ¿Qué concepto se han formado muchos cristianos, incluso sacerdotes, de la vida interior? Porque no se conoce, no se estima. Y se arguyen a sí mismos de no conocer la naturaleza de la vida interior aquellos que la separan de una sólida piedad, de una piedad fervorosa, la cual no puede subsistir sin aquélla; los que la hacen incompatible con el apostolado de nuestros días; los que la consideran enemiga de la vida

⁹⁷ SECRETARÍA DE ESTADO, *Carta a mons. J. Urbani, Semana del Clero de Acción Católica* (24-VII-1949). OR (24-VII-1949).

⁹⁸ Pío XII, *Discurso al II Congreso Nacional de la Unión Católica Italiana de Profesores de Enseñanza Media* (4-IX-1949). OR (7-IX-1949).

activa; los que tienen por tiempo perdido el que se pasa junto al sagrario o en la oración, repitiendo que lo que hace falta es acción, que ya pasaron aquellos tiempos envejecidos de recogido control ante el crucifijo o en la penumbra de la capilla del sagrario, pareciendo a estos tales severa cárcel el meterse en las intimidades de su conciencia y allí ver con sinceridad acaso ciertas tragedias todavía inéditas y que el tiempo se encargará de publicar. ¡Cuán equivocados están!

Quieran o no, la vida interior vuelve al plano de la actualidad, pero vuelve reclamada ante tantos fracasos en la vida espiritual y en el activísimo apostolado de hoy; retorna reclamada para formar según Cristo a los futuros sacerdotes, en nuestros seminarios; para formar en las parroquias almas de sólida piedad, y modelar en Cristo a cuantos estén alistados en las filas militantes del apostolado; la reclaman los sacerdotes que, sintiendo celo por los intereses de Cristo y la gloria de Dios, y deseando santificarse, temen, y con razón, a un gran fracaso en su santificación y en su apostolado. Es que comenzamos a darnos viva cuenta de que sin vida interior, seglares, religiosos y sacerdotes, no vamos a ninguna parte con éxito verdadero, ante Dios, de nuestro apostolado. Un apostolado sin vida interior es un apostolado sin alma; herejía de la acción. Va camino de su fracaso, de su ruina moral o de una sobrenatural ineficacia, una acción sin oración, un celo sin control interior, una actividad prolongada en ramificaciones tan múltiples y complejas, faltando un rato para aquietar el espíritu en la presencia de Dios.

¿Por ventura, en el gran apóstol san Pablo, como en todos los grandes adalides del apostolado, la idea de Dios, la santa obsesión de su gloria, el empuje de su amor, no crearon en todos ellos la fijación de un pensamiento y de un ansia: la salvación de las almas?

Hoy, a veces, no es acción, es agitación, nerviosismo, ajeteo, un movimiento andante, que acaba retornando a su punto de partida con el fracaso en las manos. Bien comparado está a un automóvil sin frenos o con la dirección rota; va a parar en un desastre moral, dados los muchos y no despreciables peligros que acompañan hoy al apostolado. Nos lamentamos de la enfermedad que aqueja a nuestra sociedad: anemia espiritual. La causa es fácil de encontrar y no tan difícil de remediar: la carencia de vida interior, de unión con Cristo. Se impone, por tanto, la estrecha colaboración de la vida activa y de la oración. Dice Pío XII: "La actividad intensa y el cuidado de la vida interior no sólo piden una conexión mutua, sino que deben andar a la par.

A las obras ardientemente ejecutadas debe corresponder ardorosa fe, oración, deseos de entregarse a sí y sus cosas, a Dios, brillo de inmaculada conciencia, caridad activa..., hacia Dios y los prójimos".⁹⁹ Pide la Iglesia que "nuestras obras externas se correspondan con nuestra vida interior, equilibrándose con ella". "La vida interior sobrenatural, madre de las virtudes cristianas, vida que no conoce ocaso..., ¹⁰⁰ que forma el verdadero y perfecto católico..., que permanece unido con Cristo con el lazo personal, íntimo, de la gracia y de la caridad", ¹⁰¹ es consigna que lanza el papa Pío XII. El "materialismo sólo puede ser vencido por una fuerza superior a él; es la fuerza espiritual de una fe viva, la energía de una convicción, con toda su pleni-

⁹⁹ Cf Pío XII, *Carta Encíclica exhortando una cruzada de oraciones por la paz* (6-XII-1950). AAS 42 (1950) 797-800.

¹⁰⁰ Pío XII, *Carta a los Generales de las Órdenes Franciscanas* (5-XII-1947). AAS 40 (1948) 104-106.

¹⁰¹ Pío XII, *Radiomensaje al Congreso de Lucerna de la Unión Popular Católica Suiza* (4-IX-1949). AAS 41 (1949) 454-458.

tud de vida divina...; y el único hombre que la posee es el hombre de vida interior..., que piensa en cristiano..., que ora..., que está lleno de Dios".¹⁰²

Por eso, más celosamente debemos cuidar nuestra vida interior cuanto más nos urge la necesidad de nuestro múltiple trabajo apostólico. Y sin una vida de sólida piedad no se desarrolla la vida interior. "Es la piedad fuerza irresistible de toda especie de apostolado cristiano. Quien pretendiese, pues, sacrificándola a la actividad exterior, reducir su culto, o tenerla en menos consideración, mostraría escasa o ninguna inteligencia de la esencia del cristianismo, de su núcleo sustancial, que es la unión del alma con Dios en el amor activo y obediente".¹⁰³ La piedad es cuna donde se fomenta, se desarrolla, crece, la vida interior. ¡Cuánto nos urge formar almas de piedad, con fuerza de convicción y de amor a Dios! Así tendremos cristianos de vida interior alejados, por tanto, de esos peligros de la vida activa, que Pío XII nos indica al hablar de la herejía de la acción, concediendo la precedencia absoluta a la vida interior, con la persuasión de que "este vivir de Cristo y con Cristo vale inmensamente más que todos los arbitrios humanos".¹⁰⁴

¿Por qué, a pesar de que los sacramentos por su propia virtud confieren la gracia, se cosecha una especie de esterilidad, de escaso o muy poco aprovechamiento en la confesión y comunión frecuentes? ¿Dónde radica el mal? En la falta de vida interior; fe,

¹⁰² Pío XII, *Radiomensaje al Congreso de Lucerna de la Unión Popular Católica Suiza* (14-IX-1949). AAS 41 (1949) 454-458.

¹⁰³ Pío XII, *Discurso a los Cooperadores Salesianos* (12-IX-1952). AAS 44 (1952) 775-779.

¹⁰⁴ Cf Pío XII, *Carta al Prepósito General de la Compañía de Jesús* (19-IX-1948). AAS 40 (1948) 500-503.

mirada fija en Cristo, actualización de su presencia en nosotros, amor concentrado en un pensamiento y un deseo: Dios; en un ideal de absoluta ejemplaridad: Cristo. Él es nuestro fin porque es nuestra consumación. Hacia esta consumación nos dirigimos en este destierro, por la vía de un amor activo, intenso, total, que se vive escondido en Cristo Jesús. La vida interior, trato secreto con Dios, engendra amor, y éste, en su crecimiento, crea un aumento de vida interior. Si, pues, engendra amor y le da crecimiento, engendra santidad y contribuye a su desarrollo y progreso. Y así, dice san Agustín: "comienzo de caridad o amor, comienzo de santidad; progreso de caridad, progreso de santidad; plenitud de caridad, eminente santidad. Mas el alma que nada tiene de amor, esa no es nada".¹⁰⁵

Encontraremos muchos cristianos carentes de esa vida interior, pero ningún santo, dentro de su gran multiformidad, que no posea esta vida secreta, en la cual las facultades y fuerzas del hombre convergen todas, impulsadas y dominadas por la fe y el amor, hacia uno y único objetivo: su unión y consumación en Cristo. Este amor, ascua encendida en el corazón del hombre, no sólo es afectivo, sino efectivo; de la afectividad pasa a la actividad, a una acción fecundante. Su testimonio son las obras hechas a la medida de la voluntad y de las santas exigencias de Jesucristo. Se explica que un corazón de este modo fogueado, como el del Apóstol, "sienta preocupación por todas las Iglesias",¹⁰⁶ le aguijonee el ansia de salvar a sus hermanos, aun a costa de ser anatema, le espolee la necesidad de colaborar con Cristo en la salvación del mundo.

¹⁰⁵ Cf. S. AGUSTÍN, *De Natura et Gratia*, 70. BAC VI, Madrid (1949).

¹⁰⁶ Cf. 2 Cor 5, 14.

Donde hay vida interior, hay amor a Jesucristo; donde hay amor a él, hay acción de apostolado. Es frecuente el caso de encontrarnos con cristianos piadosos cuya vida espiritual está paralizada y estancada. Su crecimiento se halla detenido. Faltándoles el “viriliter agite”¹⁰⁷ de san Pablo, con un raquitismo que arguye pobreza de espíritu, “serán, discurrirán y obrarán como niños”,¹⁰⁸ a quienes no se “puede dar sino leche, mas no alimentos sólidos. Quien se cría con leche no es capaz del lenguaje de perfecta y consumada justicia... Mientras que el manjar sólido es de varones perfectos”.¹⁰⁹ Estos tales, con toda su piedad rutinaria y cubierta con ropaje de frías y académicas exterioridades, no arribarán “al estado de un varón perfecto, a la medida de la plenitud de la edad de Cristo”.¹¹⁰ ¿Volverán a avanzar? ¿Crecerán en la imitación y unión con Cristo? ¿Darán paso adelante en un amor desinteresado y generoso, fecundo y activo para Dios? A lo sumo, si no dejan su rutina, si no rompen el bloqueo de una apatía, de apegos mundanos y de intereses terrenos a los que dan preeminencia sobre los espirituales, difícilmente se mantendrán en su ya alcanzado grado de vida espiritual, como barquilla que no navega y, en medio de olas contrarias que fuertemente la empujan, amenaza hundirse. Son discos de repetición: los mismos defectos, las mismas caídas, los mismos descuidos, tibieza, frivolidad, peligros, mediocridad. Y las mediocridades sólo pueden dar mediocridades. A su vivir natural falta el perfume, el aroma de lo sobrenatural. Con una buena dosis de vida interior hallaría-

¹⁰⁷ Cf 1 Cor 16, 13.

¹⁰⁸ Cf 2 Cor 13, 11.

¹⁰⁹ Cf Heb 5, 12-14.

¹¹⁰ Cf Ef 4, 13.

mos el remedio para que todos estos cristianos se empujaran con bríos hacia Dios.

El apóstol es un instrumento de que Cristo se quiere valer para la extensión de su Reino. El instrumento sólo obra bajo la influencia y el impulso del que lo maneja. De suyo es impotente. ¿Qué podremos hacer que valga, sin el influjo de Jesucristo, sin contar con él para nada, o prescindiendo de él prácticamente? Le necesitamos absolutamente para que sea eficaz nuestro apostolado. No todos los apostolados adquieren la misma valoración. Esto depende del instrumento, que somos nosotros. Unos son de más fecundidad que otros. Muchos, casi estériles. Jesucristo, obrero, nos maneja como instrumentos suyos. En el orden sobrenatural nuestros frutos serán mayores cuanto más unidos estemos con él. He aquí la vida interior habilitándonos para un apostolado de fecundidad divina, según testimonio de Jesús: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; quien está unido conmigo y yo con él, ése da mucho fruto”.¹¹¹ Unidad de savia vitalizante entre la vid y sus ramas; unidad de acción en la fecundidad del fruto; unión de vida entre Cristo, obrero de la Redención humana, y nosotros, sus instrumentos apostólicos; la savia de su gracia, de su poder y de su amor, comunicándose a nosotros, sus ramas. Y si una misma savia, un mismo fruto. ¡Lástima grande que esta vida interior no sea suficientemente conocida ni estimada! Virtud, santidad, acción, son floraciones de este vivir con Dios y de Dios.

Nuestra sociedad, o perece abrasada por el fuego destructor del mal, o se salva purificada por el fuego sobrenatural del amor a Jesucristo; o se consume por

¹¹¹ Jn 15, 5.

la fuerza devastadora de la corrupción moral, o revive por la fuerza constructiva y salvadora de un espíritu sobrenatural; o se descompone por la acción desintegrante de un individualismo sensual y egoísta, o se une y afianza con el empuje de la divina caridad de Jesucristo. Y su verdad y amor los hemos de difundir en las distintas capas sociales, no sólo con palabras, aun muy llenas de ciencia, sino con la potente irradiación de nuestras obras, pues si la acertada palabra vale, todo su valor, por alto que sea, queda reducido a flotar en el aire, como tañido de campana, cuando le falta el complemento de las obras buenas. Y sólo el hombre de vida interior habla de Dios y ejecuta lo mandado y aconsejado por Jesucristo; piensa, medita, planea y ejecuta; siente los intereses de Dios, y los defiende como suyos; otea, contempla los caminos de la grandeza moral y, en marcha de atleta y en vuelo de águila, se lanza por las rutas del sacrificio y desprendimiento hasta el heroísmo. Es Cristo quien le sostiene, orienta y empuja... ¡Es Cristo todo su vivir!

La vida interior, que tiene su fundamento en el estado de gracia, estrecha y aprieta nuestra unión con Jesucristo. ¿Y no es cierto que a más unión, más participación de la savia divina, y que a más savia, mayor capacidad de producir fruto? Aquí está el secreto de nuestra victoria. No intentemos lanzarnos al apostolado, ni lanzar a esta acción de fines sobrenaturales, sin tener o sin que tengan la debida preparación interior de espíritu: vida con Cristo, vida interior, vida de amor que presione, que en frase de san Pablo, “nos urge”.¹¹² La santidad se impone para los que quieran ser instru-

¹¹² Cf 2 Cor 5, 14.

mentos valiosos, eficaces, efectivos, en la gran obra de Cristo, señaladamente a los sacerdotes, en quienes ha depositado su confianza, y a quienes ama como a la niña de sus ojos, y cuyo ministerio les ha sido otorgado para trabajar como instrumentos especialmente escogidos por él en el plan divino de la Redención.

Contra la corriente avasalladora de inmoralidad e injusticia, es a las claras insuficiente nuestra ciencia; opongamos, pues, con nuestra ciencia, el indiscutible y gran poder de la santidad. Desaparezca, como un borrón en medio de tanto mal, la mediocridad sacerdotal. Y esto es factible para todos. Porque para aquellos a los cuales Dios dotó de escasos talentos, les queda un medio asequible de la mayor prestancia: santidad de vida; mas aquellos a los que distinguió con su dádiva de preclaras facultades intelectuales, no olviden que para ellos no debe existir mediocridad, ni en la ciencia ni en la virtud. Para ellos puede y debe existir esta doble prestancia: la de la ciencia y la de la santidad. Y tengamos por cierto que si el mundo se ha de salvar de su ruina moral, no lo dudemos, se salvará por las almas santas. Y en tanto aprecio tiene esta vida la Iglesia, que ella, que no se desmiente a sí misma, reserva la suprema exaltación en la tierra... ¡para la santidad!

Ciencia y santidad unidas tienen una necesaria floración o expansión: el apostolado. El sabio puede ser un apóstol. El santo es siempre y en todas partes un vigoroso apóstol de Cristo.

Estímese, pues, pequeño todo esfuerzo que se ponga para que se formen cristianos de este temple espiritual, para que los futuros sacerdotes salgan del seminario hechos, en cierto modo, maestros experimentados de esta vida natural-sobrenaturalizada. Y el mayor libro para aprenderla..., ¡es vivirla!

Al igual que la planta recibe la luz y el calor de los rayos del sol, sin dejar de ser planta ni perder sus propias características..., así, los hombres de vida interior, con sus propios perfiles personales, bajo la luz y el calor de la mirada de Cristo.

CAPÍTULO II

Acción de apostolado

SE ha escrito, se escribe y se habla mucho de acción apostólica. Acerca de esta materia se podría formar una rica biblioteca. Ello indica el gran interés que ha suscitado la voz de la Iglesia reclamando la colaboración de todos sus hijos en la magna obra de la salvación de las almas, de la renovación cristiana de la sociedad. Pero, ¿se ha asimilado bien el contenido de estas enseñanzas? ¿Podemos decir que gran parte de ellas están grabadas en el papel sólo para ser archivadas? ¿Sus normas se cumplen? ¿Es su espíritu el que anima a los que pretenden actuar o actúan ya en el apostolado? Sería gran pena que el papeleo reemplazase a la acción, que la burocracia sustituyese a una labor práctica, a un entrar en combate efectivo en el campo apostólico, que los planes se convirtiesen en la única zona de lucha, mientras el enemigo despliega sus fuerzas para ganar terreno, sembrar el mal y, salvando las fronteras de la zona moral, introduce la confusión y el desorden en las ideas y costumbres, borra la línea de separación entre el bien y el mal, lo lícito y

lo ilícito, quedando como resultado de esta intromisión un cristianismo desfigurado, una fe amortiguada o perdida, una desvalorización de los valores espirituales, una corrupción interior del corazón y una corrupción exterior de hábitos, costumbres, modos, ambientes.

Antes de lanzarnos a la acción de apostolado, lo primero que debemos hacer, supuesta la formación interior sobrenatural, es conocer a fondo y en toda su extensión, la mente de la Iglesia, el pensamiento de nuestro Sumo Pontífice que la representa, y de quien es eco la voz de los Prelados. Porque para que nuestra acción apostólica esté debidamente orientada, para que se produzca con pujanza y sus energías no se desvíen de las normas trazadas, debe toda ella desenvolverse con sujeción a las líneas prefijadas por la Jerarquía, dentro del espíritu sobrenaturalmente apostólico y de la gran variedad de modos que determina, observando las directrices que dimanan de la cabeza visible de la Iglesia, a quien toca gobernar y dirigir al gran ejército cristiano en la batalla que se libra por el triunfo de Jesucristo.

¿Conocen bien todos los que se dedican al apostolado el pensamiento del papa Pío XII, tan reiteradamente expuesto en sus escritos y alocuciones, sobre la necesidad, obligación, extensión, maneras y espíritu de llevar a la práctica la acción apostólica? Parece que muchos están lejos de haber penetrado el sentido de estas directrices y doctrinas sublimes. Y los que las conocen, ¿se han percatado de lo que exige esta acción en los que la ejercen, en cuanto a la formación interior espiritual y en lo relativo a la capacitación cultural, experiencia, sacrificio, generosidad de corazón, decisión de voluntad, ejemplaridad de vida, mirada alta..., muy alta, para no buscar mas que a Cristo en las almas, y a

las almas para Cristo, sin buscar en los bajos fondos de la vanagloria, ostentación, exaltación de la personalidad, intereses terrenos, hinchazones de globo, apetencias de mando, en fin, toda una cadena de alicientes –se dirá– tan humanos, pero tan impropios del espíritu de acción verdaderamente apostólica? Y en nuestro favor vienen estas palabras de Pío XII: “Se busca exhibirse y para ello se procura no lo que es verdadero, sino lo que parece será mejor recibido de los demás.” “En cualquier apostolado, no ha de buscarse a sí mismo, sino solamente a las almas”.¹¹³ Cuando no existe este conocimiento de la mentalidad apostólica de la Iglesia, no puede haber “la indisoluble unidad de pensamiento y de acción con el custodio supremo de las llaves de san Pedro”.¹¹⁴

Acción ajustada a las directrices establecidas. Éstas son la brújula de la orientación. Una acción ciega, como de soldados sin sujeción al plan del mando, a capricho, privada de objetivos concretos y fuera de los cauces de una orientación bien pensada, estudiada, planeada, termina en un “hacer sin hacer”, en un moverse mucho, cosechando como fruto: cansancio, desgaste, desilusión, infructuosidad, fracaso. Somos hijos de la Iglesia y, por tanto, soldados de Cristo, a quien totalmente pertenecemos. Y en nombre de Cristo, su máximo representante en la tierra, el Papa, reclama de los hijos de la Iglesia, muy en particular de los sacerdotes y religiosos, acción de apostolado. “No es éste el momento de discutir, de buscar nuevos principios, de señalar nuevas metas y objeti-

¹¹³ Cf Pío XII, *Carta en el IV Centenario de la muerte de S. Juan de Dios* (4-III-1950). AAS 42 (1950), 294-296.

¹¹⁴ Pío XII, *Mensaje Pascual* (28-III-1948). AAS 40 (1948) 137-139.

vos..., enseñados por Cristo, aclarados por la elaboración de la Iglesia y adaptados a las circunstancias inmediatas, por los últimos Pontífices; esperan sólo una cosa: su realización... La raíz de los males presentes está principalmente en un letargo del espíritu, en una anemia de la voluntad y en una frialdad de los corazones.”¹¹⁵ Las fuerzas de la voluntad están invertidas. En vez de buscar a Dios, supremo bien, se han clavado en el placer sensual, están paralizadas con un embotamiento carnal, están pegadas a puros y mezquinos intereses terrenos. Así, ¿cómo han de responder nunca a las llamadas insistentes del que habla en nombre de Dios? Y la voz del Papa sigue dando aldabonazos a la conciencia de todos los fieles: “No hay tiempo que perder. El momento de la reflexión y de los proyectos ha pasado. Es el momento de la acción”.¹¹⁶ “Hoy más que nunca la Iglesia tiene necesidad, sobre todo, de testigos más que de apologistas; de testigos que, con su vida, hagan resplandecer el verdadero rostro de Jesucristo y de la Iglesia ante los ojos del mundo paganizado que les rodea”.¹¹⁷

Nos precisa el conocimiento verdadero de que tenemos obligación de entrar en la palestra y desplegar nuestros recursos naturales y sobrenaturales en la defensa de Cristo; de oponer todas nuestras fuerzas a la corriente impetuosa de tanta maldad, para cortar su avance; de ambientar el mundo de sobrenaturalismo cristiano; de difundir la paz de Cristo por dondequiera

¹¹⁵ Pío XII, *Exhortación a los fieles de Roma* (10-II-1952). AAS 44 (1952) 158-162.

¹¹⁶ Cf Pío XII, *Radiomensaje al Congreso Mariano Nacional de Maestricht* (5-IX-1947). AAS 39 (1947) 456-458.

¹¹⁷ Pío XII, *Radiomensaje al Congreso Eucarístico Nacional Francés, de Nantes* (4-VII-1947). AAS 39 (1947) 311-313.

que nuestra vida deje su huella. Y ésta es la voluntad de Dios, "que en las circunstancias y en las actividades más variadas llama a todos al apostolado", ¹¹⁸ la cual no se da por cumplida con solos deseos, disquisiciones, reuniones, disputas, mientras que en el campo crece la mala hierba y no hay mano que la arranque. Acción decidida, bien pensada y rápidamente ejecutada; acción generosa, saturada, si es preciso, de sacrificio, de alma, de cuerpo, y de... bolsillo. El verdadero celo no quiere ni descanso ni parada desde que se apodera de un alma". ¹¹⁹ "Hoy, que el mundo navega a la deriva más que nunca..., nuestros días reclaman apóstoles". ¹²⁰ "Se pide a todos que se encuadren hábilmente, que se empleen con acierto, que su ritmo de trabajo corresponda a la urgente necesidad de defensa, de conquista y de positiva reconstrucción". ¹²¹

La acción que nos ocupa supone el tránsito de lo especulativo a lo práctico, de lo pensado a lo hecho, de lo proyectado a su realización; de un círculo de estudios, al asalto de la presa para arrancarla de las garras de los enemigos de Dios; sembrar el bien por doquiera; animar a los buenos; cortar el vuelo de reto de los malos; es el tránsito de una vida quieta y piedad cómoda, donde se repite el estribillo de "se podría hacer esto", "se debía hacer aquello", al "hago esto y realizo aquello"; es el paso de mero proponente a buen ejecutor, de soldado de lujo a soldado de batalla. Quiénes

¹¹⁸ Pío XII, *Discurso en la Canonización de Antonio M.^a Gianelli* (21-X-1951). OR (24-X-1951).

¹¹⁹ Pío XII, *Discurso a la Juventud Femenina de Acción Católica Italiana* (5-IX-1948). AAS 40 (1948) 405-408.

¹²⁰ Pío XII, *Discurso al pueblo y clero de Argentina* (1-II-1948). AAS 40 (1948) 85-87.

¹²¹ Pío XII, *Exhortación a los fieles de Roma* (10-II-1952). AAS 44 (1952) 158-162.

proponen..., pero no hacen. Proponen la siembra..., y no siembran; la siega..., y no toman la hoz con sus manos para segar; pregoneros que convocan a la lucha, pero ellos no acuden; un tranquilo sesteo preside la vida cómoda de tantos..., ¿y nos quejamos de que los pueblos no responden? Es verdad que se huye del trabajo serio, duro, sin exterioridades, mientras el sacerdote en su parroquia se siente muchas veces desarraigado del brazo seglar. Espíritu de Cristo y temple apostólico. Muy consolador es decir "lo harán", pero lo es más decir "lo hacemos".

El vasto campo de las almas necesita ser roturado y en él sembrada la semilla de la verdad y del amor a Dios. Es necesaria "la acción que insistentemente exigen los tiempos actuales, grávidos de peligros, pero no una acción vaga, antes con prudencia y eficacia debe llegar a todas las familias, a todos los individuos".¹²² "¿No será acción el vuelo de la caridad, del amor, que, saliendo de su reposo íntimo en el trato con Dios, de sus ocultos fervores, de sus ansias de unión con Cristo, se vuelca con toda su fuerza y ardor en un trabajar intenso, constante, alegre, sin la medida que no conoce regateos y que hace que el cristiano se consagre con todas sus fuerzas a las necesidades de los tiempos, emprendiendo todas las formas de apostolado que reclama la nueva época?"¹²³

Acción es el trueque de simples lamentaciones en obras consoladoras; de consignas, en hermosos cumplimientos de las mismas; de virtudes enseñadas, en virtudes practicadas; de cantos e himnos, en bravuras de defensa contra el mal, y de ataque contra sus mani-

¹²² Pío XII, *Carta al Cardenal Rufini* (20-XII-1951).

¹²³ Cf Pío XII, *Mensaje a los Marianistas* (30-VI-1949), AAS 41 (1949) 591-593.

festaciones y sus guaridas donde se incuban; de castidad en símbolo, en castidad vivida. Las organizaciones, de por sí, nada resuelven, como nada solventan los planes de un estado mayor, si no se les lleva al terreno de la práctica. Son instrumentos admirables, pero para sólo el escaparate: no tocan. ¿Acaso les falta la capacidad de emitir sonido, es decir, de realizar su fin propio, de irradiar al mundo sus efectos benéficos? No; es que las manos que los controlan, los manejan o dirigen, no tocan, no actúan. Y tales organizaciones, sean de tipo social, civil o religioso, teóricamente admirables, se tornan, prácticamente, estériles. Huyen del sacrificio.

Muchos admiraron a Jesucristo: su sabiduría, sus milagros, sus bondades, su poder... En la hora del sacrificio, de la defensa, de la acción contra la perfidia judaica y en favor del divino Obrero inocente, ¿cuántos quedaron? Y Cristo sucumbió en la cruz bajo el martillo de sus enemigos. Allí, fue necesaria su muerte. Aquí, es necesaria nuestra acción para que las almas sigan a Cristo y se vivifiquen. En nuestros días, la acción de apostolado importa no pequeño sacrificio. "Cualquier atento observador, que sepa... ponderar las circunstancias presentes en su concreta realidad, se siente verdaderamente impresionado a la vista de los graves obstáculos que se oponen al apostolado de la Iglesia... La ola devastadora del espíritu del siglo avanza amenazante y se propaga en todos los campos de la vida y en todas las clases de la sociedad... Confiamos plenamente que nuestros hijos e hijas tendrán la clarividencia y el aliento de afrontar y cumplir resueltamente las obligaciones que derivan de tal estado de cosas".¹²⁴ Así habla el papa Pío XII.

¹²⁴ Pío XII, *Radiomensaje Navideño* (23-XII-1950). AAS 43 (1951) 49-59.

¿Tendrá la culpa este sabor de sacrificio que ofrece la actual acción apostólica, de que se retraigan o la huyan no pocos? ¿Qué se puede esperar de “espíritus estrechos y corazones mezquinos, de egoístas y arribistas que corren tras del que está más en alto, que se dejan mover por los espectáculos de las grandes masas, por los clamores de las opiniones, por la ebriedad de la excitación”? ¹²⁵ Evidentemente que el sacrificio nada tiene de grato para el corazón humano. Sólo éste lo supera por el amor. Pronto se convence, quien ama a Cristo, de que la acción de apostolado es un sagrado deber para él. No obstante, no hay proporción entre la cantidad de piedad que, por lo menos exteriormente, se vive y la cantidad de acción apostólica que se desarrolla; mas no es tan pronunciada esta desigualdad en lo tocante a la calidad. ¿La causa? Porque si la piedad tiene solidez, se cimenta sobre el amor, cuya expansión forzosa es el apostolado efectivo.

¿No nos sobrarán, a veces, discursos, conferencias, discos de repetición que se oyen sin interés, a marchas forzadas, y vemos que en poco o nada influyen en los que escuchan? Creo que el sistema “machaca” no es siempre el más adecuado en estos menesteres de la formación. Se acostumbran a oír y no hacer. Funesto mal que ha trascendido a las iglesias, en donde la voz del sacerdote cae muchas veces en el vacío. En vez de un exceso de abundancia de doctrina, más asimilación de ésta. Aumento de ciencia, sí; la formación prolongada, siempre; pero la acción, a su tiempo y en su conveniente modo y medida. Ésta es la hija de aquélla. Si la formación no engendrase acción, sería estéril. Cier- to es también que “no tenemos derecho a dejar que

¹²⁵ Cf. Pío XII, *Mensaje a los Marianistas* (30-VI-1949). AAS 41 (1949) 591-593.

duerman, inútiles para nosotros y para los demás, los dones recibidos de Dios... Él siembra los dones de la naturaleza y de la gracia, mientras que a nosotros nos toca hacerlos fructificar".¹²⁶ Con una acción cristiana vigorosa, constante, transpirando ejemplaridad de vida, la renovación moral y espiritual sería un hecho. ¿No es éste un deber para todos los que son miembros de Cristo? Pero no quieren compromisos, rehúsan atarse a ciertas obligaciones; su programa es ser buenos, pero desentendiéndose de los demás".

Urge, pues, el hacerles entender lo que es esa acción, cómo la pueden realizar, interesarles en ello, con la vista puesta en Cristo, facilitándoles iniciativas y suscitando en ellos el espíritu de iniciativa, no cerrándoles en un círculo rutinario donde pronto lo ven todo y lo dan por terminado. Igual que se renueva el espíritu, se renueva la acción, la cual es tan fecunda que, en su desenvolvimiento, siempre ofrece la luz de nuevas iniciativas, que vienen a complementar la iniciativa general o primera. Urge trabajar y hacer trabajar, mover a esta labor apostólica, quitando la indolencia de la voluntad, su comodidad y pereza, y aplicar todas sus energías a producir un movimiento que sea una verdadera actuación de apostolado.

Razonada excusa pueden presentar los que no saben, los que no poseen la adecuada formación; mas los militantes en las filas del apostolado jerárquico, nutridos de enseñanzas en frecuentes círculos de estudio, retiros y ejercicios espirituales, conferencias y reuniones formativas, ¿qué pretexto pueden alegar? Y nosotros los sacerdotes, cuya vocación no puede ser de sí egoísta sino generosa, ya que el sacerdote, por su vo-

¹²⁶ Pío XII, *Discurso a los Obreros de Civita Castellana* (27-III-1949). OR (28, 29-III-1949).

cación es instrumento seleccionado por Cristo y ejecutor de los planes divinos en la salvación y santificación del hombre y que, por tanto, específicamente tiene su ministerio para trabajar en el plan divino de la Redención, enseñando los caminos del cielo, estimulando y moviendo las voluntades hacia la conquista y extensión del Reino de Cristo, ¿qué podremos alegar que nos excuse de una plena acción apostólica, la cual haga efectiva nuestra vocación?

Esta acción plena equivaldría a reproducir en nosotros el “todo para todos” del apóstol san Pablo.

CAPÍTULO III

El apostolado. Su finalidad. Su adaptación

Todo apostolado, de cualquier forma que sea, en frase de nuestro sumo pontífice Pío XII, “no es mas que una participación en la obra redentora de Jesucristo”.¹²⁷ Y al exponer el concepto de apostolado, habla así: “Éste no consiste solamente en el anuncio de la Buena Nueva, sino también en conducir a los hombres a las fuentes de la salud, si bien con pleno respeto a su libertad; en convertirles y educarles..., con arduos esfuerzos, para que lleguen a ser perfectos cristianos”.¹²⁸

¿En qué consiste, pues, el apostolado? La respuesta es clara y breve: en trabajar por Cristo, laborar por la glorificación de Dios; conquistar almas para incrementar el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia. Apostolado equivale a lucha pacífica para derrotar a los enemigos de Dios, dejando tras sí la paz y dulce-

¹²⁷ Pío XII, *Discurso a las Mujeres de Renovatio Christiana* (22-I-1947). AAS 39 (1947) 58-63.

¹²⁸ Pío XII, *Discurso a la Asamblea General de Acción Católica Italiana* (3-V-1951). AAS 43 (1951) 375-379.

dumbre divina; es abrir horizontes de esperanza segura en un porvenir de eternidad; hacer recto lo torcido, casto lo impuro, humilde lo orgulloso, celestial lo terreno; es ganar flores de vidas humanas para, una vez rendidas, depositarlas a los pies de Jesucristo.

El apostolado es un ideal: trabajar por la glorificación divina. Tiene un ideal: Cristo, su Iglesia, su triunfo. Le alimenta un ideal: el amor divino. Le impulsa y mueve un ideal: que se extienda el Reino de Cristo, que Dios sea amado y glorificado. Por esto, el verdadero apóstol es un hombre de ideales grandes, santos. "Proponeos –exhorta el Santo Padre– grandes ideales. Es cierto que hay que defenderse del enemigo, pero esto no basta. Por sí solo, esto no es un gran ideal. En el punto central de nuestra voluntad y actividades han de estar siempre ideales elevados y constructivos."¹²⁹ "La juventud quiere, tiene hambre y sed de ideales concretos",¹³⁰ y no existe ideal que se pueda comparar con el del apostolado católico.

Según estas palabras, fácilmente se pone al alcance de la inteligencia de todos, la finalidad clara y concreta de nuestro apostolado. Busca directamente el anuncio del Evangelio a la conciencia humana, y la transformación del hombre en Cristo para que llegue a ser perfecto cristiano. Tiende a establecer, primero en los individuos y luego en las familias, en la sociedad y en todas las manifestaciones de todos ellos, el pensamiento, el espíritu, la vida de Cristo; en segundo lugar, a prestar al prójimo la cooperación moral y material que piden la caridad y la justicia, y que son caminos conducentes del hombre al reconocimiento de la verdad y del amor a Dios.

¹²⁹ Pío XII, *Discurso a la Asociación Social Cristiana de Trabajadores, de Suiza* (24-V-1949). OR (26-V-1949).

¹³⁰ *Ibidem*.

El apostolado es una caza de almas para Cristo. Su finalidad es de orden sobrenatural. El verdadero triunfo de Jesús consiste en tener almas unidas a él por la gracia. Son sus amigos, y pueden convertirse en grandes colaboradores suyos. No desdeñamos, pues, los fines particulares que se orientan en dirección a este fin primordial. Los necesitamos igual que el río necesita de las débiles corrientes de agua que manan de las fuentes, para unirse en un todo, que es el río. Todas nuestras iniciativas, con sus propios fines que las inspiran y mueven, vayan orientadas siempre hacia Dios, lo sobrenatural; hacer hombres de fe arraigada, de vida íntegra cristiana, de piedad, de ejemplo, de acción, de santidad. No entran en el concepto de apostolado los fines sellados por el egoísmo, la búsqueda de intereses terrenos, la mirada innoble, la ganancia de honores y estimas del mundo, ni siquiera el goce de cosechar el fruto del trabajo, ni aun el mismo fruto, sino cumplir perfectamente la voluntad de Jesucristo, que nos llama a trabajar con él y por él, del cual depende el crecimiento de la siembra. Es él quien da el crecimiento cuando quiere y como quiere. Al apóstol sólo le toca trabajar, bajo la luz y el calor del sol divino que le ilumina, guía y pone en su voluntad ardores de fuego: el celo que le consume.

Y esto nos ha de llevar a hacer una revisión de nuestras actividades apostólicas, de las "cosas" que hacemos y apellidamos apostolado, y acaso sean un entretenimiento y manera de pasar las horas. Quien pretenda matar la fiera atada, pierde el tiempo si se limita tan sólo a pasar sobre ella la mano, rozándola. ¿Por ventura, no encontraremos, quizás, en esta revisión, actos de apostolado que a nada práctico conducen? Deseamos fervientemente que todo vaya viento en popa. La fiera es el pecado, la inmoralidad que invade

la conciencia y el ambiente, que corrompe los corazones y mata las almas; la fe menguada, comodona y cobarde; la vida egoísta sin freno. Y no nos paremos en esta parte puramente defensiva de detener el paso al mal, sino adentrándonos en el campo constructivo de lo bueno, de conservar lo conquistado, de afianzarlo y de perfeccionar a los que son de Cristo, ¿son aptos a este propósito ciertos actos de los que integran el apostolado?

¿No cabe aquí una verdadera revisión para aquilatar lo útil y desestimar y dejar lo inútil e ineficaz? Buscamos el trigo y no es extraño que, jugueteando como los niños, nos quedemos entretenidos con la paja. No perdamos nunca de vista la finalidad en nuestra labor de defensa y de conquista: arrancar la cizaña, sembrar la semilla del Evangelio y hacer que arraigue y crezca en el corazón humano, estableciendo un lazo de unión entre Dios y el hombre. El apostolado, guiado por la conciencia recta y clara, llevado a cabo por la voluntad, con su impulso y remate de amor a Dios hacia la conquista de las almas, llena admirablemente su objetivo. Si hay fracasos, si no rinde los efectos apetecidos, habremos de buscar las causas. Y éstas son, unas, de orden externo: circunstancias adversas, contratiempos, dificultades de orden personal, espiritual, social, cultural; luchas, oposición, no sólo de los de fuera, sino de los domésticos de la casa del Señor. Pero, sobre todo, las de orden interior: vacío de Dios, falta de sacrificio, pobreza de fe, poca constancia, escasa generosidad, pues damos las cosas a Dios con cuentagotas. ¡Nos reservamos tanto! Y al enumerar entre las causas externas las dificultades de orden personal, me refiero tanto al hombre que queremos ganar, como al que ejerce el apostolado. En cuanto al primero, encontraremos almas que prometen, corazones buenos, dó-

ciles; personas quisquillosas que a todo ponen “pero”; voluntades raquíticas que se reservan, encerradas en su yo; personas de muy cortos alcances. Según su condición podremos medir, de momento, su mucha, poca o ninguna cooperación a la actuación del apóstol. A pesar de ello, el buen ejemplo del apóstol les predispondrá a ser tierra de buena siembra o, por lo menos, a que ofrezcan menos dificultades. Ya sabemos que se rotura primero con la reja de la sana doctrina, pero esta roturación se ahonda con nuestros hechos, que sean ejecutoria de las enseñanzas vertidas.

En cuanto al apóstol, ¿qué diremos? “Muchos católicos fervientes tienen a pecho ser también apóstoles, sin conocer los caracteres y las condiciones del apostolado”.¹³¹ “No es el estado particular de vida y de perfección, ni las formas de acción, lo que hacen al apóstol potente, fecundo, conquistador..., sino que intervienen algunos caracteres que encierran el secreto de su influjo apostólico”.¹³² Sin duda, llevará gran ventaja de éxito si conoce el complejo de esas almas: temperamento, carácter, pasiones; si tiene el discernimiento de espíritus y así sabe en qué sentido fácilmente se mueve la voluntad. Un conocimiento psicológico le desbrozará los caminos para llegar al corazón, le brindará fácil acceso a esas voluntades difíciles, le enseñará la grieta por la que puede penetrar en el interior del hombre. El apostolado, en el sentido humano considerado, como ejercicio de conquista en que entran en juego todas las habilidades, todas las energías de nuestras potencias, es un arte. Arte de manejar

¹³¹ Pío XII, *Discurso en la Beatificación de Julián Maunoir* (22-V-1951). AAS 43 (1951) 437-440.

¹³² Cf Pío XII, *Discurso en la Canonización de Antonio M.^a Gianelli* (22-X-1951). OR (24-X-1951).

las voluntades, arte de moverlas más, arte de rendir los corazones para Dios. Si a las buenas condiciones naturales se unen las sobrenaturales, tendremos entonces al hombre apóstol, de empuje en la palabra y en los hechos, difícil de resistir. De todos modos, el apóstol se hace, lo mismo que se hace el santo. Y éste, como ya dijimos, se siente apóstol de Cristo siempre y en todas partes. Es el apóstol de las palabras y de las obras.

Si “el apóstol debe sembrar la fecunda semilla del bien en todos los campos de la sociedad”,¹³³ con propiedad podemos asemejar el verdadero apostolado a una sementera que va dejando caer, a su paso por el mundo, la semilla de la luz de Cristo, de las virtudes cristianas, de los consejos sublimes del Maestro. Si la siembra se efectuara a voleo, a capricho, mucha de ella se perdería, porque se la llevaría el viento, o porque no penetraría en las entrañas de la tierra. Nuestra siembra de Cristo hágase de modo que no quede rozando la conciencia, sino que quede metida en el íntimo de ésta. Que la penetre y le obligue a pensar con seria reflexión. Depositar la verdad en la conciencia, no descuidando el cultivo que la haga germinar en una convicción. Ella traerá, como consecuencia, hermosas resoluciones. Para la realización de éstas, será preciso que el apostolado se dirija a la voluntad, le ayude, le preste energías, actúe sobre ella, la mueva con fuerza, la empuje, hasta lograr que salte de su inercia e indeterminación y convierta en obras sus resoluciones.

Para conseguir, de los que nos proponemos ganar, su acogida favorable y cooperación a nuestro trabajo de acercamiento y de conquista, hemos de poner en

¹³³ Cf Pío XII, *Radiomensaje en la Inauguración de la 'Domus Pacis'* (29-VI-1951). OR (30-VI-1951).

juego algunos factores indispensables. Son éstos: interesarles en el asunto, disponerles a la reflexión, conseguir que se recojan en su conciencia. Así, con una buena predisposición, el camino de su voluntad se allana, los obstáculos van desapareciendo, dejan hacer, se prestan para ser moldeados. Nuevas ideas nacen en sus conciencias, nuevas luces y conocimientos de las cosas, de la vida, de sí mismos, de la verdad. Ha surgido la convicción, la cual, influyendo en la voluntad, por otra parte estimulada, les inducirá a actuar sobre sí y sobre los demás, para Dios y según la voluntad de Dios. Habremos conseguido la transformación del individuo. Por esto, los ejercicios espirituales, bien dirigidos y practicados, son de tanta eficacia apostólica.

Caracteriza al verdadero apostolado el sello de una orientación y entrega, con amor y sacrificio, de toda una existencia, como la de Cristo, a la obra de la Redención. "Caracteriza al apóstol la señal de una vida universalmente apostólica, en la cual todo: oraciones, sacrificios, méritos, bienes, profesión, estado, carácter, temperamento, dones, cualidades personales", ¹³⁴ se utilizan para el servicio y la salvación del hombre.

Estamos asistiendo al desarrollo de nuevas y poderosas energías de la actividad humana. Tiempos nuevos en un mundo que evoluciona y se revoluciona en todos los órdenes. Nuevas ideas alimentan el cerebro del hombre, en medio de un ambiente, de un modo de vida, individual, familiar, social y religioso, que influyen hoy poderosamente en el hombre y le cambian su modo de ser, pensar y obrar. La Iglesia, que es siempre joven, y posee la única medicina curativa del de-

¹³⁴ Cf V. GARRIDO PASTOR, *Estímulos* (1952), 91 y ss.

sorden moral, y que es custodia de la recta ordenación del hombre hacia Dios, no puede quedarse atrás, enclaustrada entre los muros de los templos y pegada a métodos antiguos, en esta general evolución. Necesita lanzarse, prudente, pero prácticamente, a las iniciativas de la civilización moderna. “El apóstol san Pablo, haciéndose ‘todo para todos’, nos indicaba que la vida debe orientarse con un sano principio de adaptación a todos los tiempos”.¹³⁵ La Iglesia, maestra de santidad, tiene la facultad excepcional de adaptación e innovación, desde el punto de vista apostólico. Nadie como ella, ni como los santos y los hombres apostólicos compenetrados con Cristo, saben y aciertan a librarse de la rutina, a abrirse, prudente y audazmente, nuevos caminos, nuevas rutas, a crear nuevas armas que son métodos y modos de apostolado según demandan los tiempos. Sabiamente, hallan el medio de estar siempre “al día”. “Conviene que los consagrados a Dios se acomoden a las exigencias de los tiempos”.¹³⁶ Nada de momificaciones. A nuevos tiempos debe responder un apostolado nuevo.

“Con razón se tiende a la adaptación del cielo: hay que ser de la época, hay que ser del medio. San Pablo lo decía ya, o mejor dicho, daba ejemplo de ello”.¹³⁷ Pero no requiere que se dé al traste o se haga tabla rasa de todo lo pretérito. Entre las grandes energías de la Iglesia, una de ellas es la de su poder universal de adaptación. Mas en el concepto de adaptar no entra la idea de destrucción, sino la de modificación, de armo-

¹³⁵ Cf. Pío XII, *Alocución al Nuncio de S.S.* (27-IV-1954).

¹³⁶ Pío XII, *Carta al I Congreso Internacional de Religiosos* (12-XI-1950). AAS 43 (1951) 24.

¹³⁷ Pío XII, *Discurso en la Beatificación de Julián Maunoir* (22-V-1951). AAS 43 (1951) 437-440.

nización, de proporción, que suprime toda línea de separación entre la Iglesia y sus hijos, entre la Iglesia y la sociedad, la cual debemos reconquistar para Cristo. La Iglesia permanece idéntica en el fondo; cambia tan sólo sus armas, sus modos de lucha por la extensión del Reino de Cristo. Los elementos esenciales del cristianismo y del apostolado son inmutables. Se moderniza el modo de su defensa y propagación. Necesita el cuerpo del alimento material, mas éste se condimenta y se sirve de manera muy variada, según conviene a la salud y a la condición social del que lo toma. Ésta es la adaptación del apostolado de nuestros días. "Que os consagréis, dice Pío XII, con todas vuestras fuerzas a las necesidades de los tiempos, emprendiendo con valor todas las formas de apostolado que reclama la nueva época".¹³⁸ "Las modalidades pueden y deben cambiar para adaptarse, día tras día, a las de la vida actual y a las circunstancias. Podrán y deberán variar para responder a las aspiraciones, a los temperamentos y a las aptitudes, que cambian en cada uno".¹³⁹

No queramos perecer encerrados en moldes antiguos de vida tranquila, abstencionista, ajena a los dramas dolorosos que se representan en la sociedad y hacen gemir a nuestros hermanos los hombres. Amplitud de pensamiento para extender nuestra acción apostólica adonde haya algo que salvar; amplitud de pensamiento para no excluir cualquier estrategia útil en el apostolado, para rejuvenecer lo antiguo, inventar recursos que aumenten nuestra potencialidad activa; amplitud de pensamiento para que no se ahogue el es-

¹³⁸ Pío XII, *Mensaje a los Marianistas* (30-VI-1949). AAS 41 (1949) 591-593.

¹³⁹ Pío XII, *Catalina Labouré, Mensajera de la Inmaculada* (28-VIII-1947). AAS 39 (1947) 414-418.

píritu con alambicaciones y menudencias que estrechan la visión del futuro, de personas, de obras y de actuaciones que, por su novedad, causan extrañeza, pero remedian el mal, levantan polvareda en el campo enemigo, inician renovaciones religioso-sociales, captan las almas para Cristo; amplitud de pensamiento para ver encuadrados en el ejército del apostolado católico a todos los que puedan, quieran y trabajen por Cristo. Oigamos estas palabras nacidas del corazón ardiente del Santo Padre: "Nos gustaría que grandes falanges de apóstoles se levantaran, como aquellas que la Iglesia conoció en sus primeros días. Que los sacerdotes predicasen desde los púlpitos, en las calles y en las plazas, dondequiera que haya un alma que ser salvada. Y al lado de los sacerdotes, dejad al pueblo seglar que ha aprendido a penetrar mentes y corazones... con sus palabras y su amor, dejadle hablar. Penetrad en todos los lugares, en fábricas, oficinas, bancos, dondequiera que Cristo tenga derecho a entrar".¹⁴⁰

Hoy los ejércitos se modernizan, se reforman. Sus armamentos no son los de antaño. Existe un pugilato en la creación de fuerzas destructoras. La Iglesia, frente a su enemigo multiforme, se ha de defender y, a la vez, atacar. Se defiende donde le atacan, y ataca donde hay almas que reconquistar. Humanamente hablando, fracasaría sin una adaptación de actuación, medios y modos que encajen, dentro de lo lícito y de las virtudes cristianas, con la época. Digo dentro de lo lícito y la práctica de las virtudes, porque no vamos, en esta adaptación, a recibir del mundo "lo inicuo que encierra, sino a infundirle nuestra probidad, santidad y

¹⁴⁰ Pío XII, *Mensaje en la Pascua de Resurrección* (13-IV-1952). AAS 44 (1952) 369-371.

cuanto se conforme con sus saludables impulsos".¹⁴¹ El apostolado, en lo que tiene de manifestación externa, es dinámico, es vida hacia fuera "que quiere decir capacidad de adaptación día por día a todos los deberes, a todas las actividades, que vienen a sugerir el tiempo, el lugar y las circunstancias más diversas... Vida que corre abundante por la iniciativa sin cesar".¹⁴²

¿Qué espera hoy el mundo no sólo del cristiano en particular, sino del cristianismo en su conjunto? La unidad sobrenatural de todos los hombres, la continuación de la obra salvífica, la unión de todos en la gracia de Cristo, imprimen un sello cristiano a nuestra sociedad, en el sentido de comunidad humana, responsabilidad y preocupación para resolver en cristiano los problemas de la vida pública. La razón de ser cristiano y su perfección acusan una participación en la misión salvadora de Jesucristo. Por esto, la espiritualidad de nuestra época tiende hacia una acentuada acción apostólica. Toda la vida cristiana se considera y encauza al servicio de la Iglesia.

Siendo esto así, ¿cuál es la posición del cristiano, en consecuencia? Introducirse en el mundo, adaptarse a él, intacto siempre el espíritu de la verdad católica, al igual que Cristo, siendo Dios, se hizo humano. La Iglesia ha de seguir las huellas de su Divino Fundador. Nada, pues, de aislamientos que dificulten su influencia salvadora en el mundo. Entre su acción humana y sobrenatural y la sensibilidad y condiciones del hombre de hoy ha de existir una acomodación que respon-

¹⁴¹ Pío XII, *Discurso al Congreso de la Orden Benedictina* (24-IX-1953). AAS 45 (1953) 671-673.

¹⁴² Pío XII, *Discurso al Movimiento Obrero Cristiano, de Bélgica* (11-IX-1949). AAS 41 (1949) 547-551.

da a las exigencias actuales apostólicas. Ésta es la hora de la actuación de todo cristiano, clérigo y laico. Los laicos, con su actitud ejemplar, están destinados a ser, entre los hombres, en contacto con el mundo, la levadura del Evangelio. Por una parte, se han de sentir solidarios de una humanidad caída y pecadora y, por este motivo, se han de inmolar por ella a los ojos de Dios. Por otra parte, se habrán de acercar a los hombres, entrar en contacto y comunicación con ellos, para intervenir en sus necesidades, ayudarles en sus trabajos y penalidades y dar la posible solución a sus preocupaciones. Hermoso ideal, propio de todo aquel que se siente unido a Cristo y quiere ser brazo cooperator de la Iglesia. A medida que este bello ideal se lleve a la práctica, irá brillando la esperanza confiada de que el mundo retornará a Cristo.

CAPÍTULO IV

Campos de apostolado. Su multiformidad

VASTO es el campo del actual apostolado, como vasto es el campo de la vida humana. Así lo manifiesta el papa Pío XII: “Cuanto más, dice, las potencias tenebrosas hacen sentir su presión..., tanto es más necesario una acción tenaz y perseverante para reconquistar y someter todos los campos de la vida humana al suavísimo imperio de Cristo Jesús”.¹⁴³ Todas las manifestaciones de la vida humana han de estar sometidas a la siembra, cultivo e influencia moralizadora del apostolado católico. Las puramente religiosas y espirituales, lo mismo que las de carácter social y terreno. A todas ellas puede y debe alcanzar la doctrina de la Iglesia, puesto que deben estar reguladas por la ley santa de Jesucristo, en cuanto tienen de medios con relación al fin supremo del hombre. No se excluyen ni edad, ni condición social, ni lugares y tiempos, ni ambiente y oficios, ni profesiones y estados. Donde está el

¹⁴³ Pío XII, *Discurso a las Mujeres de Renovatio Christiana* (22-I-1947). AAS 39 (1947) 58-63.

auténtico cristiano irradiando a Cristo con su palabra, su porte, semblante, actitud, trabajo, ejemplaridad de obra, allí está el campo de su acción. ¿No es cierto que puede y debe hacerlo siempre?

Pero dentro de esta universalidad de extensión de campo apostólico, existen distintas zonas, en las cuales, de un modo concreto y característico, se puede y se debe desarrollar el apostolado.

Zona de la niñez. El trabajo de apostolado en la niñez tiene para la Iglesia un valor inestimable. “Demasiado frecuentemente la familia o la escuela no dan una sólida instrucción religiosa que para ellos sería necesaria”.¹⁴⁴ Hace falta un modo de apostolado que continúe y complete esta formación iniciada en la escuela. Organizaciones apostólicas post-escolares, para que, mediante ellas, se logre “el cometido y fin de la educación cristiana..., que es la formación del nuevo ser humano, renacido en el Bautismo, con objeto de que sea perfecto cristiano”.¹⁴⁵

El tránsito de la cuna de la escuela al torbellino de la actual vida social, bien se representa en la salida del pájaro de su jaula. Ya puede volar sacudiendo sus alas de sujeción a un reglamento y a la vigilancia inmediata de sus maestros. Y sus pensamientos, corazón, ilusiones, vuelan al ritmo acelerado de un ambiente lleno, para ellos, de peligrosas novedades; de una sociedad que no tiene secretos en materia de pecados, con pocos alicientes de Dios y muchos de sensualidad. En este vuelo, ¡cuántos y cuántas, al salir del colegio

¹⁴⁴ Pío XII, *Discurso con motivo del XXV Aniversario de la Asociación de Niños de Acción Católica* (16-VII-1952). OR (16-VII-1952).

¹⁴⁵ Pío XII, *Radiomensaje sobre la conciencia cristiana* (23-III-1952). AAS 44 (1952) 270-278.

como palomas inocentes, para sentirse ya hombres o mujeres en el mundo, perderán aquella naturalidad candorosa, y la picardía reemplazará a la inocencia! ¿Serán almas que se escapen de la red de Cristo? Es el tránsito más peligroso. Retenerlos en su ambiente de vida cristiana; conseguir la prolongación de aquella devoción o piedad primera, más aún, intensificarla, toca al apostolado en la niñez. Es menester encauzar hacia Dios estas vidas, ya dentro de lleno en el mundo.

En la naciente juventud de primavera, metida ya en el nuevo ambiente y sacudida por el despertar de las pasiones, comienza a formarse, en la mayor parte de ella, una idea-obsesión: el matrimonio. Esta idea-obsesión va desequilibrando sus pensamientos y su corazón. Podemos decir que su vida interior, influyendo en el exterior, va dirigida hacia esta meta. Ya no se repara en obstáculos graves, con tal de llegar al logro de su propósito. De aquí surgen las relaciones prematuras, erizadas, evidentemente, de graves peligros para la moral, y las relaciones tenidas con grave detrimento de ésta. Tenemos aquí una gran pérdida de nuestra primera siembra. Cambios tan radicales se verifican, que vidas rotas, de los primeros brotes de juventud, ruedan por los cines obscenos, bailes inmorales, diversiones y espectáculos donde se quiebra la honestidad, conversaciones y lecturas que hacen subir el sonrojo a la cara.

¿Qué fue, en muchos de estos jóvenes, de aquella piedad incoada? Para que la niñez no perezca moralmente en su paso a juventud, es menester un apostolado especial que continúe la labor emprendida de la formación inicial, proponiéndoles y fijando muy hondo en su corazón un ideal de virtud y de grandeza moral, una meta a conseguir, no sólo de tierra sino de cielo. Los ejercicios espirituales nos prestarán una va-

liosísima ayuda juntamente con una buena dirección espiritual, para que ellos y ellas se encuadren, con voluntad e ilusión, en aquellas organizaciones, como es la Acción Católica, y encuentren su medio de conservación y formación, su ambiente de religiosidad y piedad, que les escuden contra las incitaciones y acometividades del mal. Hay que hacer algo positivo, eficaz, para evitar que en este vuelo les cace el enemigo. Aquí es donde la educación cristiana experimenta grande quiebra.

Son medios poderosos y necesarios de conservación moral, de crecimiento espiritual, de prolongación de la formación misma: catecismo, frecuencia de la confesión y comunión; adoctrinarles en la práctica de las virtudes cristianas y de la mortificación; reforma del carácter, templar el temperamento; retiros mensuales; lecturas apropiadas; introducirles en el apostolado; mucha instrucción religiosa y, sobre todo, enseñarles a sujetar las pasiones y a ser almas de ideal grande, poniéndoles a la vista el supremo ideal, Cristo. Hacerles comprender que esta vida es algo más que tierra; es oro para gananciar una santidad, el cielo.

Zona de plena juventud. "Hay una meta a la cual todos los jóvenes deben tender, sea cual sea su vocación específica. La hora presente es la hora del Evangelio... Hacen falta jóvenes de fe entera, prontos a renunciar a la mediocridad, a abandonar el equívoco si han caído en él; jóvenes que quieran la vida divina, y la quieran con abundancia; jóvenes, que, estudiando o trabajando, hablando, rezando y sufriendo, tengan en su corazón, como llama que les abrase, el amor apasionado a Jesús, el amor a las almas".¹⁴⁶

¹⁴⁶ Pío XII, *Discurso a los Consiliarios Diocesanos de la Juventud Italiana de Acción Católica* (9-IX-1953). AAS 45 (1953) 607-611.

¿Cómo vibra el eco de estas palabras en medio del campo de las almas donde cae, herida o maltrecha, una gran parte de nuestra juventud actual! Si el obrero por el obrero, el joven por el joven se ha de conquistar y redimir. Cuenta la Iglesia con grupos selectos, con falanges de jóvenes decididos, abnegados y que sienten el ideal cristiano. Esto es muy consolador. Pero, ¿y la gran masa de juventud de ambos sexos que corre camino de la disolución? El espíritu de incredulidad y perversión ha clavado en ella sus garras. Y no tiene curación si no sabe vibrar ante los altos ideales. A muchos jóvenes encadena el vicio; otros se enfrentan con la duda religiosa; a todos acechan los peligros en todas partes; con los perezosos y superficiales, desinteresados e indiferentes en los asuntos del alma, nada positivo se puede llevar a cabo. Desconfiados y esquivos, afectados por unas condiciones de vida pública y singularmente de la moral pública; tacaños en dar lo que Dios les pide, se ven muchas veces en la certeza moral de caer en la corrupción. El bien y el mal dispútanse la juventud. Los bailes inmorales, los cines de películas lascivas, las relaciones sin freno de moral, el ambiente social y, en muchos casos, también familiar; la convivencia, todavía más si hay promiscuidad de sexos, en las fábricas y los talleres, son, entre otras, la principal causa que ahoga o mata la piedad, que aparta a la juventud de Dios y de su Iglesia, que la hace perder prácticamente la fe, y la sitúa frente a los avisos y reconvenciones de los ministros de Dios. No nos asuste este cuadro tan realista. El santo optimismo alienta en todo momento nuestra acción.

¿Por qué no vamos con urgencia y máximo interés a conquistar para Jesucristo las pujantes energías de las voluntades juveniles? Ganemos el corazón de la juventud. Éste es el arte de las artes, la ciencia de las

ciencias en el apostolado. Quizá mientras reboten nuestras enseñanzas al chocar con una mentalidad imbuida de errores y persistente tenaz en ellos, la flecha de unas palabras, de un sufrimiento alegre, de una caridad dispensada, de un trato fraternal, de un sacrificio velado con una sonrisa y soportado en favor de ese joven arisco, despectivo, indiferente, enemigo, se le meta en el corazón, le penetre y le rinda. ¡Son tantos los casos que podríamos enumerar, en que, aquellos que parecían castillos inexpugnables cayeron y caen rendidos al recio pero suave golpe del apostolado! ¡Qué de fecundidades y cosechas para el Señor podemos recoger con nuestro apostolado en la gran masa de la juventud!

¿No vale más dar de mano a otros menesteres, incluso parroquiales, con el fin de poder entregarnos más de lleno al cuidado y formación de la juventud? Y en este sentido se expresa el papa Pío XII, cuando dice: “El clero parroquial está con frecuencia sobrecargado de trabajo, agotado por el ministerio ordinario, por las exigencias de la administración, de las organizaciones católicas. Sería mejor, sin embargo, reducir un poco alguna actividad más aparatosa, pero menos necesaria, para entregarse más intensamente a la formación de la juventud”.¹⁴⁷

La esperanza de la Iglesia está en una juventud con “espíritu de fe y de sacrificio; de vida de piedad y de continuo progreso en vanguardia; de adhesión, respeto y amor a la Iglesia; de corazón ancho como el mundo...; una juventud que sea una potencia poderosa del presente y una promesa radiante y segura del por-

¹⁴⁷ Pío XII, *Discurso a los predicadores de la Cuaresma Romana*. (6-II-1951). AAS 43 (1951) 112-118.

venir".¹⁴⁸ Debemos confesar que el trabajo apostólico en esta zona de juventud, es hoy duro, difícil, muchas veces ingrato; tropieza con muy serias dificultades, nacidas unas de la voluntad enemiga, o que, por lo menos, no coopera a las llamadas y sacrificios del apostolado; y otras, producidas por circunstancias adversas o poco favorables, que las crean el tiempo, el desenvolvimiento de la vida y los hombres, consciente o inconscientemente. A menudo encontramos a la juventud prevenida contra los postulados de la ley moral, de la persona del sacerdote, de los mismos que ejercen el apostolado seglar. Es juventud que, al estilo de los paganos, cifra su ilusión en comer y beber, divertirse, pasear desnudeces y flores en su pecho para en el mañana morir. La flor de sus ilusiones y esperanzas no vive más allá de la tumba.

Zona matrimonial. ¿Qué queda por hacer en este terreno? De ello nos da idea el clamor repetido de nuestro Sumo Pontífice, levantando su voz contra los que "llegan a presentar el matrimonio como el sólo medio capaz de asegurar a la personalidad humana su desarrollo y su perfección natural";¹⁴⁹ recordando que "en el matrimonio hay una prestación positiva obligatoria, y que ésta va encaminada a proveer a la conservación del género humano";¹⁵⁰ que el fin primario del matrimonio no es como el de "un puro organismo al

¹⁴⁸ Pío XII, *Mensaje a la Peregrinación de Jóvenes Católicos a Santiago de Compostela* (28-VIII-1948). AAS 40 (1948) 414-417.

¹⁴⁹ Pío XII, *Discurso al I Congreso Internacional de Superiores Generales de Órdenes y Congregaciones Femeninas* (15-IX-1952). AAS 44 (1952) 823-826.

¹⁵⁰ Cf Pío XII, *Discurso al Congreso de Comadronas Católicas* (29-X-1951). AAS 43 (1951) 835-854.

servicio de la comunidad social para darle una masa suficiente de material humano”,¹⁵¹ sino que tiene una destinación eterna; que “el atentado directo a la vida humana inocente, como medio para el fin de salvar otra vida, es ilícito”.¹⁵² ¡Cuánta desviación de la verdadera idea cristiana del matrimonio! Conceptuado como un mero estado de placer sensual, todo es lícito, nada hay prohibido que pueda estorbar el modo de satisfacción de los instintos. Y lo que Dios instituyó y elevó Jesucristo a la dignidad de sacramento, queda convertido no en un estado de santificación, en un medio poderoso para escalar el cielo, sino en un estado de rebajamiento y de bajeza animal, en un medio de eterna condenación. Por algo el matrimonio importa de por sí un sacrificio, a veces hasta heroico, en que la vida terrena se ha de posponer al fin de la salvación.

¡Qué cantidad de apostolado se nos reserva para derrocar la mentalidad viciada que priva en el terreno conyugal, y mover las voluntades de los esposos al fiel y recto cumplimiento de sus deberes conyugales! Tarea penosa, escabrosa y, por sus frutos, ingrata. Meta del apostolado en este punto ha de ser “la formación de la mujer cristiana moralmente fuerte, profundamente creyente en todas las capas ‘sociales’”.¹⁵³ De todo ello deducimos la necesidad imperiosa de preparar debidamente a la juventud para el matrimonio. “El fin desgraciado de no pocas uniones conyugales, las desviaciones de jóvenes desafortunadas”..., prueban que no se puede perder de vista “la importancia de la

¹⁵¹ Pío XII, *Discurso al Congreso del Frente de la Familia...* (26-XI-1951). AAS 43 (1951) 855-860.

¹⁵² *Ibidem*.

¹⁵³ Cf Pío XII, *Carta en el Cincuentenario de la Liga de Mujeres Católicas Alemanas* (6-XII-1953). AAS 45 (1953) 787-789.

preparación de la juventud para el matrimonio y para las graves obligaciones de padre y madre de familia...; que prevean y calculen sus posibilidades físicas, económicas, espirituales, y no se echen a la ventura en un paso tan decisivo".¹⁵⁴ La ignorancia tan lamentable de no pocos que abrazan el estado del matrimonio, de las obligaciones ineludibles que lleva consigo, pone en labios de arrepentidos y arrepentidas esta frase: si yo hubiese sabido esto, no me hubiese casado. Una solución les queda: esperar pacientemente a que muera uno de los dos. La muerte es la única que puede romper el lazo de esta atadura.

Finalmente, por no alargarnos excesivamente, y omitiendo algunas zonas de apostolado bien conocidas por todos, parémonos brevemente en ese gran mundo, seccionado en incontables...

Fábricas y talleres. Es el mundo de los obreros, que, con gotas de sudor y fatigas corporales, ganan, a veces pobremente, el sustento de cada día, sin que les llegue la medida deseada y defendida por la Iglesia, de la justicia social. Van allí a ganar su pan para el cuerpo, mientras pierden su alma. ¡Cuánta es la influencia del mal! Nada quieren saber con la Iglesia, que clama en su favor. La miran como su enemigo. La raíz hay que buscarla, en muchos de ellos, en la ignorancia; en otros, en la malicia; en no pocos, en el ambiente de incredulidad que les penetra, y no faltan quiénes, siendo buenos cristianos, acaban por la fuerza del contagio de masa, o por el método de conquista individual, en asentir a las afirmaciones de sus compañeros de traba-

¹⁵⁴ Pío XII, *Discurso a los alumnos y profesores de las Escuelas Populares* (19-III-1953). AAS 45 (1953) 230-238.

jo, de abdicar prácticamente de su mentalidad cristiana. Se ha creado en este mundo del trabajo un ambiente anticatólico. Existe, evidentemente, un contagio de masa, de atmósfera enrarecida, contra la Iglesia. Únese a esto la inmoralidad de costumbres, mayormente cuando hombres y mujeres unen sus vidas en un mismo ajeteo de máquinas, entrelazan sus miradas, sus gestos y sus palabras. Es la corrupción del cuerpo y del alma. Y los pobres no cuentan con otro medio de vida que su trabajo. ¿Y no habrá otra solución para ellos que perecer en su alma? No podemos cerrar los ojos a la realidad. Donde el enemigo siembra la cizaña, urge el aprestarnos a meter la buena semilla.

El apostolado del obrero por el obrero nos podrá dar una excelente solución, un gran alivio en medio de este desarrollo del mal. A este fin le precisa tener una muy sólida formación, un vigor de apóstol, para abrirse camino entre los que le rodean y, acaso, le combaten. Pero donde hay lucha, hay vida; se desarrolla una fuerza que, en nombre de Cristo, acabará venciendo. ¿Nos explicamos así cómo la masa obrera esté alejada de la Iglesia? Enorme apostolado a la vista. Bendigamos la hora en que, bajo las directrices de la Iglesia, nacieron organizaciones que son armas nuevas, admirablemente adaptadas a las necesidades de este apostolado entre los obreros; organizaciones sabiamente preparadas, con una técnica perfecta, cuya eficacia se deja ya sentir en el campo enemigo.

Reconquistar la masa trabajadora para Cristo sea para el verdadero apóstol una idea acicate que le espolee con insistencia. El día en que los pobres vuelvan su mirada a Cristo, se nos llenarán las iglesias; el sacerdote tendrá brazos que le ayuden; verá con asombro cómo comparten con él, si precisa, su pedazo de pan;

no le faltarán quienes desempeñen con agrado los oficios humildes, ni habrá cruz de sacrificios que pida, que no se cargue sobre los hombros de estos desheredados. Están acostumbrados a sufrir, a la penuria, al trabajo corporal, a lo bajo y humillante. Sólo les falta la fe, el amor a Cristo. Y éste es nuestro deber: llegar hasta su corazón, ganarlo y rendirlo a los pies de Jesucristo.

CAPÍTULO V

Modos de apostolado

SE encabeza este capítulo con las siguientes palabras del papa Pío XII: “El campo es inmenso, la tarea ingente y difícil, pocos los operarios”.¹⁵⁵ Tres grandes escollos para nuestra actuación: lo vasto del campo, lo difícil del trabajo y las pocas manos aptas que se apliquen a esta labor. Los modos de realizar el apostolado, la táctica, pueden ofrecernos alguna solución favorable para salvar, en parte, estos obstáculos.

¿Cuáles son estos modos? ¿Quién los dicta? Son todos aquellos que sugieren las necesidades de los tiempos. “Deseamos, dice nuestro actual Sumo Pontífice, exhortar paternalmente a todo el clero y principalmente a los obispos, para que con todo empeño se esfuercen en promover todo aquello que sea necesario en nuestros tiempos”.¹⁵⁶ Y el papa Pío XI escribe: “Las

¹⁵⁵ Pío XII, *Radiomensaje al I Congreso Nacional de Hombres de Acción Católica, de Portugal* (10-XII-1950). AAS 43 (1951) 118-122.

¹⁵⁶ Cf Pío XII, *Exhortación Apostólica 'Menti Nostrae'* (23-IX-1950). AAS 42 (1950) 127-144.

necesidades de los tiempos exigen que, según varían las costumbres y las maneras de vivir, se ejerciten por el clero y los seglares nuevas formas de apostolado cristiano...; la obra de los párrocos y demás sacerdotes..., es insuficiente para responder a las grandes necesidades que en los tiempos actuales requiere el apostolado".¹⁵⁷ De aquí que las formas de apostolado sean tan variadas cual variadas son las situaciones que va creando cada día la vida en su continua evolución de ambiente, costumbres, criterios, profesiones, marcada con una amplitud y relajación moral, desplazamiento del individuo hacia la masificación, su alejamiento de Dios y, dentro de un señalado egoísmo y desunión, una expansión mayor individual de sociabilidad que, rompiendo las vallas del recogido hogar, tiene por casa la calle, los centros y lugares de recreación, con un mayor contacto de los hombres entre sí y un intercambio cada vez más acentuado del pensamiento, de la voluntad y del corazón.

Cada individuo en particular, lo mismo que como una pieza del gran conglomerado social, nos reclama, en el plano apostólico, una manera de acercarnos a él, de ponernos en contacto con él, de trabar en cierto modo, nuestra vida con la suya, para que en este contacto, primer paso de nivelación e igualdad, hallemos preparado el terreno de la voluntad y podamos efectuar nuestra acción apostólica. Unos son como pájaros que hay que buscar en sus mismas guaridas, porque les separa del apóstol la distancia de una ignorancia culpable o involuntaria, a quienes no llegó todavía la voz de la verdad. Otros huyen del reclamo por temor a ser cazados y acusan una voluntad de persistencia en

¹⁵⁷ Cf Pío XI, *Carta al Episcopado argentino* (4-II-1931).

el mal, mientras no pocos dejan de acudir al reclamo, por sentirse contentos en su plan cómodo. No faltan quienes, al instante, sacuden las alas de su voluntad y se acercan, presurosos, a la llamada de la voz de Dios; hambread la verdad, la paz de su conciencia, el equilibrio de su alterado vivir, el amor fiel y generoso que, en medio del sacrificio, es feliz. Quieren conocer a Cristo y encontrar en él la solución al drama interno de su conciencia y a los múltiples problemas que agitan y perturban la tranquilidad de su hogar. A todos ellos nos precisa ganar. El prudente y discreto cazador, que sale al campo a cazar, no importa qué clase de piezas, va pertrechado de aquella clase de cartuchos que, en el momento dado, le pueden servir para matar la pieza. Éstos son los modos del apostolado. No todas las almas se ganan de la misma manera; si empleáramos la misma táctica para la conquista del obrero, del comerciante, del oficinista, de la mujer de la calle, de los jóvenes y de las jóvenes, unos en las fábricas, talleres y centros de trabajo, y otros ocupados en sus quehaceres propios o en el seno del hogar, fracasaríamos.

Necesitamos de aquel modo característico que nos abra la puerta de entrada y de acercamiento y contacto con cada uno de ellos, para poder ejercer el llamado *apostolado individual*. Apostolado, dice Pío XII, en el sentido propio de la palabra..., es el apostolado de la acción personal e inmediata con el pobre, para ganarle a Jesucristo. Esto no es para todos. Realmente, para esta forma de apostolado "hacen falta cualidades especiales, una preparación y una formación que no pueden ser mas que privilegios de una porción pequeña. Sin embargo, la capacidad para tal apostolado es muy diferente en cada una de las personas, pero sea cual sea el rasgo personal de cada una, el carácter domi-

nante que en todo se debe imprimir, es una grandeza espiritual".¹⁵⁸ Se requieren, pues, condiciones especiales, señalada capacidad para ejercerlo debidamente, ya que su aplicación es diferente en cada caso, pues si existe tan gran variedad en las cosas creadas terrenas, la supera en gran manera la que hay en las almas. No obstante, con unas buenas cualidades naturales, reforzadas por el elemento indispensable de la vida interior, penetradas del amor a Cristo, se puede llevar a buen éxito esta forma de actuación. Que es la más segura y eficaz, se evidencia por los hechos; más costosa, paulatina, pero a las largas, de incomparable fecundidad y alcance.

En este modo de apostolado, nos enfrentamos cara a cara con el enemigo. No puede éste huir ni hacerse irresponsable. Se le habla a él, y por fuerza nos ha de escuchar. Ésta es la gran ventaja de tal actuación. En las manifestaciones del mal, el hombre solo, aislado, y él mismo integrando un grupo, no suele producirse de la misma manera. En el primer caso, se siente responsable, no está influenciado con influjo inmediato; en el segundo, su responsabilidad se diluye entre los componentes del grupo, y el contagio de pequeña o grande masa le mueve a obrar así. Por esta razón, ofrece mayores ventajas de éxito el apostolado individual, en el cual nos será fácil cumplir el consejo que encierran estas palabras: "Averiguad las opiniones, juicios, costumbres de los iguales entre quienes vivís, y si hay en ellos partículas de bien y de justicia, aprovechaos de estos preciosos elementos; de otro modo no seréis capaces de ilustrarlos, ayudarlos, levantarlos,

¹⁵⁸ Pío XII, *Discurso a las Mujeres de Renovatio Christiana* (22-I-1947). AAS 39 (1947) 58-63.

conducirlos".¹⁵⁹ Practíquese bien, y el fruto no se hará esperar.

Apostolado sobre la masa de almas. Las ingentes masas del proletariado, las clases sociales, los hombres y las mujeres, las juventudes agrupadas en las respectivas zonas de sus quehaceres y ocupaciones sociales, la niñez dentro y fuera del molde de la escuela o colegio, piden nuestra actividad apostólica. Parece fácil actuar sobre esta seccionada masa humana, verter la semilla, de conjunto, sobre ella; hablarle, ilustrarle, una vez salvada la valla que nos separa de ella; pero levantarla a un nivel espiritual deseado, elevarla dejándola situada en un plano de vida moral y cristiano según Jesucristo, ofrece muy serias dificultades en la mayor parte de los casos. En los grandes grupos, el enemigo permanece unido compactamente, y su frente de resistencia es muy fuerte. Se apoyan unos a otros y unos en otros. Hay que penetrar rompiendo el frente y, abierta la brecha, introducir la luz de la verdad, lanzarnos a la conquista de la voluntad, desorganizar la resistencia y, metidos entre ellos, investigar "sagazmente qué fuerzas espirituales hay en su interior, qué ocultos deseos les arrastran, cuál es la verdadera efigie de su alma... En los hombres, aunque... estén enredados en el mal, hay no poco de bueno..., cultivándolo, aumentándolo"; hagamos "de esas partículas de oro, vasos preciosos"; aprovechemos "aquellos riachuelos para conseguir grandes ríos".¹⁶⁰

Para tamaña empresa no puede faltar el modo de un "apostolado sabiamente concebido, seriamente pre-

¹⁵⁹ Pío XII, *Discurso al I Congreso de Religiosos* (8-XII-1950). AAS 43 (1951) 26-36.

¹⁶⁰ *Ibidem.*

parado y organizado”,¹⁶¹ y se ha de efectuar con una “unidad en la organización y ordenación, rapidez en la ejecución”.¹⁶² En nuestro apostolado sobre la masa, no siempre nos es favorable el resultado, por lo menos de momento. En estas concentraciones de igual situación laboral y social, “las fuerzas del mal, sólidamente organizadas, trabajan incansablemente. Sus agentes especializados saben inspirar en las almas... el fanatismo, que no les deja descansar, que les hace arrostrar los peligros, que les lleva a excogitar las más sutiles industrias para conseguir sus funestos intentos”.¹⁶³

Se organizan en las capitales y los pueblos muchas y bien preparadas conferencias religioso-culturales, formativas, de la vida y conciencia cristianas, para las distintas clases sociales, para los mismos que están afiliados a organizaciones de índole católica y de apostolado; se promueven y organizan tandas de ejercicios en los mismos talleres y fábricas, en las parroquias, arrabales, suburbios..., ¿acuden? ¿Son, poco más o menos, siempre los mismos? ¿Qué fruto se obtiene de esas intervenciones sobre el conjunto de individuos conectados entre sí y persuadidos quizás de que la Iglesia es una rémora del progreso y bienestar social, o contagiados por el microbio de baja inmoralidad, o interesados únicamente en la solución del problema económico, matrimonial, político, o ignorantes de las enseñanzas que conducen al logro del fin sobrenatural,

¹⁶¹ Pío XII, *Discurso al Movimiento Obrero Católico de Bélgica* (11-IX-1949). AAS 41 (1949) 547-551.

¹⁶² *Ibidem*.

¹⁶³ Pío XII, *Radiomensaje al I Congreso Nacional de Hombres de Acción Católica, de Portugal* (10-XII-1950). AAS 43 (1951) 118-122.

reciben sin interés la doctrina de la Iglesia, claramente expuesta, o la lluvia de palabras, de párrafos –y esto sería funestísimo– entre “el artificio de una oratoria inútil y ya anticuada, con una fraseología enmarañada y rebuscada?”¹⁶⁴

Vayamos con verdadero brío y voluntad a buscar al pueblo intelectual, a la clase rica y pobre, al encopetado y al humilde, al pueblo obrero, que es la mayor parte, a la clase media, presionada por los de arriba y los de abajo, y de la que la Iglesia se vale en mayor proporción para predicarles a Cristo e infundirles su espíritu, una concepción verdadera de lo que es el cristianismo; rompamos entre nosotros, si es que existe, la valla de un control extralimitado que puede matar las iniciativas, que “son en nuestros días... absolutamente necesarias”.¹⁶⁵ Recordemos a este propósito estas palabras del papa Pío XII: “la organización externa y bien disciplinada de la Acción Católica no excluye, sino que más bien promueve la personal perspicacia y el espíritu de previsión y de iniciativa de los particulares..., en contacto con los miembros de Acción Católica del mismo lugar... No sería compatible con el verdadero concepto de Acción Católica la mentalidad de los asociados que se considerasen como ruedas inertes de una máquina gigantesca, incapaces de moverse por sí mismas, mientras la fuerza central no las haga girar. Ni sería admisible ver que los jefes de la Acción Católica fuesen como los maquinistas de una central eléctrica ante el cuadro de mando, atentos sólo a causar o a

¹⁶⁴ SECRETARÍA DE ESTADO, *Carta a Mons. J. Urbani* (24-VII-1949). OR (24-VII-1949).

¹⁶⁵ Cf Pío XII, *Carta al Ministro General de Franciscanos Capuchinos* (5-XII-1947). AAS 40 (1948) 104-106.

interrumpir, a regular o a dirigir la corriente en la vasta red".¹⁶⁶

Por eso, nuestro actual Papa recomendaba "amplitud de pensamiento", de ancha visión, no de un angosto criterio que figuraría la visión del mundo a través del círculo de un reducido agujero. Y a esta amplitud de pensamiento, de visión, debe responder una amplitud en la acción, conformada siempre con las directrices y normas de la Jerarquía. No queramos ser infructuosos, teniendo represas las fuerzas de acción; eso sería querer perecer, envejeciendo, en un círculo cerrado de unos cuantos, cuyos entusiasmos, el tiempo, el cambio de estado de vida, o la desilusión, marchitan. Ensanchemos el cuadro de acción eficaz; vengan al apostolado elementos nuevos que, con sus modos adecuados, se apresten a la caza de la presa, la conquista de las almas; dejemos que el ejército de Cristo, entroncado aquí o allá, dirigido por la Jerarquía, y junto a la militante Acción Católica –apostolado seglar oficial de la Iglesia– se extienda y despliegue en batalla; aumentemos el radio de acción que ésta misma de por sí exija; dejemos, como dice el santo padre Pío XII "que el pueblo hable" en las fábricas, oficinas, en medio de la vitalidad social, para enseñar y propagar a Jesucristo.

"Puede haber y hay apóstoles seculares, hombres y mujeres que piensan en el bien que hay que hacer..., y lo hacen únicamente cuidadosos de ganar almas a la gracia... Vosotros veis a todos estos seculares empeñados en su trabajo; no os preocupéis en preguntarles a qué organización pertenecen, más bien admirad y reconoced de buen grado el bien que hacen. El pensa-

¹⁶⁶ Pío XII, *Discurso a la Asamblea General de Acción Católica Italiana* (3-V-1951). AAS 43 (1951) 375-379.

miento de la organización no debe conducir a un exclusivismo mezquino, a lo que el Apóstol llamaba 'expiar la libertad'. En el cuadro de vuestra organización, dejad a cada uno gran amplitud para desplegar sus cualidades y dones personales en todo lo que puede servir al bien y a la edificación..., y alegraos cuando fuera de vuestras filas veáis a otros conducidos por el espíritu de Dios, ganando a sus hermanos para Cristo".¹⁶⁷

Apostolado de la palabra y de la ejemplaridad. Pero, al acercarnos en plan de conquista a esas masas de almas, vayamos armados con el "*apostolado de la palabra*, que intenta salvarlas de las tinieblas y los errores modernos, en el servicio de una verdad eterna",¹⁶⁸ no olvidando que "a la mentalidad moderna... agrada una forma de expresión que vaya inmediatamente a la esencia de la doctrina";¹⁶⁹ vertamos ideas claras y convincentes, acompañadas del *apostolado de la ejemplaridad*. "Ni nos dejemos engañar por el sueño falaz de ganar para nosotros al adversario, a fuerza de marchar a remolque de él y de modelarnos sobre él...; el gran secreto para ganar a los demás es, ante todo, darles la evidencia de que para un católico su fe es una sólida y plena realidad."¹⁷⁰ Vivir lo que enseñamos. Y vivirlo interna y externamente. Que, a imitación de Jesucristo, pueda decir el que ejercite el apostolado, al dirigir-

¹⁶⁷ Pío XII, *Discurso al I Congreso Mundial de Apostolado de los Seglares* (14-X-1951). AAS 43 (1951) 784-792.

¹⁶⁸ Pío XII, *Discurso a los Católicos Holandeses* (19-V-1950). OR (21-V-1950).

¹⁶⁹ SECRETARÍA DE ESTADO, *Carta a Mons. J. Urbani* (24-VII-1949). OR (24-VII-1949).

¹⁷⁰ Pío XII, *Al Congreso Internacional de Ligas Católicas Femeninas* (11-IX-1947). AAS 39 (1947) 480-488.

se a las almas: "Os he dado ejemplo".¹⁷¹ La fuerza de este modo apostólico es convincente por demás. Si decimos y no hacemos lo que enseñamos, nosotros mismos nos desmentimos. A los ojos de la sociedad se ha de presentar el apóstol como una hermosa realización cabal de lo que enseña y es Jesucristo. No como sólo portadores, sino ejecutores de la mente de la Iglesia. Quizás a nuestra mucha propaganda, a nuestro crecido trabajo apostólico, falta, en parte, el poder conquistador del buen ejemplo. Cristo así lo hizo. Precedieron y siguieron siempre a su predicación sus obras, confirmativas de sus enseñanzas. Sublime y divino en predicar, y sublime y divino en ejecutar.

¿Adónde vamos sin una santidad de vida? ¿Cómo pueden creer en nuestras palabras, si les acompañan hechos contrarios? El cristianismo, en su pura esencia vivido, es caridad, justicia, amor, paz, desprendimiento, sacrificio, inmolación. Para el cristiano apóstol y santo no existe problema que para sí no resuelva, y que, de algún modo, más o menos poderosamente, no pueda o ayude a resolver en los demás. Para que la fe entre en las almas por el oído, mediante la palabra, es preciso que se les meta por la vista mediante los hechos. Y muchos de los que pretenden laborar por Cristo, ¿están preparados convenientemente de esta doble manera: apostolado de la palabra y apostolado del ejemplo? Y tornamos, por fuerza, a la cuestión fundamental de la formación, que es la clave de nuestro éxito o fracaso.

¹⁷¹ Jn 13, 15.

¿EN DEFENSIVA O EN OFENSIVA?

“Ideal de conquista, no meramente de defensa... Suele decirse del que se contenta con quedarse siempre a la defensiva, que insensiblemente va perdiendo. La Acción Católica significa algo más que una mera cohesión de fieles católicos. Su último fin es volver a ganar lo que se ha perdido y avanzar hacia nuevas conquistas... Y, en el arte de ganar a los hombres, podéis aprender algo de nuestros enemigos mismos”.¹⁷² Ambos modos, el de una acción ofensiva y defensiva, son necesarios en el manejo del apostolado actual. Bastante tiempo hemos ido a la zaga, suscitando el adversario la lucha en el terreno y modo por él escogitados, solapada y cuidadosamente. La Iglesia se ha defendido con la integridad y valentía con que ella sabe hacerlo, por medio de sus fieles apóstoles. Entre las floraciones del bien y la cizaña del mal, podemos encontrar algo, zonas de almas que son como “campo de nadie”; es decir, que ni están roturadas todavía por el arado de una fuerte acción vivificante, apostólica, ni tampoco la propaganda maligna les ha penetrado. Se nos ofrecen almas que en otros tiempos conocieron y sirvieron a Dios con lealtad, mas las influencias del mal las arrastraron al campo opuesto. Son individuos, familias, pueblos, naciones, que prevaricaron. Son costumbres, ambiente, hablas, diversiones, trato, antaño presentados en la sociedad con el ropaje de la modestia, hoy rebosando lascivia...

Nos urge el tomar al enemigo la delantera, para hacer nuestro ese terreno “de nadie”. Adelantarnos a

¹⁷² Cf Pío XII, *Discurso a los Hombres de Acción Católica* (7-IX-1947). AAS 39 (1947) 425-431.

él, sembrar antes que él, formar en Cristo, antes que el mal pueda imprimir sus huellas. Cuando la mala hierba invade el campo, el labrador necesita realizar un doble trabajo: arrancarla y luego roturar y sembrar. Nos precisa crear, inventar, establecer iniciativas, pero que en su realización sean, de verdad, eficaces. Y allí donde el mal organizado pueda construir algo para sus fines perversos, construyamos antes, invadiendo el campo y no dejándole lugar para que asiente sus reales. En verdad que esta táctica nos está proporcionando en la vida apostólica grandísimos consuelos y buen acopio de almas ganadas para la Iglesia. Los pueblos también tienen corazón, y si los hay obstinados en su maldad, por su característica especial, a los que el trabajo arduo, el tiempo y la gracia de Dios harán evolucionar y cambiar, tenemos, en cambio, otros muchos que se pueden, y de hecho se van transformando en mejor, y abriéndose de día en día al soplo de la gracia y misericordia divinas.

No basta defender; simultáneamente se ha de usar el apostolado de ataque, de introducirnos en el campo enemigo, para arrebatarse lo que fue de Cristo, para cegarle con la luz de Evangelio, de la doctrina de los apóstoles, los mejores intérpretes del pensamiento y del espíritu del Maestro Divino. Necesitamos para esto los cuadros constituidos por los *grupos de selección o masa selecta*. ¿Cómo llegaremos a tenerlos? ¿De qué medios nos podremos valer para conseguirlos? ¿Sobre quiénes habremos de actuar para lograr que surjan estos grupos?

Procedamos por partes. El poder constituir estos grupos no sólo en lo profesional, sino principalmente en el aspecto apostólico, es problema de formación espiritual. La vida interior ocupa aquí un lugar preeminente. Sin fuego de Dios en el corazón no hay calor de

Dios ni en las palabras ni en las obras. El buen maestro instruye a sus educandos con paciencia, con interés y con arte. Soporta sus debilidades, perfecciona lo bueno que hay en ellos y destruye lo malo. Esta instrucción sólida requiere su tiempo. No se puede precipitar, so pena de que se quede reducida a una planta sin honda raigambre, a ideas incompletas y vagas.

Incumbe al sacerdote, como maestro de almas, modelar, en lo tocante a la parte espiritual y apostólica; en lo profesional, habrá de servirse de los seglares, como cooperadores especializados. En éstos no se puede echar de menos la competencia intelectual, cultural, científica, técnica, pero de ninguna manera puede faltar la espiritual, la moral, la de la virtud, sin la cual aquélla es fracasada cuando se desciende al terreno de la práctica, de la actuación; porque los factores ambiente, individuo con su carácter, temperamento y pasiones imponderables, que rodean nuestra acción, sorpresas de la misma vida en sus innegables realidades, imponen la necesidad de la aplicación apostólica y su modo de aquella ciencia, de aquella técnica. A la cabecera de un enfermo, ¡cuántas veces fracasará la enfermera con toda su técnica, mas sin virtud de caridad, de apacibilidad, de buen trato, ya que sólo el sacrificio encierra el secreto de estos modos tan cristianos y tan necesarios para que su trabajo se convierta en verdadero apostolado, con frutos que se palpan, se cosechan a tan breve plazo!

Entre los medios de que podemos disponer, uno debemos destacar: *los santos ejercicios espirituales*. En ellos, escribe el papa Pío XI, "vemos... los providenciales cenáculos donde los corazones generosos... no sólo conocerán claramente el valor de las almas y se encenderán en deseos de salvarlas, en cualquier estado de vida en que... crean deben servir a su creador, sino

que, además, se formarán y adiestrarán en el celo, los medios, los trabajos y las arduas empresas del apostolado cristiano".¹⁷³ Son el mejor molde para formar a Cristo en las almas. Están dotados de una maravillosa fuerza transformadora. Poco podemos esperar de aquella voluntad que no reacciona hacia Dios, estando sujeta a tal grado de calorías sobrenaturales cual proporcionan los santos ejercicios. Los grandes vuelcos del corazón, el cambio radical de toda una vida, se dan sobre el yunque de los ejercicios espirituales, bajo el martilleo de una seria reflexión y de la palabra de Cristo que alumbra, orienta y guía. Los espíritus selectos, las voluntades finas en la fidelidad a Dios, los corazones grandes en amor y en inmolarse, han tenido su cuna y la encuentran en esos días de recogimiento y de trato especial con Dios.

Los comunistas han copiado de la Iglesia este sistema formativo. También practican sus ejercicios. ¡Y con qué austeridad! Hasta que salga el comunista convencido, con el ideal enraizado profundamente en su alma. Necesitan formar sus grupos de selección, y acuden, cuando el dolor y el horror son impotentes, a nuestros modos reflexivos convincentes. Y cuentan, no podemos negarlo, con sus apóstoles idealistas. Pero un temor abrigamos, y es que de esta arma eficaz, por no estar bien manejada, o emplearse a destiempo, o adaptarlos tanto que no quede más que la efigie externa, se malogre su eficacia poderosa. Entonces sí que habríamos inutilizado prácticamente uno de nuestros mejores elementos para la renovación espiritual del clero, y muy menguada quedaría nuestra esperanza de la transformación interior de tantas almas. Se dan mu-

¹⁷³ Pío XII, *Exhortación Apostólica 'Mens Nostra'* (20-XII-1929). AAS 21 (1929) 689 y ss.

chos ejercicios, pero no se hacen tantos. La rutina, la monotonía enervante, el plan de pasar unos días más o menos bien, y acaso la deficiencia de cualidades de quien los dirige, no es la solución que la Iglesia desea y espera en la práctica de este maravilloso sistema transformador de san Ignacio. De esta forja ha de salir la selección espiritual y apostólica. Renovado todo el individuo, preséntase apto para las empresas del apostolado.

¿Y sobre quiénes habremos de actuar? Dos caminos tenemos a la vista. Unos dicen: por el trabajo sobre la masa, a la selección. Yo digo: por la selección del individuo, a la formación de la masa selecta. Los dos son aceptables y de fruto práctico. De hecho, empleamos los dos. Por el segundo, tardaremos más, pero llegaremos más seguros. Un alma selecta, al producirse en el apostolado, veremos cómo se multiplica, haciendo surgir a su alrededor, por la fuerza de su virtud, de ese Cristo que obra en ella, por las condiciones de su natural sobrenaturalizado, por esa, diríamos, magia de su arte, en otras almas que nacen a la vida apostólica tocadas de ese algo característico de Dios, a la manera que el fruto de la espiga lo tiene del granito de trigo seleccionado, del cual es aquélla una prolongación. Los santos poseen la virtud de multiplicarse en una gran producción de almas para Dios. Así es como se forma la masa selecta de mejor calidad, encaminada a trabajar por Cristo. La parroquia que cuente con estos grupos selectos puede cantar victoria. Serán el brazo del sacerdote, su mejor elemento cooperador, el pequeño ejército de vanguardia. En ellos podrá confiar con seguridad y siempre; en los demás..., puede ocurrirle, en la hora de la urgencia del trabajo y de la prueba, como a Jesucristo en la hora de la Pasión: ¡quedarse sólo!

Nuestra acción apostólica sobre la masa de almas nos depara también sorpresas muy gratas. Se barrena la roca en busca del agua. Por fin, fluye ésta de entre las grietas abiertas a fuerza de barrenazos. Hendidas las entrañas de la tierra, salta el agua para fecundar los campos. ¡Cuántas corrientes de agua permanecen ocultas bajo las capas de tierra y no se pueden aprovechar porque la mano del hombre no aplicó todavía su acción descubridora! Tal acontece en este modo de apostolado. De entre la masa de almas surgen voluntades generosas que son un tesoro para la Iglesia, cuando se barrena con insistencia por medio del apostolado. La corriente de impetuosas energías de estos corazones estaba sin descubrir. Faltaba hendir la corteza de un ambiente malsano, sacudir de su letargo de muerte a estos corazones, despertándoles a una vida de grandeza espiritual, desenterrarlos de entre los escombros de vicios y errores, para que llegasen a ser una fuerza de amor a Dios y de energía apostólica. Hallaremos hombres y mujeres, jóvenes de ambos sexos, que son grandes corazones, que al ponerles en contacto de la corriente del amor divino se convierten en motores potentes, capaces de poner en movimiento, de dar vida y grande empuje a las organizaciones de apostolado. ¡Y qué selección más esperanzadora podemos hacer de entre estas almas que, unidas en un ideal, movidas por un mismo resorte: el amor a Cristo, y cuidadosamente cultivadas y formadas, constituirán hermosos grupos de selección! No olvidemos que muchos turnos de ejercicios son una actuación de apostolado sobre la masa. Por eso, los hemos de mirar con sumo interés y cariño.

Y no cerremos este capítulo sin traer aquí estas condiciones que pide el santo padre Pío XII, para aquellos que se ejercitan en el apostolado: *Acción consciente*. Que sepan éstos lo que la Iglesia hace y

pretende hacer: establecer la paz, conseguir una más justa distribución de la riqueza, elevar la suerte de los humildes y necesitados, pregonar un mundo mejor, “una sociedad que tenga por base y fundamento a Jesucristo, con su doctrina, sus ejemplos, su Redención”. *Acción iluminadora.* Que aprovechen toda ocasión para abrir los ojos a aquellos equivocados –hombres en las fábricas, oficinas, en las calles, en los lugares donde se toma el alimento o el necesario reposo– que tienen ojos para ver y no ven, más bien víctimas, a menudo, de engaño que culpables. *Acción vivificadora.* Que actúen sobre las almas. “Las grandes asambleas, los magníficos desfiles, las públicas manifestaciones, son ciertamente útiles, pero lejos de confundir los instrumentos con el fin para el cual deben ser empleados”. Acción que lleve “la vida del espíritu adonde reina la muerte; si no tratase de sanar aquella misma vida donde está enferma; si no la fortaleciese donde es débil, sería vana. *Acción obediente.* Que conozcan “la necesidad de una obediencia pronta y filial, siempre que la Iglesia habla para instruir las mentes de los fieles y para dirigir sus actividades. Cuando realmente se tiene enfrente un ejército de férrea organización, ¿a qué peligro se expondría una milicia desorganizada, en la que cada uno se creyese autorizado a juzgar y obrar por arbitrio propio? *Acción unificadora.* Que permanezcan unidos entre sí y sean promotores de unión con las otras fuerzas católicas, pues todos combaten las mismas y cruentas batallas. Pero tengan presente que “la unión no es unicidad; ésta destruiría la variedad de las fuerzas, variedad que acarrea ventajas estratégicas y tácticas de primerísimo orden”.¹⁷⁴ La

¹⁷⁴ Pío XII, *Discurso en el XXX Aniversario de la Unión de Hom-
bres de Acción Católica* (12-IX-1952). AAS 44 (1952) 830-835.

unión nos hace fuertes, invencibles. Todas las fuerzas, conectadas entre sí, forman un caudaloso río de apostolado. La división aminora y acaba por matar toda actividad organizada. Es un ponerse frente a frente los soldados de un mismo ejército, mientras el enemigo se aprovecha de las divisiones y luchas intestinas. Divididas y en oposición las mismas fuerzas, o se aniquilan, o unas de ellas se retiran, abandonando el apostolado.

Recordemos estas palabras de san Pablo: “Y os ruego, hermanos, que os recatéis de aquellos que causan entre vosotros disensiones... y evitad su compañía. Pues los tales no sirven a Cristo Señor nuestro, sino a su propia sensualidad”.¹⁷⁵ Y llamándonos a una unidad de vida, dice: “que no haya entre vosotros divisiones: antes bien, viváis perfectamente unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir”.¹⁷⁶

Este lenguaje del Apóstol ¿no nos servirá siempre de un fuerte aldabonazo a nuestra conciencia?

¹⁷⁵ Cf Rom 16, 17-18.

¹⁷⁶ 1 Cor 1, 10.

CAPÍTULO VI

Apostolado general. Pan para el alma y pan para el cuerpo

ANTE la invasión del mal moral y su actuación, que no reconoce vallas, es preciso que pensemos en cómo debemos actuar apostólicamente, aclarando con ello el porqué de la extensión e intensidad de nuestra acción apostólica; y, proporcionalmente a esta extensión e intensidad, precisa que responda una formación completa para hacer más apto y eficaz nuestro apostolado. Para la mala hierba no hay trabas en el campo, puesto que hasta en la roca nace, hasta en la dura tierra arraiga, y esto sin necesidad de cultivo. Pero, aunque sin cuidarla crece, se dobla marchita y muere al golpe de la afilada herramienta del labrador. El mal moral extiéndose, igual que la mala hierba, a todos los lugares; y en los lugares, a oficios y personas; y en las personas, a la condición de sexo y edad; y en la sociedad, al ambiente y distintas manifestaciones de la vida social.

La cizaña del pecado se propaga por sí misma, y es difícil hallar lugar donde no florezca, clase de personas donde la mala semilla del pecado no haga su nido. Lo mismo anida en el corazón ocultamente, que en la

inteligencia perversa apartada de Dios; en el secreto de un hogar, que en la pública manifestación. La semilla de esta cizaña es así. Su crecimiento sólo puede impedirse a fuerza de un constante trabajo que la corte en su brote y la arranque de raíz. ¿Qué procedimiento habremos de seguir para contener el avance del mal? Hay dos operaciones que verificar: cortar los brotes, y si el brote ya se convirtió en árbol, troncharlo. La segunda operación es: antes que el brote de la semilla del pecado tome fuerzas, arrancarlo de raíz, destruir el nido donde se incubaba. No calificaríamos de buen médico al que se limitara a curar la manifestación de la enfermedad y no dirigiera su medicación a quitar la causa que la produce.

Ya que nuestra vida es de Dios y para Dios, debemos poner a su disposición todo cuanto somos y valemos, desarrollando nuestro apostolado, en el cual será medida acertada buscar a nuestro enemigo en sus propias guaridas para vencerlo. A la cizaña, para que no se extienda, el labrador le pone vallas, le va robando el terreno, busca y procura destrozarla en su nido. Campo vastísimo se ofrece en medio de la sociedad actual, al apostolado. Si el triunfo de Cristo en las almas es vivir en ellas por la gracia y hacerlas vivir con su vida divina, el fin de nuestra acción general apostólica ha de ir encaminado a combatir el pecado, único impedimento real para que se logre el triunfo de amistad y de amor de Cristo en las almas.

Mas no solamente nuestro apostolado se ha de dirigir contra una clase de pecados o de ofensas a Dios, sino contra todo aquello que pueda ser causa para el hombre de eterna condenación. ¿Qué diríamos del labrador que estableciese por meta única de su trabajo el arrancar del campo esta o aquella hierba mala, y pasando junto a otra también perjudicial a la buena se-

milla, la dejase crecer, diciendo que ésta no era de su incumbencia? Evidentemente que sería una acción incompleta en la limpieza del campo. No así puede ser nuestra acción apostólica; ésta debe extenderse, abarcar todo el campo donde la cizaña del pecado crece, todo lugar y toda clase de personas. Esta acción, para ser completa, debe extenderse a cualquier parte donde el mal moral aparezca, donde se incuba oculta o abiertamente, y también al campo que está limpio; es decir, no sólo hay que trabajar apostólicamente en los malos, sino también en los buenos: campo de la virtud, de la perfección de las almas. Lo mismo hemos de trabajar y hacer nuestro cultivo en las almas limpias por la gracia divina, que en las enredadas entre zarzales de vicios, heridas por el tiro de la maldad, moribundas entre montones de estiércol de inmoralidad. Nuestra acción tenga semejanza con la de un ejército moderno que abre un frente general y, camino adelante, arrolla con su poder lo que se opone a su paso.

Ateos teóricos y prácticos constituyen una turba magna en nuestra sociedad civilizada, la cual manifiesta y expansiona su incredulidad en talleres, oficinas, fábricas, centros docentes y en la vida pública y privada. Y como la fe es un don de Dios, hemos de unir a nuestro apostolado de palabra y de ejemplo, la oración, para que Dios les conceda el don de la fe. El apostolado de sola inteligencia es frío. Las divinas enseñanzas necesitan de la acción fructificante de Dios, que mueve el corazón y la voluntad.

Respecto a la juventud, notemos que ésta ha sido escogida por nuestros enemigos como su preciado campo, de modo especial, la mujer. De ella se sirve para producir y aumentar la corrupción del mundo. No se puede negar que la mujer influye poderosamente en el hombre. Ella es la que imprime a la sociedad

un matiz de virtud o de vicio. Si la sociedad llega hoy a tanto, en su avance corruptor, es porque la mujer ha recorrido el camino de su pecado, influenciada por un ambiente sin Dios, de indiferencia religiosa y de corrupción de costumbres, ambiente que se mete en el respirar del alma. La mujer, en los años de su incipiente juventud, ya se abre al mundo para recibir el influjo de este ambiente pernicioso. ¿Nuestro apostolado? Coger la avecula en sus ensayos de vuelo, en sus primeros vuelos; acercar a Cristo, para que queden prendidas con la liga de su amor santo, tantas almas que van rodando por el mundo sin orientación ni rumbo fijo en el vivir de su corazón; minar el terreno donde se asienta el mal. De aquí, la necesidad de un montaje de talleres, de centros, de lugares de reunión para recreación y solaz, donde la honestidad esté bien escudada y las almas hallen su cobijo y amparo. Este amplio montaje responde a una necesidad apostólica actual. Si al mal no se le ataca en su origen; si a la fiera no se le ataca en su cría, nuestro apostolado será incompleto y, por tanto, insuficiente.

Pan para el alma y pan para el cuerpo. Es verdad que para una gran masa de juventud femenina se agudiza, por días, el problema económico. El jornal del hombre no basta para cubrir las necesidades de un hogar pobre. Muchas jóvenes se ven obligadas a buscar su solución económica y la de su hogar, ocupándose en fábricas y talleres. Reconozcamos que muchos de éstos son verdaderos infiernos. La creación de nuestros centros de trabajo, de talleres apropiados a la condición de las jóvenes, son, en parte, una buena y necesaria solución. En ellos encuentran el pan del cuerpo y del alma. ¡Cuántas masas de juventud podríamos presentar preservadas de esta manera de los peligros de la corrupción moral! Nuestro apostolado ha de

dar soluciones prácticas, no discusiones y sólo proyectos. El problema económico va unido al moral. En cuanto nos sea factible, debemos esforzarnos para resolver ambos favorablemente.

No están tan cerradas y difíciles las almas al apostolado, como a veces creemos. Los campos se presentan cargados de espigas que ya blanquean, con deseos que, aun sin saber, sienten de Dios. Y no hay manos suficientes que se acerquen a darles un pedazo de pan. Almas de la niñez; almas en los albores de la juventud; jóvenes que van entrando en la edad de una juventud madura; almas en su edad de madurez y hasta en su vejez, ¡cómo piden, con hambre, el pan de Cristo, de su doctrina salvadora!; ¡cómo desean conocerle! Y no hay los convenientes operarios que repartan el pan de la verdad, de la santa predicación, de la instrucción religiosa, de la palabra moralizadora, del calor del corazón que ama con pureza. Faltan quienes repartan el pan del apostolado, en la hora de la incomodidad, en la que a nadie gusta, a este o a aquel pobre del que se huye.

Y es muy consolador ver que muchas almas ya maduran, mostrando disposiciones propicias para que se pueda acercar a ellas el brazo segador apostólico y, al igual que se corta la espiga, transplantarlas del terreno del mal y transformarlas. ¡Cuántos y cuántas que, sin saber, esperan nuestra acción apostólica! A todos ellos les hemos de enseñar de qué manera se vive en medio del mundo la virtud y se crece en ella; cómo no se vive sólo con el ropaje de un vestido, ni escondiéndose en un rincón, ni con ciertas posturas, sino con todo el corazón y con la fuerza de un ideal santo; se vive con una vida limpia, inmolada, con una base de amor encendido a Dios. Vivamos combatiendo con ejemplaridad y nobleza de corazón. El foco encendido alumbra

allí donde está. Foco encendido de Cristo debe ser nuestro apostolado en todas partes: en el trajín de la calle y en medio de las plazas; en el templo y en los centros de labor; en los solaces y en la conversación; en los goces y en los sufrimientos; en la oscuridad de las conciencias y en el vaho espeso de la podredumbre moral.

Hermosos frutos cosechará nuestro apostolado si le anima la corriente vital de Cristo.

CONCLUSIÓN

PUESTAS como base firmísima de todo nuestro obrar la ley inflexible moral, las enseñanzas y las directrices de nuestra Madre la Iglesia; afianzados en una formación sólida espiritual en la que la vida interior se hermana con la virtud santificadora del trabajo, y en la que la unión con Cristo y la actividad apostólica se ayudan y completan bajo la dirección de maestros experimentados en el arte de moldear vidas santas y apostólicas; conocido el modo de remover los obstáculos con que el complejo del hombre puede imposibilitar o dificultar la formación del espíritu y la capacitación para el apostolado; conscientes del sagrado deber de trabajar por el triunfo de la Iglesia y de cómo podemos y debemos cumplirlo, trocando nuestra formación en floraciones de labor fecunda, en actuaciones eficaces, en obras cuya mejor corona esté formada por almas ganadas para Jesucristo, surge firme nuestra esperanza, hecha, en parte, realidad, de mermar el avance del mal, de reeducar moralmente a grandes núcleos de nuestra sociedad, de reconquistar para la Iglesia a muchos que se alejaron de ella.

Los sacerdotes y los seglares, unidos en una misma acción de defensa y de conquista en la palestra del apostolado, constituyen una fuerza tan poderosa que sus alcances pueden ser de gran magnitud cuando esta fuerza está vivificada por lo sobrenatural y compenetrada con Jesucristo. Pero, sobre todo, los sacerdotes, a quienes precisa recordar estas palabras del divino Maestro: "La mies es mucha... y los operarios pocos...; uno es el que siembra y otro el que siega". Quizá no tengamos el gozo de cosechar con nuestras manos el fruto de nuestros trabajos. ¡Qué importa! El deber del sacerdote es pasar su vida sembrando a Cristo en las almas. ¿Dónde? Donde sea. Lo mismo en la Babilonia de una gran capital, que en un pueblecito perdido en medio de la sierra. Por ventura, ¿no plantan, cultivan y cosechan los labradores en las cimas de las sierras y en lo alto de las montañas? Pueblos de sierras y montañas, ciudades y capitales, poblados todos ellos de almas abiertas a nuestro apostolado, esperan la acción salvadora del sacerdote. El espíritu fino, el alma apostólica, sólo busca cumplir su deber, con rendimiento palpable o sin él.

Trabajemos con amplitud de pensamiento, con unión de hermanos, con rapidez en la ejecución. No haya lugar en nosotros al desaliento. Si resistente es la costra con que se recubren muchos; si dura como roca es la voluntad de tantos pertinaces en el mal, pensemos que también la costra se hiende y la roca se rompe. Nuestra acción sea tenaz, audazmente apostólica. El árbol de la Iglesia extiende sus ramas y sus brazos para cobijar y salvar a todos los hombres. Y las espigas de las almas, igual que hoy se doblan al viento de la gracia y se rinden a la hoz del apostolado, seguirán doblándose y cayendo rendidas en nuestro campo, en donde se les despojará de su corteza, para luego ser

transformadas en harina blanca de pureza, cual hostias de amor ofrendadas al Divino Crucificado.

Dóciles siempre a las sabias directrices de nuestra Santa Madre la Iglesia católica, laboremos con esforzado y vigoroso celo en la viña del Señor, estimulando la voluntad de los católicos a una constante y eficaz acción de apostolado, y no dejando escapar de nuestras manos tantas almas que esperan nuestra actuación salvadora. Y con abundar tanto los enemigos de nuestra Iglesia, la victoria será nuestra, porque Jesucristo está con nosotros.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
JUSTIFICACIÓN	5
PRÓLOGO	7
SIGLAS Y ABREVIATURAS	10
INTRODUCCIÓN	11
I. FORMACIÓN MORAL	
1. Mirada de conjunto sobre el proceso formativo de la conciencia cristiana: moral, espiritual y apostólica	21
2. La conciencia y la inflexibilidad de las leyes morales. Impugnadores teóricos y prácticos. Determinación de la voluntad	31
3. Encauce de las pasiones bajo el imperio de la voluntad. El "subconsciente" y "la vocación profesional"	45
a) <i>Encauce de las pasiones bajo el imperio de la voluntad</i>	45
b) <i>El subconsciente</i>	54
c) <i>La vocación profesional</i>	59

	<u>Pág.</u>
4. Obstáculos que originan en la formación moral ciertos estados patológicos. Servicio que puede y debe prestar el confesor o director espiritual en dichos estados...	63
a) <i>La psicastenia</i>	65
b) <i>Poder sugestivo de la imaginación</i>	69
c) <i>Alucinaciones</i>	71
d) <i>La interpretación</i>	75
e) <i>Las manías y tristezas</i>	77
f) <i>Espíritu de contradicción</i>	79
5. La confesión y la dirección espiritual como factores formativos	83
6. Formación de espíritu de fe que impregne la vida humana. Fe vivida y actuante	91
7. Nuestra trabazón con Jesucristo	103
8. Virtualidad del trabajo como elemento formativo en la vida cristiana	113
II. ACCIÓN DE APOSTOLADO	
1. La vida interior, instrumento indispensable para formar sólida piedad y espíritu de apostolado	125
2. Acción de apostolado	141
3. El apostolado. Su finalidad. Su adaptación .	151
4. Campos de apostolado. Su multiformidad .	163
5. Modos de apostolado	175
6. Apostolado general. Pan para el alma y pan para el cuerpo	193
CONCLUSIÓN	199

*Este libro se terminó de imprimir
en Artes Gráficas Soler, S. A.,
de la ciudad de Valencia,
el 14 de enero de 1994,
fiesta de San Juan de Ribera*

L D

✠

V M

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

- 1924 *El Castillo-Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera*. Valencia.
- 1931 *La vida del espíritu*. Valencia.
Reediciones: Moncada (Valencia), 1953 y 1962; Valencia, 1972.
- 1943 *Directores de Ejercicios Espirituales*. Valencia.
- 1945 *Manual de las Obreras de la Cruz*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1987.
- 1949 *Siete Dolores de la Santísima Virgen*. Valencia.
Reediciones: Valencia, 1969 y 1977.
- 1952 *Estímulos*. Moncada (Valencia).
Reedición: Moncada (Valencia), 1962.
- 1955 *El arte de encomendarse a Dios*. Valencia.
- 1955 *Formación moral y acción de apostolado*. Valencia.
Reedición: Valencia, 1994.
- 1962 *Cantoral*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1989.
- 1964 *Constituciones*. Valencia.
Reediciones, acomodadas, a tenor de las disposiciones emanadas de la Santa Sede: Valencia, 1973 y 1987.
- 1978 *Habla el Boletín...* Valencia.
- 1978 *Espigando*. Valencia.
- 1989 *Retiros*, 4 vols. Valencia.

EN PREPARACIÓN

Tú puedes...
Señor, que vea...
Luces sobre el celemín.
